JULIAN BARNES

Elizabeth Finch

Traducción de Inga Pellisa

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
Uno
Dos
Tres
Agradecimientos
Bibliografía de obras citadas en la traducción
Créditos

Para Rachel

Uno

Se plantó frente a nosotros, sin apuntes, libros ni nervios. El atril lo ocupó su bolso. Echó un vistazo alrededor, sonrió, en silencio, y comenzó.

–Habrán observado que el título de este curso es «Cultura y civilización». No se alarmen. No los voy a acribillar a gráficos circulares. No voy a intentar embucharles datos como a un ganso cebado; lo único que se consigue con eso es una hipertrofia en el hígado, lo cual no sería sano. La próxima semana les proporcionaré una selección de lecturas totalmente opcional; ni perderán nota por ignorarla, ni la ganarán por estudiarla sin descanso. Les daré clase como a los adultos que sin duda son. La mejor forma de educar, como sabían los griegos, es la colaborativa. Pero ni yo soy Sócrates, ni ustedes una clase de Platones, si es que es ese el plural correcto. No obstante, dialogaremos. Por otro lado, dado que ya no están en el colegio, no me dedicaré a dispensar blandos gestos de aliento y flojas palmaditas en la espalda. Para algunos de ustedes, puede que yo no sea la mejor profesora, en el sentido de la más adecuada a su temperamento y mentalidad. Vaya esto por delante para quien corresponda. Lógicamente, espero que el curso les parezca interesante y, de hecho, divertido. Divertido con rigor, claro está. No son términos incompatibles. Y esperaré también rigor por su parte. No bastará con improvisar. Me llamo Elizabeth Finch. Gracias.

Y volvió a sonreír.

Nadie había tomado un solo apunte. Le devolvimos la mirada, algunos impresionados, varios con una perplejidad que rayaba la irritación, otros ya medio enamorados.

No recuerdo qué nos enseñó en aquella primera clase. Pero supe, de un modo difuso, que por una vez en la vida había llegado al lugar correcto.

La ropa. Empecemos por lo básico. Llevaba brogues, negros en invierno, de ante marrón en otoño y primavera. Medias o pantis: no verías nunca a Elizabeth Finch con las piernas al aire (y, desde luego, era imposible imaginársela en bañador). Faldas justo por debajo de la rodilla; se resistía a la tiranía anual del bajo. Lo cierto era que parecía haberse instalado en ese estilo hacía algún tiempo. Aún se le podía llamar elegante; una década más y tal vez pasaría a ser antiguo, o vintage. En verano, una falda plisada, normalmente azul marino; en invierno, de tweed. A veces optaba por un look de cuadros, o escocés,

con un gran imperdible de plata (que seguro que en Escocia tiene algún nombre). Se dejaba un buen dinero en blusas, de seda o fino algodón, a menudo de rayas, sin ningún tipo de transparencias. Algún que otro broche, siempre pequeño y, como se suele decir, discreto, pero refulgente. Rara vez llevaba pendientes. (¿Tenía agujeros siquiera? Buena pregunta.) En el meñique de la mano izquierda, un anillo de plata que dábamos por hecho que era heredado, y no comprado o regalado. El pelo, de un rubio grisáceo, arreglado y de largo invariable. Yo imaginaba una cita periódica quincenal. En fin, ella creía en el artificio, como nos dijo más de una vez. Y el artificio, señalaba también, no era incompatible con la verdad.

Pese a que andábamos todos –sus alumnos– entre los veintimuchos y los cuarenta y pocos, en un primer momento reaccionamos a su presencia como niños de vuelta al colegio. Nos intrigaban sus orígenes y su vida privada, si y por qué nunca –que nosotros supiésemos– había estado casada. Qué hacía por las noches. ¿Se preparaba una tortilla perfecta *aux fines herbes* y tomaba una sola copa de vino (¿borracha, Elizabeth Finch? ¡El mundo al revés!) mientras leía el último fascículo de *Goethe Studies*? Ya se ve lo fácil que era caer en la fantasía, incluso en la sátira.

Fumó todos los años que yo la conocí. Y, para variar, no fumaba como ninguna otra persona. Hay fumadores que disfrutan a todas luces de cada ráfaga de nicotina; otros que inhalan con un sentimiento de autodesprecio; algunos que lo exhiben como un hábito estético; aun otros que aseguran, irritantes, que fuman «solo uno o dos al día», como si tuviesen controlada su adicción. Y, dado que todos los fumadores mienten, «uno o dos» resultan ser siempre tres o cuatro, incluso medio paquete. EF, por su parte, no lo vestía con ninguna pose. Fumar era algo que hacía sin necesidad de explicación ni ornamentación. Traspasaba los cigarrillos a una pitillera de carey, y nos dejaba jugando a Adivinar la Marca. Fumaba como si fumar le fuese indiferente. ¿Me explico? Y si hubieses osado preguntarle, no habría recurrido a excusas. Sí, habría dicho, pues claro que estaba enganchada; y sí, ya sabía que era malo, y antisocial, además. Pero no, no tenía pensado dejarlo, ni se iba a poner a contar cuántos se fumaba al día; esas cosas estaban a la cola de su lista de preocupaciones. Y como –esto es una deducción personal o, más bien, una conjetura–, como no le tenía miedo a la muerte y consideraba que la vida, actualmente, estaba algo sobrevalorada, la verdad era que el tema no tenía ningún interés para ella y, por tanto, no debía tenerlo tampoco para ti.

Como es natural, padecía de migrañas.

En mi mente –en mi recuerdo, que es el único sitio en el que puedo verla– está de pie frente a nosotros, con una quietud sobrenatural. No tenía ninguno de esos tics y trucos de los profesores, pensados para seducir, distraer o denotar carácter. Nunca meneaba los brazos ni apoyaba la barbilla en la mano. Puede que pusiera una diapositiva de vez en cuando para ilustrar alguna cuestión, pero casi siempre era innecesario. Se ganaba la atención con su calma y con su voz. Una voz clara, serena, enriquecida por décadas de tabaquismo. No era como esos profesores que solo conectan con sus alumnos cuando levantan la vista de los apuntes, porque, como he dicho, no daba la lección siguiendo apuntes. Lo tenía todo en la cabeza, plenamente desarrollado, plenamente procesado. Eso también se ganaba nuestra atención, acortaba la distancia entre ella y nosotros.

Su dicción era formal, la estructura de las frases enteramente gramatical: de hecho, casi podías oír las comas, los punto y coma y los puntos. Jamás comenzaba una frase sin saber cómo y cuándo terminaba. Y, sin embargo, no parecía nunca un libro con patas. Sacaba su vocabulario del mismo cajón de palabras que usaba tanto para la escritura como para una conversación general. Pero el efecto no resultaba arcaico en modo alguno, sino de una intensa viveza. Y le gustaba lanzar aquí y allá –quizás para divertirse, o para sorprendernos– alguna expresión de una tonalidad distinta.

Por ejemplo, una semana nos estuvo hablando de *La leyenda dorada*, esa compilación medieval de milagros y martirios. Milagros chillones y martirios instructivos. Había escogido a santa Úrsula.

–Proyecten sus mentes, por así decirlo, al año 400 después de Cristo, una época previa al establecimiento de la hegemonía cristiana en nuestros lares. Úrsula era una princesa británica, hija del rey cristiano Noto. Era sabia, solícita, devota y virtuosa: todos los aditamentos morales de costumbre en este tipo de princesas. Y hermosa, también, ese otro aditamento algo más problemático. El príncipe Etéreo, hijo del rey de Inglaterra, se enamoró de ella y pidió su mano. Aquello puso al padre de Úrsula en un dilema, dado que los anglos no solo eran muy poderosos, sino que también adoraban a los ídolos.

»Úrsula era una novia con la que hacer trueque, como tantas antes y después; y siendo como era sabia, virtuosa, etcétera, era también ingeniosa. Acepte la oferta del hijo del Poder, le dijo a su padre; pero añada condiciones que impongan demora. Se pidió la concesión de tres años de gracia para que Úrsula pudiera peregrinar a Roma, en el transcurso de los cuales el joven Etéreo habría de instruirse en la fe verdadera y recibir el bautismo. A algunos esto los llevaría a una ruptura de las negociaciones; no así al prendadísimo Etéreo. De la opinión del rey de Inglaterra no ha quedado constancia.

»Cuando se conoció la noticia de la escapada espiritual que planeaba

Úrsula, otras vírgenes de ideas afines se congregaron en torno a ella. Y aquí topamos con un nudo textual. Como sabrán muchos de ustedes, a Úrsula la acompañaron once mil vírgenes; los que conozcan Venecia tal vez recuerden la representación secuencial de la historia que pintó Carpaccio. No sería fácil gestionar semejante paquete turístico, y el señor Thomas Cook no había nacido todavía. El nudo textual que mencionaba atañe a la letra M, y a lo que quiso decir con ella el escriba original. ¿Era una M de *Mille*, "mil", o una M de *Martyr*? Es posible que a algunos la segunda interpretación nos parezca más plausible. Además, Úrsula y once mártires vírgenes suman doce, que es también el número de los apóstoles de Jesucristo.

»Pero, en fin, dejemos que la historia avance en technicolor y cinemascope, técnicas que Carpaccio tanto contribuyó a popularizar. Once mil vírgenes zarparon de Bretaña. Cuando llegaron a Colonia, un ángel del Señor se le apareció a Úrsula y le comunicó que, una vez partiesen de Roma, ella y su cortejo debían regresar vía Colonia, donde recibirían la santa corona del martirio. La nueva de este desenlace se propagó entre las once mil, que la recibieron con éxtasis devoto. Entretanto, en Bretaña, otro de los ángeles ubicuos del Señor se le apareció a Etéreo, y le ordenó que se reuniese con su futura novia en Colonia, donde también él recibiría la palma del martirio.

»Allá adonde iba, Úrsula no dejaba de atraer a más y más seguidores, aunque no se conoce el total. En Roma, el mismísimo papa se unió a esta hueste femenina, y se granjeó con ello la calumnia y la excomunión. Mientras tanto, dos malvados comandantes romanos, temerosos de que el éxito histérico de la expedición fomentara la difusión del cristianismo, dispusieron que un ejército huno masacrara a las peregrinas a su regreso. De manera muy oportuna, resultó que las tropas hunas tenían sitiada la ciudad de Colonia en ese mismo momento. Hay que aceptar estas coincidencias narrativas y angélicas intervenciones: esto no es, a fin de cuentas, una novela del diecinueve. Aunque, ahora que lo pienso, las novelas del diecinueve están llenas de casualidades.

»Y así Úrsula y su extenso séquito llegaron a Colonia, donde las tropas hunas abandonaron su maquinaria de asedio y (esta descripción era una banalidad ya en el 400 después de Cristo) "como lobos carniceros se arrojaron sobre aquel rebaño de ovejas" hasta aniquilar a las Once Mil y Pico.

Elizabeth Finch hizo una pausa, pasó revista al aula y preguntó:

–¿Qué conclusión extraemos de todo esto? –Y lanzó al silencio su respuesta–: Yo propongo: suicidio asistido policial.

Elizabeth Finch no era en absoluto una figura pública. No sacaréis

gran cosa de buscarla en Google. Si me pidieran que la describiese en términos profesionales, diría que era una académica independiente. Puede que parezca un eufemismo; una perogrullada, incluso. Pero antes de que el conocimiento se alojase de manera oficial en la academia, había hombres y mujeres de la mayor inteligencia que se dedicaban en privado a sus propios intereses. La mayoría, por descontado, tenían dinero; algunos eran gente excéntrica; unos pocos estaban para encerrarlos. Pero el dinero les permitía viajar e investigar lo que quisieran y donde quisieran, sin la presión de publicar, ni colegas a los que superar o directores de departamento a los que satisfacer.

No llegué a conocer nunca la posición económica de Elizabeth Finch. Imaginaba que vendría de una familia de dinero, o que habría recibido alguna herencia. Tenía un piso en el West London que yo jamás pisé; daba la impresión de que llevaba una vida frugal; suponía que organizaba las clases de manera que le dejasen tiempo para sus estudios independientes y personales. Había publicado dos libros: *Mujeres explosivas*, sobre las anarquistas de Londres entre 1890 y 1910, y *Nuestros mitos necesarios*, sobre nacionalismo, religión y familia. Ambos breves, y ambos descatalogados. A según quién, una estudiosa independiente cuyas obras no estaban disponibles tal vez le pareciese una figura risible; a diferencia de esa panda de idiotas y pelmazos numerarios a los que más les habría valido quedarse callados.

Algunos alumnos suyos se labraron un nombre con el tiempo. Aparece en los agradecimientos de varios libros sobre historia medieval y pensamiento femenino. Aun así, no la conocía nadie que no la conociera. Quizás suena obvio, pero hoy en día, en el contexto digital, amigos y seguidores han pasado a ser cosas distintas, diluidas. Mucha gente se conoce sin conocerse para nada. Y están todos encantados con esa superficialidad.

Puede que os parezca anticuado (aunque mi caso no es relevante). Y puede que Elizabeth Finch os parezca igual de anticuada, si no más; pero de ser así, no lo era a la manera habitual, la de encarnar a una generación anterior cuyas verdades han quedado ya mustias y descoloridas. ¿Cómo decirlo? Ella manejaba verdades, no de generaciones anteriores, sino de eras anteriores; verdades que mantenía con vida, pero que otros habían abandonado. Y con esto no me refiero a nada en plan «era una tory/progresista/socialista de la vieja escuela». Ella se movía al margen de su época en muchos aspectos. «No se dejen engañar por el tiempo», nos dijo una vez, «y no vayan a imaginar que la historia, y especialmente la historia intelectual, es lineal.» Era noble, independiente, europea. Y mientras escribo estas palabras me detengo, porque oigo en la cabeza algo que nos enseñó una vez en clase: «Recuerden, siempre que vean un

personaje en una novela, no digamos ya en una biografía o un libro de historia, reducido y adecuado a tres adjetivos, desconfíen de la descripción». Es una regla de oro que he intentado acatar.

La clase no tardó en organizarse en grupos y camarillas mediante el método habitual de intención y casualidad. Se basó en parte en la elección de bebida al salir de clase: cerveza, vino, cerveza y/o vino y/o cualquier cosa en botella, zumo de fruta o nada de nada. Mi grupo, que se movía con facilidad entre la cerveza y el vino, lo formaban Neil (o sea, yo), Anna (holandesa, y por tanto escandalizada de vez en cuando ante la frivolidad inglesa), Geoff (provocador), Linda (lábil en el plano emocional, ya fuese en los estudios o en la vida misma) y Stevie (urbanista en busca de algo más). Uno de nuestros vínculos era, aunque suene paradójico, que pocas veces estábamos de acuerdo en algo, salvo en que gobernase quien gobernase no servía para nada, en que Dios casi seguro que no existía, en que la vida estaba para vivirla y en que, por muchas bolsitas ruidosas de aperitivos que comieras, nunca eran suficientes. Eran los tiempos anteriores a los portátiles en el aula y las redes sociales fuera de ella; cuando las noticias salían de los periódicos, y el conocimiento, de los libros. ¿Fue una época más sencilla, o más aburrida? ¿Ambas cosas o ninguna?

–Monoteísmo –dijo Elizabeth Finch–. Monomanía. Monogamia. Monotonía. No hay nada bueno que empiece así. –Hizo una pausa–. Monograma: un signo de vanidad. Monóculo: ídem. Monocultivo: un precursor de la muerte de la Europa rural. Estoy dispuesta a reconocer la utilidad del monorraíl. Hay muchos términos científicos neutros que también estoy dispuesta a aceptar. Pero cuando el prefijo se aplica a asuntos humanos... Monóglota: señal de un país cerrado y sumido en el autoengaño. El monokini, con una etimología tan ocurrente como la prenda. El monopolio, y no me refiero al *Monopoly*, el juego de mesa, al final siempre acaba siendo un desastre. Monórquido: una circunstancia de la que compadecerse, pero no a la que aspirar. ¿Alguna pregunta?

Linda, que a menudo daba la impresión de padecer lo que ella denominaba, de un modo pintoresco, «problemas del corazón», le preguntó, ansiosa:

–¿Qué tiene contra la monogamia? ¿No es como prefiere vivir la mayoría de la gente? ¿No es con lo que sueña la mayoría de la gente?

–Cuidado con los sueños –respondió Elizabeth Finch–. Es más, como regla general, cuidado con aquello a lo que aspire la mayoría de la gente. –Hizo una pausa, mirando con una media sonrisa a Linda, y se dirigió a la clase a través de ella–. Monogamia forzosa es lo mismo que decir felicidad forzosa, cosa que sabemos que no es posible. La

monogamia no forzosa igual sí sería posible. La monogamia romántica puede que sea deseable. Pero la primera acostumbra a derivar hacia alguna forma de monogamia forzosa, y la segunda es fácil que devenga histérica y obsesiva. Y, por tanto, raye en la monomanía. Debemos distinguir siempre entre pasión mutua y monomanía compartida.

Nos quedamos todos en silencio, asimilándolo. La mayoría habíamos tenido la experiencia sexual y amatoria promedio de nuestra generación: esto es, mucha más de la cuenta en opinión de la generación precedente, y patéticamente poca al parecer de la generación siguiente, que nos apremiaba. Nos preguntábamos también cuánto de lo que había dicho se basaría en su experiencia personal, pero ninguno se atrevió a preguntar.

Linda, hay que reconocérselo, perseveró:

–Entonces, ¿según usted no hay ninguna esperanza?

–¿Cómo lo decía el ingenioso señor Sondheim? –Y Elizabeth Finch recitó, en efecto medio cantando–: «Uno, imposible. / Dos, monotonía. / Tres son compañía, refugio y alegría». Es una manera de verlo, desde luego.

–Pero ¿usted está de acuerdo con eso, o solo está eludiendo la pregunta?

–No, me limito a presentarle las alternativas.

–Entonces, ¿está diciendo que Etéreo hizo mal en ir a Colonia? –Linda, como estábamos descubriendo, se tomaba las clases muy a pecho, incluso las de religión medieval.

–No, mal no. Todos buscamos lo que creemos que es mejor para nosotros, aun si supone nuestra extinción. A veces, especialmente si supone nuestra extinción. Para cuando lo alcanzamos, o no, suele ser demasiado tarde, de todos modos.

–Eso no es mucho consuelo –dijo Linda, con una especie de virulencia quejicosa.

–No me han contratado para consolarla –respondió Elizabeth Finch, con firmeza, pero sin asomo de reproche–. Estoy aquí para ayudarlos a pensar, a argumentar y a desarrollar un criterio propio. –Hizo una pausa–. Pero ya que pregunta por Etéreo, vamos a considerar su caso. Como prometido de Úrsula, aceptó sus condiciones: que mientras ella peregrinaba a Roma, él estudiaría los textos cristianos, se convencería de sus verdades y recibiría el bautismo. Cuánto debió de enfurecer esto a su padre, el rey de Anglia y pagano de renombre, no nos lo cuentan. Pero, en todo caso, un ángel del Señor se le apareció a Etéreo y le ordenó que se reuniese con Úrsula en Colonia, donde padecerían juntos el glorioso martirio.

»¿Qué conclusión podemos sacar de esto? A un nivel emocional, podríamos considerarlo una muestra extrema, sin duda fanática, de amor romántico. En otras manos, quizás tendría un aspecto

wagneriano. A un nivel teológico, su conducta puede verse como una manera burda de saltarse la cola. Debemos tener en cuenta, además, el efecto de la castidad forzosa en el varón joven y, ya que estamos, en la hembra joven. Se puede manifestar bajo toda clase de comportamientos morbosos. ¿Se les concedió a Úrsula y Etéreo, que en ese momento llevaban tres años prometidos, una noche de bodas antes de doblar la cerviz bajo las espadas teutonas y de ofrecer sus pechos a las lanzas y las flechas? Conviene que lo dudemos, porque, ciertamente, el placer conyugal podría haberlos inducido a cambiar de parecer.

Más tarde, en el bar de estudiantes, algunos pasamos directamente a las bebidas fuertes.

Yo estudié para actor: así fue como conocí a mi primera esposa, Joanna. Los dos compartíamos el mismo optimismo embrionario pero inquebrantable, al menos durante los primeros años. Me iban dando papeles pequeños en la tele y encargos de voces en off; escribíamos guiones juntos y los lanzábamos al viento huracanado. Nuestro repertorio incluía también bolos a dúo en cruceros: comedia, parloteo, algo de canto y baile. Mi fuente de ingresos más estable provenía de interpretar a un barman algo siniestro en una telenovela que llevaba mucho tiempo en antena (no, no era famosa). Después, durante años, la gente todavía me abordaba de vez en cuando con algún: «¿Sabes que eres clavado a Freddy el Barman de, cómo se llamaba, *NW12*?». Era *SE15*, pero yo nunca los corregía, solo reponía, sonriendo: «Qué curioso, ¿verdad? Me lo dicen bastante a menudo».

Trabajaba en restaurantes cuando los bolos flojeaban. Es decir, hacía de camarero. Pero tenía, o sabía aparentar, cierta presencia, así que me ascendieron a recepcionista. Y poco a poco dejé de hacer papelitos y al final dejé la actuación. Conocía a algunos proveedores de alimentos, y Joanna y yo decidimos irnos a vivir al campo. Cultivé setas y, más adelante, tomates hidropónicos. Nuestra hija Hannah ya no decía, con orgullo infantil, «Mi papá sale en la tele», sino que trataba de inyectar valientemente el mismo entusiasmo en «Mi papá cultiva setas». Joanna, que tenía más éxito que yo, decidió que su carrera marcharía mejor si viviera en Londres. Y si yo no. Y eso fue todo, en realidad. Sí, aún se la puede ver en la tele, sale a menudo en… Ah, a la mierda.

Cuando le dije a Elizabeth Finch que había sido actor, sonrió.

–Ah, la interpretación –dijo–, el ejemplo perfecto de cómo la artificialidad crea autenticidad.

El comentario me hizo sentir bastante ufano; valorado, de hecho.

EF, que era como nos referíamos ahora a ella en privado, se colocó de pie frente a nosotros, el bolso en el atril, como de costumbre, y dijo:

–Siéntanse relativamente satisfechos con una felicidad relativa. La única cosa clara y fuera de toda duda que hay en la vida es la infelicidad. –Y luego esperó. Estábamos solos. ¿Quién se atrevería a hablar primero?

Os habréis fijado en que no mencionó la autoría de la cita. Fue un gesto deliberado por su parte, un truco práctico para ayudarnos a reflexionar por nuestra cuenta. Si hubiese señalado la fuente, nos habríamos puesto a pensar en lo que supiésemos de la vida y obra de la persona citada, en el dictamen heredado. Y nos inclinaríamos en reverencia, o lo contrario.

De modo que tuvimos un animado debate, en el que se enfrentaron un optimismo todavía juvenil contra un maduro escepticismo –al menos, nosotros lo veíamos así–, hasta que ella decidió revelar la fuente.

–Goethe, que tuvo una vida más plena, o más interesante, de la que podemos aspirar a tener casi todos nosotros, declaró en su lecho de muerte (tenía ochenta y dos años por entonces) que en toda su vida solo había sentido felicidad un cuarto de hora.

No nos miró enarcando una ceja física –ese no era uno de los gestos que acostumbraba a hacer–, pero sí que alzó una ceja metafórica, o incluso moral. Y así, como clase, lo asuminos y nos pusimos a debatir sobre si el hecho de ser un gran intelectual –o incluso uno de segunda fila– suponía una condena a la infelicidad, y si la gente hacía esa clase de comentarios en su lecho de muerte (cosa que nos parecía evidentemente falsa) porque había perdido la memoria o porque quitarle importancia a un aspecto tan importante de sus vidas los volvía menos reacios a morir. Punto en el que Linda, que no tenía nunca miedo de decir cosas que a los demás nos parecían ingenuas, cuando no vergonzosas, dejó caer:

–Puede que Goethe no encontrase nunca a la mujer apropiada.

En presencia de otro profesor, tal vez nos habríamos sentido con la libertad de soltar una risita disimulada. Pero EF, si bien era rigurosa con su propio pensamiento, nunca menospreciaba nuestras ideas y propuestas, por pobres, o sentimentaloides, o perdidamente autobiográficas que fuesen. Por el contrario, transformaba nuestras míseras reflexioncitas en algo colmado de interés.

–Sin duda debemos contar, no solo en esta clase sino también fuera de ella, en nuestras tormentosas y turbulentas vidas, con el factor casualidad. El número de personas a las que conocemos a fondo es curiosamente reducido. La pasión nos puede llevar ferozmente a engaño. Y la razón también, en la misma medida. Nuestra herencia genética tal vez nos paralice. Igual que sucesos anteriores de nuestras

vidas. No solo los soldados que entran en combate padecen luego trastorno de estrés postraumático. A menudo es la consecuencia ineludible de una existencia terrestre aparentemente normal.

Ante lo cual Linda no pudo evitar que se la notara un tanto satisfecha consigo misma.

Obviamente, no puedo prometer que esas fuesen las palabras exactas de EF. Pero tengo buen oído para las voces, y espero, al reconstruir su forma de hablar, no estar caricaturizándola. Seguramente presté más atención a lo que ella decía y a cómo hablaba de la que le he prestado a nadie en toda mi vida, antes o después. Puede que en los comienzos de mis dos matrimonios; aunque, por otra parte, como EF acababa de advertirnos: «La pasión nos puede llevar ferozmente a engaño».

La desenvoltura con la que hablaba de la vida del corazón, y la incluía con toda naturalidad en un curso de «Cultura y civilización», la convirtió en objeto de sátira las primeras semanas de clase. Y como los hombres –hasta los treintañeros– son igual que niños, corrían los cuchicheos y las carcajadas.

«¿A que no sabes qué? Se le abrió el bolso y llevaba dentro una novela de James Bond.»

«La semana pasada vi como la recogían en un Jaguar E-Type. ¡Y conducía una mujer!»

«Anoche sacamos por ahí a la buena de Liz y le hicimos pasar un buen rato. Tomamos una copa o dos, picamos algo rápido, nos metimos en un club, que no veas cómo se mueve, y entonces nos volvemos para su casa, nos saca la mercancía y nos lía un par de canutos, y luego... –y aquí tal vez cruzase una sonrisita satisfecha por la cara del niño-hombre–, y luego se acabó, lo siento, un caballero se guarda esas cosas.» Como podéis imaginar, había otras versiones, más barrocas, en las que el caballero no se guardaba nada.

Estas actitudes venían de gente que no tenía muy claro cómo gestionar ese aplomo suyo, gente desconcertada por su autoridad. Las fantasías no tenían ni pies ni cabeza, pero, al mismo tiempo, sí es cierto que EF desprendía cierto atrevimiento; si no presente y real, al menos en potencia. Y cuando yo mismo dejo vagar la mente, no me cuesta nada imaginármela, por ejemplo, en un coche cama de primera clase mientras el tren atraviesa un paisaje oscuro; de pie junto a la ventana con un pijama de seda, apagando el último cigarrillo, mientras un misterioso acompañante, ahora inidentificable, suelta un silbidito nasal desde la litera de arriba. Fuera, bajo una luna gibosa, puede que distinga unos viñedos franceses en pendiente, o el espejeo apagado de un lago italiano.

Por supuesto, esas fantasías dicen más del fantasioso que de su

protagonista. O le suponían un pasado glamuroso o un presente imaginario en el que buscaba compensación por la vida que en realidad había tenido; y suponían además que, como todo el mundo, estaba insatisfecha y necesitada de algún modo. Pero no era el caso. La Elizabeth Finch que teníamos delante era el artículo terminado, la suma de lo que había hecho de sí misma, de lo que otros la habían ayudado a hacer y de lo que el mundo había proveído. El mundo no solo en sus manifestaciones contemporáneas, sino también en su larga historia. Poco a poco fuimos comprendiendo, y desechando nuestras torpes elucubraciones como una primera respuesta ociosa frente a su singularidad. Y, sin ningún esfuerzo aparente, nos domeñó a todos. No, eso no es del todo correcto: fue más profundo. Más bien, nos obligó –con su mero ejemplo– a buscar en nosotros mismos un centro de seriedad.

Linda vino a pedirme consejo. No es algo que me ocurra a menudo: no tengo pinta de ser de esos. Resultó que lo que quería era pedirme consejo sobre pedirle consejo *a EF*. Evité deliberadamente interrogarla, porque con Linda eso tenía todos los números para convertirse en un drama emocional. Además, me parecía mala idea ir a hablar con EF. Puede que estuviese dispuesta a debatir sobre la vida amorosa de Goethe en clase, pero eso no significaba que tuviese la capacidad, o las ganas, o el permiso de la universidad siquiera, para dar consejos a una alumna fuera del aula. Sin embargo, enseguida comprendí que Linda no quería mi opinión, en realidad; o, más bien, la quería siempre y cuando coincidiese con lo que ya tenía decidido hacer. Algunas personas son así; tal vez la mayoría. De modo que, para hacerla sentir mejor, cambié de postura y le di mi visto bueno.

Al cabo de un par de días, estaba sentado yo solo en el bar de estudiantes cuando apareció Linda y se sentó delante de mí.

–EF estuvo amabilísima –comenzó a explicarme, ya con los ojos llorosos–. Le conté mis problemas del corazón y fue muy comprensiva. Alargó la mano y la apoyó como así de cerca de mí. –Linda hizo lo mismo, extendiendo la mano boca abajo sobre la mesa–. Y me dijo que el amor lo es todo. Que es lo único que importa. –Y luego rompió a llorar; Linda, esto es.

A mí no se me dan muy bien estas situaciones, así que le dije:

–Voy a pedir un par de copas.

Cuando volví de la barra, ya no estaba. Lo único que quedaba de ella era una huella húmeda de la palma de su mano en mitad de la mesa, en el punto en el que la había apoyado imitando a Elizabeth Finch. Me senté y me puse a pensar en Linda, quizás por primera vez. Y el hecho de que EF no se mostrase nunca condescendiente ni con sus opiniones más atropelladas me hizo pensar también en ella con más atención. Había una especie de urgencia en los ojos de Linda cuando te

miraba. ¿Urgencia respecto a algo? ¿O urgencia en general? Pero la huella de su mano se esfumó, y lo mismo mi concentración en ella.

–Hace ciento siete años, en primavera, igual que ahora, un gran pintor aguarda la muerte; no de inmediato, pero pronto. Lo sabe, ha sabido que ese sería su fin desde que se declaró el último estadio de la enfermedad. Está ya confinado a una silla de ruedas. La sífilis terciaria se manifiesta de muchas maneras punitivas, pero al menos se ha librado de la que sería, para un pintor, la peor de todas: la ceguera. Todas las mañanas le llevan un ramo enorme de flores recién cogidas en un jarrón de cristal. Disfruta colocándolas. Algunas mañanas, se limita a contemplarlas, a imaginarlas en pintura. En días mejores, tras el arreglo viene el retrato. Trabaja rápido, por motivos obvios.

»Captura lo evanescente, apresando el momento, antes de que las flores cortadas se empiecen a marchitar. Cuando las cortamos, hacemos que mueran antes; cuando las pintamos, la preservamos hasta mucho tiempo después de haberlas desechado. Y ahí es cuando el arte se convierte en la realidad, y las flores originales en nada más que un breve y olvidado simulacro.

»Podríamos plantearnos lo que debía de plantearse él. Por ejemplo, esa antigua cuestión que se ha dado en conocer como el dilema Mozart: ¿la vida es hermosa pero triste, o triste pero hermosa? Tal vez encontró una respuesta con la que eludir la cuestión. Una tal que: la vida es hermosa, *tout court*.

»Por otro lado, es posible que esta clase de especulaciones a ustedes les parezcan sentimentaloides y rocambolescas. Espero su opinión.

De repente, el reguero se palabras se detuvo, y las preguntas volvieron a nosotros. Sí: *¿qué opinábamos?* Y al poco andábamos discutiendo si el arte era una representación de la realidad, una condensación de ella, un sustituto superior, o una simple y cautivadora irrelevancia. Geoff quería saber cuál era el propósito social y político de pintar un jarrón de flores. Muchos no hacíamos más que repetir nuestras opiniones ya formuladas, o citábamos nuestros versos de cabecera una vez más («La poesía no hace que ocurra nada» frente a «Somos los impulsores y agitadores / del mundo para siempre, según parece»); algunos empezamos incluso, en tiempo real, a pensar por nosotros mismos. Podías ver cómo sucedía delante de tus ojos. Y, aun así, aunque en retrospectiva veo lo que debía de ver EF en ese momento –que, en muchos casos, lo de «pensar por uno mismo» no daba lugar a un pensamiento más sincero y profundo sino más bien al reemplazo de una *idée reçue* por otra–, había que valorar el proceso en sí.

De niño, nunca tuve uno de esos maestros favoritos a los que

recordar para siempre, uno que me descubriera la emoción de las matemáticas, o de la poesía, o de la botánica, y que tal vez abusara sexualmente de mí al mismo tiempo. Así que estaba de lo más agradecido –aunque la palabra es insustancial en comparación con la realidad– por haber encontrado y conocido a Elizabeth Finch. Como ella decía, hay que contar siempre con el factor casualidad en nuestras vidas. No sé cuál es o cuál debería ser la dotación promedio de buena suerte en una vida –es una pregunta imposible de responder, y sin duda no hay ningún «debería» en ella–, pero sí sé que ella formó parte de mi buena suerte.

Años después, mientras almorzábamos, le pregunté sobre el denominado dilema de Mozart. ¿Es la vida triste pero hermosa, o hermosa pero triste? Tuve la sensación, allí sentado enfrente de ella con dos platos de pasta del día entre ambos, de estar consultando el oráculo. «La vida es al mismo tiempo necesaria e inevitable», respondió. Creo que lo que me estaba diciendo era que aquella famosa cuestión no era más que un engaño cautivador. O igual no.

Jamás conocí a nadie que se compadeciese menos de sí misma que Elizabeth Finch. Lo de autocompadecerse le habría parecido vulgar: un adjetivo que solo empleaba en el sentido moral, nunca social. En cuanto a ella misma, esa ausencia de autocompasión formaba parte del estoicismo con el que afrontaba la vida. Había conocido –y en parte esto es solo una suposición mía– la decepción amorosa, la soledad, la amistad traicionada, incluso la deshonra pública (llegaremos a eso a su debido tiempo), pero afrontaba todo ello con calmosa indiferencia. Puede que «afrontar» insinúe una fachada, o cuando menos una estrategia, pero su estoicismo llegaba hasta el núcleo de su ser. Para EF, era el único modo mental –y temperamental– de enfocar la vida. Sobrellevaba el dolor implacablemente, y jamás pedía ayuda; ayuda moral, me refiero. Una vez nos citó, a velocidad de dictado, unas palabras que encontré en uno de mis cuadernos de clase:

> De lo existente, unas cosas dependen de nosotros; otras no dependen de nosotros. De nosotros dependen el juicio, el pulso, el deseo, el rechazo y, en una palabra, cuanto es asunto nuestro. Y no dependen de nosotros el cuerpo, la hacienda, la reputación, los cargos y, en una palabra, cuanto no es asunto nuestro. Y lo que depende de nosotros es por naturaleza libre, no sometido a estorbos ni impedimentos; mientras que lo que no depende de nosotros es débil, esclavo, sometido a impedimentos, ajeno. Recuerda, por tanto, que si lo que por naturaleza es esclavo lo consideras libre y lo ajeno propio, sufrirás impedimentos, padecerás, te verás perturbado, harás reproches a los dioses y a los hombres, mientras que si consideras que solo lo tuyo es tuyo y lo ajeno,

como es en realidad, ajeno, nunca nadie te obligará, nadie te estorbará, no harás reproches a nadie, no irás con reclamaciones a nadie, no harás ni una sola cosa contra tu voluntad, no tendrás enemigo, nadie te perjudicará ni nada perjudicial te sucederá.

Supongo la primera vez que leyó a Epicteto, a EF sus verdades debieron de resultarle evidentes, más que reveladoras.

Cuando le digo a la gente que era la persona más adulta que he conocido nunca, supongo que a lo que me refiero es a que había unos principios justo detrás de todos sus actos y pensamientos, si no directamente incorporados a ellos; mientras que, en mi caso, en el de la mayoría de la gente, nuestros principios solo afectan más de refilón a lo que decimos y hacemos.

Tendemos a asociar romanticismo y optimismo, ¿verdad? Pero ella, creo yo, era una pesimista romántica.

Y esa es otra: los muertos no pueden decirte que estás equivocado. Eso solo lo pueden hacer los vivos, y es posible que mientan. Así que confío más en los muertos. ¿Eso es raro o sensato?

Y, siguiendo con esto: ¿por qué deberíamos esperar que nuestra memoria colectiva –lo que llamamos historia– fuese algo menos falible que nuestra memoria personal?

–Debemos tener siempre en mente lo que podría haber sucedido pero no sucedió, tanto como lo que sí sucedió. ¿Por qué, se preguntarán quizás? Lo que pasó, pasó, y es con eso con lo que tenemos que lidiar. Pero igual no. Y esto no es un simple jueguecito de realidades alternativas (¿y si la bomba de Stauffenberg hubiese matado a Hitler?), es también una pregunta seria. Somos demasiado listos, diría yo, para ver la historia como una especie de darwinismo. La supervivencia del más apto, con lo que Darwin, por supuesto, no se refería al más fuerte, ni siquiera al más inteligente, sino al mejor equipado para adaptarse a las circunstancias cambiantes. Pero eso no es lo que ocurre en la historia humana real. Los que sobreviven, despuntan o se imponen son sencillamente los mejor organizados, o los que blanden las pistolas más grandes; los que son mejores matando. Las naciones pacíficas rara vez salen victoriosas: en las ideas sí, seguro, pero las ideas rara vez prevalecen si no las respalda el cañón de una pistola. Es lamentable, estaremos todos de acuerdo, pero sería indolencia no reconocerlo. Porque, si no, lo único que nos queda es quedarnos de brazos cruzados, de cerebros cruzados, y aceptar: El botín para el vencedor; que significa también: La verdad para el vencedor.

»¿De verdad creemos, por poner un ejemplo, que los etruscos eran inferiores a los romanos? ¿No habrían sido una influencia más beneficiosa para el mundo? ¿Acaso no vemos que los herejes albigenses eran más ilustrados y más justos que la Iglesia de la Roma

medieval, que los aplastó de manera tan despiadada? ¿Es que consideramos que todos aquellos colonizadores blancos que exterminaron a las tribus indígenas de todo el mundo eran moralmente superiores a sus víctimas? Pensemos también que lo que antes llamábamos los Años Oscuros se admite hoy en día que estaba lleno de Luz. Pensemos en el caso de los dos Julianos: dos ejemplos llamativos de lo que podría haber sido. Juliano el Apóstata, el último emperador pagano de Roma, que intentó repeler la desastrosa marea creciente del cristianismo. Y el menos conocido Juliano de Eclana, que tenía una postura relajada, por no decir celebratoria, hacia el instinto sexual; reverencial, de hecho, puesto que lo consideraba algo natural, y por tanto inculcado por Dios. Y no solo eso, sino que, aún más grave a los ojos de la Iglesia, no se adscribía a la doctrina del pecado original. La Iglesia, como recordarán, exigía, y sigue exigiendo, el sacramento del bautismo para borrar del bebé el pecado original, por fuerza heredado. Juliano de Eclana no creía que esa fuera la intención de Dios. Pero, ay, perdió ante san Agustín, que afirmaba e insistía en la noción de una mácula eterna que se transmitía de generación en generación y, de resultas de ello, una culpa inaplacable en torno al sexo. Imaginen las consecuencias de esta disputa doctrinal, e imaginen cómo habría sido el mundo de no imponerse san Agustín.

Elizabeth Finch hizo una pausa aquí, y leyó las mentes de algunos de sus alumnos.

–Y no, no creo que se hubiese parecido en nada a eso que llamamos con humor los «marchosos» años sesenta.

Al terminar, la clase dio pie a un debate bastante menos elevado en el bar, con un jocoso intercambio de episodios sórdidos. Pero estábamos ya en el segundo trimestre, y nuestro grupito, como suele ocurrir, comenzaba a fracturarse. Desde mi punto de vista, Geoff se estaba volviendo un pelmazo, y me había cansado de lo que me parecía, por su parte, una animosidad ritual hacia EF. También había una especie de incomodidad entre Linda y yo, que no acababa de descifrar: por lo que alcanzaba a entender, era uno de esos casos en los que A se confía en B, y luego culpa a B por haber aceptado esa confianza. ¿Algo así? Y luego había un tercer factor: Anna.

Era holandesa, creo que ya lo he dicho. Medía como metro sesenta, tenía el pelo corto, lacio y pegado a la cabeza, una colección de anoraks, y una forma de mirarte que no era exactamente desafiante, pero daba a entender que igual te convenía subir un poco el nivel cuando hablabas con ella; y que si lo hacías, lo notaría y apreciaría. Yo estaba entonces entre matrimonio y matrimonio (aunque, evidentemente, no lo habría definido así en aquel momento); un padre de fin de semana al que le seguían recordando por medio de pequeñas burlas y manipulaciones por qué no seguía casado. No iba buscando

nada ni a nadie, no especialmente. Me gustaban las mujeres como amigas. Sobre todo, cuando no me manipulaban de ningún modo. Sobre todo, cuando esperaban más de mí –sin que eso resultase amenazante– y eran holandesas.

Anna me contó que la primera vez que vio escrita la expresión «sexo casual» en inglés creyó que era una errata.

–¿Y eso?

–La S y la U.

Yo seguía sin pillarlo.

–Sexo causal.

–¿Cómo?

–Sexo por una causa.

–¿El sexo no es siempre por una causa? Aunque sea, en fin, la causa en sí de tener relaciones sexuales.

–Pensé que se refería a un sexo por un motivo distinto al del puro sexo. Sexo por una causa, un propósito mayor. Sexo porque estás enamorado, obviamente, o sexo porque quieres explorar el mundo. Sexo porque la población de tu país está disminuyendo.

¿El sexo como viaje? ¿El sexo como deber ciudadano? Aquello, de algún modo, me pareció muy holandés. Y también tirando a adorable.

Fuimos deslizándonos suavemente hacia una especie de complicidad; después de clase tomábamos algo juntos, en lugar de hacerlo con el resto del grupo; una peli, un paseo, una galería de arte, una librería; pasos pequeños y sencillos.

Después de unas semanas así, le dije, con su cabeza cerca de la mía:

–¿Crees que sería buena idea lo del sexo causal entre nosotros?

Volvió la cara hacia mí.

–¿Es una errata?

–No.

–Bueno, solo si de verdad lo dices en serio.

Le dije que sí, pese a que no estaba seguro de a qué estaba accediendo.

Elizabeth Finch no veía las clases como parcelas diferenciadas de tiempo en las que debía transmitirse, debatirse y dirimirse una cantidad establecida de información. Le gustaba que siguiésemos discurriendo sobre esas ideas que había desplegado ante nosotros. Que el tiempo que pasábamos juntos tuviese una forma más libre, un final más abierto.

–Mencionó usted los monocultivos –le dijo Geoff unas semanas después de que nos presentase su monolista–. No entiendo qué tiene en contra de ellos. Está claro que son un signo de eficiencia, de una planificación central eficaz.

–Puede que dé esa impresión –respondió ella–, y las ventajas parecen seductoras. Pero volvamos a eso que, de manera tan condescendiente, llamamos los viejos tiempos, cuando la mayoría de la gente no hacía más que viajes de corta distancia. A menudo, no llegaban a salir de su pueblo en la vida, salvo para ir al mercado de algún pueblo cercano. Veían a muy poca gente de fuera: viajeros, vendedores ambulantes con mercancías llamativas, oficiales de reclutamiento, bandoleros y demás. Eran autosuficientes, y no les quedaba más remedio; almacenaban víveres para pasar el duro invierno. No eran independientes: estaban sometidos a formas de gobierno: el cura, el juez, el terrateniente. No romantizo: podían ser amos muy crueles. Nadie debería creerse eso de la «Feliz Inglaterra» y payasadas por el estilo. Pero la vida transcurrió así durante siglos.

»Entonces llegó el ferrocarril, por toda Europa. ¿Y cuál era su función principal? Pues, como señalaron Ruskin y Flaubert, la de permitir que la gente se desplazase de A a B y fuesen igual de idiotas unos con otros en un escenario distinto. Los parafraseo. En general se daba por sentado que el progreso tecnológico traería consigo un beneficio moral, pero el ferrocarril no trajo ninguno. No más que el que va a traer internet. Ni el más mínimo beneficio moral. Tampoco pretendo decir que vaya a aumentar la inmoralidad; estos prodigios tecnológicos son, más bien, moralmente neutrales. Un tren podía llevarles comida a los afectados por las hambrunas; del mismo modo, podía llevar al frente cañones, y artillería, con más rapidez.

»Pero me preguntaba usted por el monocultivo. Comencemos por el término, en su sentido agrícola. Aquellas antiguas aldeas y ciudades recluidas producían los alimentos, la ropa y los productos que necesitaban. El tren les llevó alimentos, ropa y productos distintos a precios distintos. Muy pronto, y dado que las leyes del mercado también son moralmente neutrales, descubrieron que podían comprar más baratas cosas que, tradicionalmente, habían producido siempre ellos mismos. Y así, los campos se fueron convirtiendo cada vez más en monocultivos. Miren esas aldeas y esas ciudades encantadoras de la Provenza. De repente, el vino costaba menos si lo producían en otra parte y, por el contrario, el grano tal vez valía más si lo mandaban a otra región. Dejaron de ser autosuficientes. De ahí que cuando los viñedos sufrían el ataque de la filoxera, o los campos el de la roya o un huracán, la vecindad pasaba hambre, y dependía de la buena voluntad o de las motivaciones interesadas de otros. Que tal vez estuviesen a otra cosa, o fuesen descuidados o, de hecho, activamente hostiles. No les estoy contando nada que no sepan.

A menudo nos sobrestimaba así; era halagador. Ahora veo que debía de ser intencionado y calculado, pero sigue resultando halagador.

–Y luego podemos pasar a un concepto más amplio del término

monocultivo. El monocultivo de naciones. La antigua nación estado de Europa y más allá: ¿qué la definía? La raza y la geografía, desde luego; la conquista y el imperio, también; ideas demenciales sobre la pureza y el excepcionalismo. Recuerden aquel verso de «La Marsellesa», y traduzco: «Que la sangre de los impuros riegue nuestros campos». Pureza, sangre. Y la religión, por descontado, y todos los monocultivos que rivalizan en su seno. La otra noche estaba leyendo casualmente *Las conversaciones privadas de Hitler* y, según decía él, hay (o había) ciento setenta religiones importantes en el mundo, todas las cuales afirmaban ser las depositarias únicas de la verdad. Ciento sesenta y nueve de ellas, por tanto, debían estar equivocadas.

Geoff, siempre alerta y receloso cuando EF tocaba cualquier tema político, le preguntó:

–¿Nos está poniendo a Hitler en la lista de lecturas?

–Como recordarán, esa lista es completamente optativa –respondió ella con calma–. En el transcurso de cada lección, espero, encontrarán ciertos títulos con lo que no están familiarizados y que tal vez les apetezca leer.

–Pero... –prosiguió Geoff, con un toque de agresividad–, ¿nos está sugiriendo que leamos a Hitler?

–Les estoy sugiriendo que nos familiaricemos con aquellos que discrepan de nosotros y de los que nosotros discrepamos, ya sea una figura viva o muerta, un contrincante religioso o político, o hasta un periódico o un semanario. Conoce a tu enemigo, es una regla sencilla y convincente; incluso al enemigo muerto, porque podría revivir con facilidad. Además, como dijo una vez un gran autor: «Estos monstruos nos explican la historia».

Pero Geoff no daba su brazo a torcer.

–A mi padre lo mataron en la guerra ¿y me está usted diciendo que lea a Hitler?

Fue la única vez que vi a Elizabeth Finch perder la compostura. Y, aun así –y por descontado–, la perdió a su manera. Se dio levemente la vuelta, hasta mirar a Geoff, y le respondió:

–Lamento su pérdida. Pero, sin el más mínimo deseo de entrar a competir con usted, creo que si investigáramos descubriríamos que Hitler destruyó a mi familia mucho más de lo que destruyó a la suya. Eso es todo por hoy.

Y salió de clase, cogiendo el bolso del atril a su paso. Nadie quería ser el primero en hablar. Al final, más desconcertado que beligerante, Geoff dijo:

–¿Cómo iba yo a saber que era judía?

Nadie respondió.

No puedo decir que alcanzásemos nunca el ideal socrático que invocó en aquel primer parlamento; pero nos sentíamos incitados a hablar, capaces de ejercer nuestra inteligencia, capaces de teorizar sin miedo al desdén. No es que EF recurriese mucho a la teoría (ni al desdén, para el caso); lo más lejos que llegaba era a una especie de generalización epigramática. Si digo que empleaba el ingenio y la sugestión en la enseñanza, puede que la haga quedar como una manipuladora, incluso deliberadamente seductora. Bueno, sí que era seductora, pero no de ninguna manera convencional.

Una tarde, mientras nos hablaba de Venecia y nos explicaba la serie de pinturas de Carpaccio, se desvió del tema:

–Por supuesto deberíamos, así las cosas, ponernos de lado del desvalido, de la víctima, del derrotado, del arrasado, ¿no es cierto? –Levantó de nuevo la vista a la pantalla–. En el caso de Jorge y el Dragón, un enfrentamiento en el que los dados estaban teológicamente trucados, cualquier ser humano con un sentir moral debería compadecerse, creo yo, del pobre dragón.

Contemplamos el cuadro, en el que la lanza de un Jorge de robusta armadura atraviesa las fauces de la bestia y asoma por detrás del cráneo, mientras la piadosa princesa, a la que el futuro santo ha ido a rescatar, reza en una roca a sus espaldas. El dragón, pese a las temibles escamas, no es en realidad más grande que el caballo del santo.

–Tal vez estén de acuerdo en que se trata más de una demostración de superioridad armamentística que de superioridad devota.

Geoff, ansioso como siempre por meter cizaña, dijo:

–Pero es san Jorge... Eso no es muy patriótico por su parte, si se puede decir.

–Desde luego que se puede, Geoff. Pero tenga en cuenta, por favor, que había muchos san Jorges, santos patrones de un sinfín de países y ciudades, y que el paisaje desértico en el que tiene lugar este enfrentamiento no es ni mucho menos el vergel de Inglaterra. La clave aquí es que nuestro objetivo es trascender el mero patriotismo. Puede que analicemos los versos de «Land of Hope and Glory», pero no la cantaremos.

¿Veis lo que digo? Nos corregía, pero sin subestimarnos, cuando nos tenía que apartar con elegancia de lo obvio.

–Tengan en cuenta también que ese pobre dragón que ha tenido aterrorizada a la ciudad del fondo (fíjense en los cuerpos desmembrados de víctimas anteriores que aparecen en segundo plano) no es un mero ejemplo extremo de animal salvaje, aún más temible que esos elefantes solitarios y desquiciados que hay en la India. El dragón es un símbolo. Habita en, y representa a, la Capadocia: una región pagana hasta que llega san Jorge para demostrar el poder de un cristianismo vigoroso, o militar, mejor dicho. Y si proseguimos con

este *storyboard* espiritual, veremos que someter al dragón lleva directamente a la conversión de la región entera al cristianismo. De modo que lo que nos ofrece aquí Carpaccio es al mismo tiempo la imagen congelada de una película de acción y una convincente obra de propaganda. Uno de los secretos del éxito de la religión cristiana fue contar siempre con los mejores cineastas.

Si algo nos enseñó EF fue que la historia es un camino largo; más aún, que no es algo inerte y comatoso, ahí tumbado esperando a que nosotros la enfoquemos con un catalejo o un telescopio; que es, por el contrario, una cosa activa, efervescente, volcánica, a veces. Supongo que sus «años formativos», como los llaman, debieron de situarse en los cincuenta, pero no era una encarnación de esa época más de lo que lo era de la Era de la Ilustración o del siglo iv d. C. Igual que una diosa antigua –sí, sé lo que estoy diciendo–, parecía estar al margen del tiempo, o quizá por encima de él.

–Querría señalar que el fracaso puede enseñarnos más cosas que el éxito, y un mal perdedor, más que un buen perdedor. Que los apóstatas son siempre más interesantes que los auténticos creyentes, o que los santos mártires. Los apóstatas encarnan la duda, y la duda, la duda intensa, es el signo de una inteligencia activa. Ya he hablado de Juliano el Apóstata. Siendo quienes somos, podríamos tomar como punto de partida al poeta Swinburne. Algernon Charles Swinburne, él mismo un apóstata que se rebeló contra los valores victorianos. Aunque cabe decir que un apóstata melodramático, histérico, incluso. Otro ejemplo de niño inglés de colegio privado marcado en ambos sentidos por la práctica cruel y, sin embargo, para algunos, placentera, de la flagelación. Siguió los tradicionales caminos británicos del libertinaje, de donde lo rescató el poeta menor Theodore Watts-Dunton, que se lo llevó a vivir abstemiamente a The Pines, en el número 11 de Putney Hill, una casa adosada de las afueras. Qué ironía, el destino, ¿no les parece? El pecador redimido era, por supuesto, un cliché victoriano manidísimo, aunque eso no lo hacía mejor. Pero me he ido un poco por las ramas.

»En su poema "Himno a Proserpina", Swinburne tiene este pareado memorable:

> Pálido Galileo, tú venciste, el mundo se ha agrisado con tu aliento;
> Hemos bebido aguas del Leteo y nos nutrimos con plenitud de muerte.

»El pálido galileo es, claro está, Jesús de Nazaret, y la frase la

pronunció supuestamente Juliano el Apóstata mientras yacía moribundo en el campo de batalla. Unas famosas últimas palabras con las que reconocía la victoria del cristianismo sobre el paganismo. Y, en efecto, Juliano resultó ser el último emperador pagano. Lo que los periódicos, al menos los periódicos paganos, habrían llamado un «héroe de la resistencia». Era un erudito-soldado: cuando emprendió la campaña en la Galia, la emperatriz Eusebia le regaló una biblioteca para que pudiera filosofar entre batalla y batalla. Swinburne, curiosamente, no lo nombra, pero sí que nombra, en el título del poema, a Proserpina, que en el mundo antiguo era, entre otras cosas (es célebre el pluriempleo de los dioses), la diosa y defensora de Roma. Ahora iba a reemplazarla una protectora distinta: María, madre de Jesús, que desde entonces es la patrona mayor de la ciudad.

»Podríamos pensar que las palabras de Juliano deben interpretarse como una elegante admisión de derrota espiritual. Juliano, el buen perdedor. Ni por asomo. Swinburne, como muchos de sus distinguidos predecesores, identifica aquí el momento en el que la historia y la civilización europeas dieron un giro calamitoso. Los antiguos dioses de Grecia y Roma eran dioses de luz y de gozo; los hombres y las mujeres comprendían que no había más vida que esta, que era aquí donde había que hallar la luz y el gozo, antes de que la nada nos envuelva. Esos nuevos cristianos, en cambio, obedecían a un Dios de la oscuridad, el dolor y la servidumbre; un Dios que afirmaba que la luz y el gozo solo existían después de la muerte, en ese cielo de Su creación, el camino hacia el cual está lleno de pena, miedo y culpa. «Nos nutrimos con plenitud de muerte», y que lo digas. En esos asuntos, Juliano y Swinburne estaban los dos de acuerdo.

»Por supuesto –prosiguió EF–, deberíamos tratar siempre de evitar la autocompasión. Eso de imaginar que todo se torció en el desierto persa el año 363 después de Cristo, y que dieciséis siglos después descubrimos al nacer que nos han repartido malas cartas, para poder lamentarnos: «No es culpa mía, jefe». Es mejor creer que todo el mundo se siente así, y que las malas cartas son la norma. La autocompasión histórica es tan poco atractiva como la autocompasión personal.

Y a Elizabeth Finch nadie podía acusarla de eso.

Otra de sus técnicas consistía en comenzar la clase preguntándonos qué sabíamos de un tema concreto. Podía ser un momento aterrador. ¿Qué sabíamos nosotros de tal cosa? No éramos ni mucho menos expertos en nada. Sin embargo, su actitud era alentadora:

–No hay respuestas incorrectas, aun cuando todas las respuestas lo son.

Así nos anunció el tema de aquel día en particular:

–La esclavitud y su abolición.

Hago una amalgama de nuestras respuestas. William Wilberforce, el padre de Soapy Sam. Harriet Beecher Stowe. La Decimotercera Enmienda, Abraham Lincoln. Los tratantes de esclavos que empezaron a venderles esclavos a los británicos en África para que se los llevasen. Algunos de esos tratantes eran africanos, algunos árabes. La tenencia de esclavos, cosa común en todo el mundo. La Marina Real patrullando en alta mar, registrando barcos para hacer cumplir las leyes antiesclavistas. Los propietarios de esclavos, recibiendo una compensación económica por la pérdida de su «propiedad», pero ninguna por haber sido esclavizado (Geoff).

–Sí –dijo EF–. Muy bien.

Y con eso se refería a que nuestras respuestas eran más o menos lo que esperaba. Unas cuantas fechas, por favor. Aprobación de la Decimotercera Enmienda. ¿Nadie? 1865. Declaración de Independencia. Sí, 1776. ¿Desembarco de los Padres Peregrinos en Plymouth Rock? Algo de animado debate, como entre los alumnos de un concurso universitario. 1620, muy bien. Una última pregunta: ¿fecha en que llegaron los primeros esclavos a una colonia británica, desembarcando en un lugar irónicamente bautizado Point Comfort? ¿No? ¿Nada? Hizo una pausa:

–1619.

No dijo nada más durante un rato; nos dejó con nuestras reflexiones y nuestros cálculos: por ejemplo, que los esclavos y los británicos habían llegado a la vez, y que los británicos tuvieron esclavos en aquel continente casi el doble de tiempo que los estadounidenses.

–Lo que me lleva a una reflexión más amplia. –Con EF, siempre había una–. Ernest Renan, el gran historiador y filósofo francés del siglo xix, escribió una vez: «Interpretar mal la propia historia forma parte de ser una nación». Fíjense, si me hacen el favor, en lo que no dijo. No dijo «Interpretar mal la propia historia forma parte de convertirse en nación». Esa observación también sería cierta, pero bastante menos provocadora. Estamos familiarizados con los mitos fundacionales en los que los países se asientan, y que con tanto furor propagan. Mitos de resistencia heroica frente a una fuerza de ocupación, frente a la tiranía de la Iglesia y la aristocracia, luchas que crearon mártires cuya sangre derramada regó la delicada planta de la libertad. Pero no es de esto de lo que habla Renan. Él dice que interpretar mal la propia historia forma parte de *ser* una nación. En otras palabras, para creer en aquello que consideramos que representa nuestra nación debemos, constantemente, día tras día, por medio de actos o pensamientos grandes y pequeños, engañarnos a nosotros mismos, igual que repetimos constantemente los cuentos

reconfortantes con los que conciliamos el sueño. Mitos de superioridad racial y cultural. La fe en monarcas benévolos, papas infalibles y gobiernos honrados. El convencimiento de que la religión en la que hemos nacido, o la que hemos elegido adoptar, resulta ser el único culto verdadero entre los cientos de credos paganos y apostasías que hay ahí fuera.

»Y esta escisión entre lo que somos y lo que creemos ser lleva de manera natural a la cuestión de la hipocresía nacional, de la que los británicos son un ejemplo famoso. Famoso, esto es, a ojos de otros inevitablemente cegados por sus propias hipocresías nacionales.

Curiosamente, fue al terminar esta clase cuando Anna y yo tuvimos la primera discusión. Nos quedamos por una vez con el resto del grupo en el bar de estudiantes, lo que hizo que la discusión fuese pública y, por tanto, más corrosiva. Y la empezó ella.

–Lo único que digo es que yo no me siento responsable a nivel personal.

–Pero vosotros teníais un imperio también, y esclavos.

–Como todos los demás países europeos. Hasta la *puda* Bélgica.

Me reí de esa consonante floja que otras veces me había parecido enternecedora.

–Eran los peores, en Bélgica –coincidí–. Conrad. *El corazón de las tinieblas*.

–Pero es que yo no soy una *puda* belga.

–Bueno, ¿no crees que hay algo así como una responsabilidad colectiva?

–Sí –interrumpió Geoff–, como la del pueblo alemán al seguir al diarista favorito de Elizabeth Finch.

Su intervención nos molestó a ambos.

–Yo no me siento, y no soy, responsable de lo que hicieron los soldados y los comerciantes de mi país siglos antes de que naciera. Y más cuando mis antepasados eran el equivalente a esclavos en una de las regiones más pobres de Holanda.

–A: tus antepasados no eran esclavos, no los compraron y vendieron y violaron y torturaron y mataron por puro capricho. Y B: ¿no serían los descendientes de los esclavos los que deberían decirnos si creen que se cometió un crimen terrible contra sus antepasados, cuyo dolor sigue acompañándolos?

–Di que sí, Neil, aún te acabaremos volviendo de izquierdas.

–Que te jodan, Geoff.

Pero no lo miré. Miré solo a Anna. Los demás se quedaron callados.

–No me puedes hacer sentir responsable. Ni culpable. No lo soy, lo siento. Y punto.

–No intento que te sientas ni que seas nada. Tú eres lo que eres.

–Gracias por recordármelo. Gracias por dejarme ser yo misma. ¿Cómo es esa cita que tanto le gusta a tu sacrosanta Elizabeth Finch? «Unas cosas...»

Dios, ahora estaba cargando también contra EF.

–«Unas cosas dependen de nosotros; otras no dependen de nosotros.» Epicteto.

–Ya sé que es del *pudo* Epicteto. Y lo que digo es que la esclavitud holandesa, de la que supongo que sabes más bien poco, no es cosa mía, y no puedes hacer que lo sea.

–No lo pretendía.

–Claro que sí.

Nos marchamos, con las copas sin terminar, cada uno por su lado. Puede que las discusiones siempre sean en el fondo por otro motivo, como dicen. Pero, visto ahora, aquel fue un punto de inflexión.

Al final de nuestro curso con Elizabeth Finch, se nos pidió que entregásemos un ensayo. El tema quedaba a nuestra elección, pero podía –de hecho, debería– estar relacionado con alguna materia que hubiésemos tratado juntos. Recuerdo que añadió, con ironía:

–Y pueden indicar los pasos que han seguido, si lo desean.

No lo comentamos demasiado, pues tal vez temíamos algún robo de ideas. Aunque la forma de enseñar de EF nos motivaba, también nos había dejado claro cuán pocos pensamientos originales producían nuestros cerebros.

Terminé por no entregar nada. Estuve dando vueltas de manera deshilvanada a unos cuantos conceptos –la fragilidad de la verdad histórica, la fragilidad de la personalidad humana, la fragilidad de la fe religiosa y demás–, pero no recuerdo que llegase a escribir más de un par de párrafos. Lo que ocupaba mi atención en verdad eran la fragilidad de las relaciones humanas y la fragilidad del matrimonio. Llevaba dos años divorciado, por aquel entonces, y estaba descubriendo que la idea de una ruptura limpia, legal, era un autoengaño. El dolor, el resentimiento y las penalidades económicas..., todo ello continuaba. Y es fácil que el ser humano más cuerdo se vuelva obsesivo, vengativo, autocompasivo –un demente, en otras palabras–, por una sencilla carta del abogado, una sesión con un terapeuta nuevo o una discusión supuestamente adulta sobre el futuro de un hijo. Os ahorro los detalles porque me quiero ahorrar a mí mismo los detalles.

Fui a ver a EF y le expliqué, lo mejor que pude, que mi cerebro, y también una porción de mi corazón, se habían dado a la fuga en las últimas semanas.

–Lo siento –concluí–. Siento que la he decepcionado.

Esperaba en cierto modo que me consolara. Pero, en lugar de eso, me dijo quedamente:

–Estoy segura de que es algo pasajero.

Yo pensé, con solipsismo, que se refería a mi crisis posdivorcio. Más tarde comprendí que se estaba refiriendo al hecho de que la hubiese decepcionado, que eso era lo pasajero. Que en el futuro, de algún modo, justificaría la fe que ella tenía en mí. Ocurría a menudo: ella decía cosas, tú no las entendías, pero las recordabas, y años después cobraban sentido.

No soy una persona valiente. Las decisiones vitales mías que pueden pasar por valientes (casarme, divorciarme, tener una hija fuera del matrimonio, vivir durante un tiempo en el extranjero) deberían atribuirse más bien a la sobreexcitación nerviosa o la cobardía. Si en la vida, como sentenció el filósofo, unas cosas dependen de nosotros y otras no dependen de nosotros, y si la libertad y la felicidad dependen de que sepamos ver la diferencia entre ambas categorías, entonces mi vida ha sido lo contrario de filosófica. He ido tambaleándome y zigzagueando entre creer que tenía el control y comprender que todo estaba perdido y fuera de mi alcance, tanto el entender como el vivir. En fin, como la mayoría de la gente, supongo.

Le había fallado a EF. Me había pedido una sola cosa y le había fallado. Había sido compasiva de un modo muy propio de ella. No me había hecho sentir mal. Así pues, cuando daba ya media vuelta para irme, me detuve, y en un momento de sobreexcitación nerviosa (provocada por el miedo a, quizás, no volver a verla) me descubrí preguntándole, sin mirarla:

–Puede que esto esté muy fuera de lugar…

–Dígame.

–Pero… ¿querría… o sea… podríamos tomar algo algún día… o incluso… comer juntos?

La miré entonces, y ella estaba sonriendo.

–Mi querido Neil, por supuesto. Creo que comer juntos sería de lo más agradable.

Y así dio comienzo una nueva etapa de mi vida. Quedábamos dos o tres veces al año, en un pequeño restaurante italiano de West London, cerca de donde ella vivía. Las reglas estaban claras, y nunca hizo falta exponerlas. Yo llegaba puntualmente a la una; ella estaba allí sentada, fumando. Tomábamos la pasta del día, una ensalada verde, una copa de vino blanco y café solo. Una vez, muy al principio, me salí del guión y pedí escalope de ternera.

–¿Qué tal? –me preguntó, inclinándose con avidez sobre la mesa–. ¿Decepcionante?

La comida duraba setenta y cinco minutos; siempre pagaba ella. En

cuanto me sentaba, preguntaba:

–¿Qué me trae? –poniendo sobre mí la presión inicial.

Pero me parecía bien. Y como sabía que solo tendría setenta y cinco minutos con ella, se concentraba ahí, no solo el tema que yo hubiese escogido, sino también, en cierto modo –no, absolutamente–, mi inteligencia. Era más listo en su presencia. Sabía más, era más convincente; y estaba desesperado por complacerla.

Como he dicho, Elizabeth Finch no era para nada un personaje público; y tampoco habría querido serlo. No tenía ni el temperamento ni la aptitud que precisa la fama. Dudo que llegase a planteárselo jamás. Recuerdo que una vez comentó que Clío era la musa griega de la historia, y que solía aparecer representada sosteniendo un libro o un pergamino en la mano, «mientras que en nuestra era, más ilustrada, se otorgan en Estados Unidos unos premios Clío a la excelencia en publicidad». Y también que Clío era la musa de la lira, pero que dudaba que a los que destacaban en esa profesión les tocase una serenata una panda de liristas. Su talante era irónico y jocoso, y por tanto –con nosotros, al menos– no tenía nada de paternalista ni de esnob. Era también una forma de decir: no se dejen engañar por los valores proclamados de su propia época.

Le pregunté una vez, en uno de nuestros almuerzos, por qué prefería dar clase a adultos.

–No me entusiasma la falta de curiosidad –respondió–. Paradójicamente, los jóvenes están más seguros de sí mismos, y sus ambiciones, si bien objetivamente nebulosas para un observador externo, a ellos les parecen nítidas y alcanzables. Mientras que con adultos... Es cierto que algunos se matriculan por una especie de autocomplacencia, pero la mayoría vienen porque sienten un vacío en sus vidas, la impresión de que tal vez se han perdido algo y ahora tienen la oportunidad, puede que incluso la última oportunidad, de enmendar las cosas. Y a mí eso me resulta profundamente conmovedor.

Recordé cómo había reaccionado la clase hacia ella en un primer momento: con cierta reverencia, mucho silencio e incomodidad iniciales, un poco de diversión tácita, todo ello rápidamente sustituido por un aprecio genuino. Y también por una especie de instinto protector, porque percibíamos, en algún sentido, que no estaba hecha para el mundo, y que su nobleza moral tal vez la hiciese vulnerable. Pero sin ninguna intención, tampoco nosotros, de ser paternalistas.

Caí en la cuenta también –con el tiempo– de que la forma en que había descrito a sus alumnos adultos valía de manera exacta y absoluta para mi caso; motivo sin duda por el que quise seguir

aferrado a ella después de graduarme. Y el mismo, quizás, por el que me lo permitió.

A veces me doblegaba para complacerla; ella nunca modificaba una idea u opinión para evitar el desacuerdo. Me fui acostumbrando; no me quedó otra. En una ocasión, mientras comentábamos la reacción pública ante cierto escándalo político, yo señalé que era normal que la gente necesitase a alguien a quien culpar.

–Normal no significa que sea buena idea –repuso.

–Pero si hay alguien a quien culpar, puedes hacer algo al respecto.

–¿Como qué?

–Votar para echarlo del puesto.

–Que un cambio de gobierno vaya a servir para algo es un autoengaño recurrente.

–Ese es un consejo desde la desesperanza.

–No, es un consejo desde el realismo. ¿Me ve desesperanzada?

–No. Pero apuesto también a que ha votado en cada una de las elecciones.

–Con la certeza de que servirá de poco.

–Entonces ¿por qué vota?

–Por deber cívico. Es lo que procede.

Llegados a este punto, casi pierdo los papeles.

–Eso es tremendamente condescendiente.

–¿Hacia quién?

–Pues... hacia el resto del electorado.

–¿Se refiere a que debo participar plenamente de sus esperanzas y sueños y consiguientes decepciones? La función principal de un político es decepcionar.

–Eso es tremendamente cínico, ¿sabe?

–Discrepo. No soy ninguna cínica.

–¿Qué es entonces?

–No soy tan vanidosa como para asignarme ninguna etiqueta.

Mostraba, como siempre, un temple sobrenatural. Cosa que a veces me ponía de los nervios. ¿Estaba jugando conmigo? ¿Seguía dándome clase?

–Entonces no es una cínica. ¿Es... anarquista?

–Desde un punto de vista intelectual, entiendo el atractivo. Desde un punto de vista realista, jamás funcionaría, teniendo en cuenta el fuste torcido de la humanidad.

–Entonces ¿acepta que necesitamos algún poder organizador?

–Acepto que debemos tener alguno, nos guste o no.

–¿Y que la democracia constitucional es el sistema menos malo que hemos descubierto hasta el momento?

–El que dijo eso debía de ser demócrata, ¿verdad?

–Entonces no es ni cínica ni anarquista. ¿Es... epicúrea?

–Desde luego era un psicólogo muy sabio.

–Yo creo que es usted estoica.

–No cabe duda de que es una postura atractiva.

–¿Porque le permite escurrir el bulto?

–Mi querido Neil, se está acercando un poco al insulto.

–Lo siento, yo...

–Ah, no me ofende lo más mínimo. Solo señalaba que los insultos acostumbran a producirse cuando uno está perdiendo una discusión. E intenta usted colgarme etiquetas. No soy un baúl de viaje.

Yo, sin inmutarme, hice un último intento.

–Bueno, entonces, ¿es usted feminista?

Me sonrió.

–Naturalmente. Soy mujer.

¿Veis lo difícil que era tener una conversación directa con ella? No, eso también es un insulto, me doy cuenta. Lo que quiero decir es: ¿veis lo difícil que era para mí, y para aquellos como yo, llevar las riendas de una conversación con ella, o estar siquiera en igualdad de condiciones? No porque te manipulara –era la mujer menos manipuladora que he conocido en la vida–, sino porque examinaba las cosas desde una perspectiva más amplia, con un foco y un horizonte distintos.

Entenderéis, espero, por qué la adoraba. Y adoraba también el hecho de que fuese mucho más inteligente que yo. Cuando le dije eso a Anna –con estas mismas palabras–, me tachó de masoquista intelectual. Y esa etiqueta tampoco me molestó.

Una pregunta que merece la pena hacerse, incluso a estas alturas. Al principio tomé a Elizabeth Finch por una pesimista romántica; ahora diría que era una estoica romántica. ¿Son compatibles ambas condiciones? ¿Pueden coexistir, o una es consecuencia de la otra? Resulta tentador postular que EF comenzó siendo una romántica de principios elevados y que luego, una vez la vida le hubo infligido las decepciones inevitables, se convirtió en estoica. No es que tenga ninguna prueba real de ello. Pero ¿y si resultara que había estado prometida una vez, pero la dejaron plantada de camino al Registro? También era posible imaginar un largo enamoramiento seguido de una traición repentina y una violenta desilusión. Un relato como este podría proporcionar una explicación lógica, «natural», en efecto, pero sería también, en términos psicológicos, banal; y la banalidad pocas veces era la clave en lo que respectaba a EF. Prefiero creer que, a medida que su mente y su corazón evolucionaron, se convirtió en una romántica y una estoica. ¿Insólito, inverosímil? Sí, pero también lo era ella.

Mi affaire con Anna duró más de un año, y luego sucumbió a su inherente asimetría. Las características que al principio nos habían atraído del otro –su intensidad, mi calma– pasamos a verlas de un modo distinto: como melodrama, por un lado; como indolencia emocional, por el otro. No hubo daños reales, aunque eso es lo que diría alguien a quien acusan de indolencia emocional, supongo. Pero nos teníamos cariño el uno al otro y así siguió siendo.

En un primer momento no le dije nada de mis almuerzos con EF porque..., en fin, porque no. Con algunos amigos nos ponemos posesivos, y con otros, no. Pero un día, cuando faltaba poco para verla, lo mencioné. Anna no pareció particularmente interesada mientras le explicaba cómo era, cómo se estructuraba, dónde quedábamos, qué comía y bebía ella.

–Debe de ser agradable para ti –dijo Anna–. Para los dos.

–Sí. Es algo especial.

–Y entonces ¿por qué no me lo había contado?

–Ah, bueno, no sé. Algunas cosas te las guardas para ti, ¿no?

–Tú sí –respondió con una crispación en la voz que yo conocía bien. Pero yo ya no era responsable de sus emociones, así que cambié de tema.

Dos días después, EF se estaba terminando su plato de pasta cuando acercaron una silla a nuestra mesa.

–¿Molesta si me siento? –preguntó Anna, sentándose de todos modos.

–Anna, pero qué grata sorpresa –dijo EF, serena, como si esa clase de intromisiones le sucediesen cada dos por tres, y fuesen siempre bienvenidas.

–Es solo que pensé que me alegraría volver a verla. Está usted estupenda.

–Gracias, Anna. Tú también.

Se intercambiaron unas cuantas cortesías insustanciales más y luego EF se levantó de la mesa.

–Los dejo solos. –Tras departir brevemente con Antonio, salió del restaurante sin mirar atrás.

–¿Qué cojones te crees que haces?

–Quería volver a verle la cara. Este es un país libre, ¿no?

–No siempre.

En ese momento, Antonio se acercó.

–La *signora* Finch dice pida usted lo que quiera, ella lo pagará mañana.

Yo estaba furioso, y al mismo tiempo avergonzado por mi rabia. Anna reaccionó como si estuviese siendo absurdamente posesivo y estirado, mientras que ella estaba siendo tan normal, afable y espontánea como siempre. Y habló, además, como si su relación con

EF fuese de algún modo tan válida como la que tenía yo. Me contuve al menos de soltarle «No lo vuelvas a hacer jamás» o «También es un país libre para gorronear, se ve». Lo único que hice fue ponerme de morros, mientras Anna intentaba en vano burlarse de mí por ponerme de morros y yo intentaba en vano negarlo y... En fin, ya sabéis cómo van estas cosas, ¿no?

Le escribí una carta a EF disculpándome y explicándole que la aparición de Anna no tenía nada que ver conmigo (aunque supongo que sí tenía algo que ver). En respuesta, recibí una breve nota en la que no hacía ningún comentario sobre nada de lo que yo le había dicho. Se limitó a escribir: «Continuaremos con la conversación». Y la continuamos, para mi inmenso alivio.

Nuestros almuerzos prosiguieron a lo largo de casi veinte años, un punto fijo y radiante en mi vida. Ella proponía una fecha; yo siempre buscaba tiempo. A medida que se hizo mayor –bueno, a medida que ambos nos hicimos mayores–, la fueron asaltando los achaques y percances habituales, que ella trataba siempre a la ligera. Pero para mí era siempre la misma: en el vestir, en la conversación, en el apetito (escaso), en el fumar (determinado). Yo llegaba, ella ya estaba ahí, me sentaba y ella me preguntaba: «¿Qué me traes?». Y yo sonreía y me esforzaba al máximo por satisfacer su curiosidad, por hacerla reír, por traerle noticias de un mundo de matrimonios fracasados, niños exitosos y una carrera errática. Sus intereses intelectuales eran atemporales. Y siempre pagaba la comida.

Canceló, o más bien pospuso, dos citas seguidas, «debido a los estragos imprevistos y sin embargo insoslayables de la envoltura humana», como dijo en ambas ocasiones. No comprendí que se estaba muriendo. No hubo despedidas, ninguna citación, ningún mensaje final. Imaginé que habría muerto sin quejarse, estoica, en silencio, casi en secreto. Recibí una invitación a su funeral de parte de un tal Christopher Finch, su hermano, al parecer; hasta ese momento, había dado por hecho que era hija única. Nos reunimos unos treinta en la capillita de un frío crematorio de ladrillo en South London. Hubo música de Bach en CD, lecturas de Donne y Gibbon, y luego el hermano pronunció unas sencillas y conmovedoras palabras, en particular sobre su infancia; miró el ataúd y lloró. Reconocí unas cuantas caras y las saludé con la cabeza, le estreché la mano a Christopher Finch al salir y decliné acudir a la sala de arriba de un pub cercano, donde servirían vino y sándwiches. Por algún motivo, no estaba preparado para hablar de ella con otras personas, hacer las preguntas convencionales y recibir las respuestas convencionales. Ni para observar, a medida que avanza un velatorio, cómo se alzan las voces, cómo empiezan las risas incómodas, y luego se propagan y se vuelven ruidosas. Risas bienintencionadas que dicen: seguimos vivos, y

a Liz le parecería bien, ¿verdad que sí? Si algo tenía nuestra Liz es que no era ninguna aguafiestas. ¿Te acuerdas de aquella vez...? No, ni de broma. Y también quería evitar esos momentos de dolor competitivo, siempre un peligro en ocasiones así. Quién la conocía mejor, quién lo sentía más. Quería a Elizabeth Finch solo para mí, así que me la llevé a casa en la cabeza.

Un abogado me escribió para informarme de que Elizabeth Finch me había legado «todos mis papeles y mi biblioteca, para que haga con ello lo que considere». Me sentí halagado pero perplejo. Los dos libros que había escrito llevaban mucho tiempo descatalogados. El soñador que hay en mí se preguntó si habría dejado alguna obra maestra, póstuma e inesperada que yo tuviera el honor de mostrarle al mundo. El *voyeur* que hay en mí se preguntó si habría dejado algún diario lleno de lacerantes revelaciones; a veces, mi imaginación era tan chabacana como la de esos alumnos de mala reputación a los que EF había dado clase. Quería que hubiese ahí algún secreto por descubrir, aunque no fuera más que, pongamos, una leve adicción a las apuestas de caballos (¡EF en una casa de apuestas! ¡O telefoneando a alguien a quien tal vez se refiriese como «mi corredor»!). Pero mi lado sensato juzgaba improbables aquellas suposiciones. Daba por hecho que, igual que había controlado su vida, habría controlado también su posteridad. Seguramente encontraría alguna nota, lúcida y breve, en la que me indicaría qué hacer.

Fui hasta el bloque de pisos de ladrillo visto de West London al que nunca había sido invitado. Tenía pinta de haber dispuesto en su día de portero vestido de uniforme; ahora el portero había quedado reducido a un código de entrada en la puerta principal. Allí, esperándome, estaba Christopher Finch, único hermano y único albacea. Era un hombre risueño, de pelo blanco y mejillas sonrosadas, rechoncho, con un abrigo corto de cuello camisero, traje azul y una corbata pseudorregimental; a simple vista, tan falto de exotismo y misterio como exótica e indescifrable había sido su hermana.

–La verdad es que no sé de qué va esto –le dije.

–Yo tampoco. Aunque, por otro lado, no soy para nada de letras. Me gusta una buena historia, eso sí. Algo que me distraiga.

–Sí, a todos nos hace falta.

–Ah, pero yo leo la clase de cosas que mi hermana habría despreciado.

–Creo que era bastante menos despectiva de lo que la gente pensaba –dije, y sentí que había ido demasiado lejos–. Lo siento... Usted era su hermano.

–Sí, pero no me irá a decir que habría aprobado a Alistair MacLean,

Desmond Bagley y Dick Francis.

–Me habría encantado verla intentando leer a alguno de ellos.

Soltó una risita.

–Tan impensable como imaginarla engullendo un desayuno inglés completo.

En el piso reinaba un orden inmaculado, todo en tonos beiges y marrones; habría libros y pequeñas reproducciones en las paredes, una lámpara corriente de pantalla opaca. No había televisor en el salón, ni tampoco microondas en la cocina; solo un frigorífico diminuto, una cocina antigua de gas y un minihorno; en el suelo, una caja de cartón llena de bolsas de la compra. Una cama individual, armarios a medida, y una lamparita de poca potencia en la mesita de noche. Ni rastro de vida vegetal en ninguna parte. Había un viejo tocadiscos portátil colocado de lado junto a un estante de vinilos. La radio Roberts era original, no una réplica vintage. Los pisos y las casas que deja vacíos la muerte a menudo desprenden un deprimente abandono; es natural que, llevados por el dolor, antropomorficemos esos lugares. Pero, por algún motivo, eso no era aplicable allí; tal vez porque EF nunca había abrazado y amado aquel lugar, sino que se había limitado a ocuparlo. Y a cambio el piso –¿cómo puedo decir esto sin añadir antropomorfismos?– se mostraba indiferente, incluso altivo, ante nuestra presencia.

Examiné las librerías con la mirada.

–Una llamativa escasez de Desmond Bagleys. –Christopher Finch rió–. ¿Cuándo fue la última vez que la vio? Es decir, si puedo…

–Unos días antes de que muriera. Pero antes de eso hacía un año o más. Yo iba subiendo de vez en cuando, y quedábamos para almorzar. En una tetería sin bebidas alcohólicas. Como puede imaginar, no era fácil conseguir que bajara a visitarnos.

–¿Usted dónde…?

–En Essex. Y eso es todo un viaje en tren.

Lo dijo irónicamente, pero sin resentimiento; una mera constatación de cómo era su hermana.

–Solíamos vernos cada pocos meses –continuó–. Más espaciadamente con el tiempo.

–Sabía cómo darle largas a la gente –le dije–. Con cortesía, pero con firmeza.

–Esa era mi hermana. No me dijo que estaba enferma hasta casi el final. Supongo que prefería guardárselo para ella.

Nos miramos. Costaba imaginar un hermano y una hermana más distintos. Hasta tenían maneras distintas de ser educados.

–Supongo que será mejor que lo deje con sus cosas. Yo iré a comprobar si por un improbable casual hay algo de vino en la nevera.

Un archivador sin cerrar contenía todo lo relativo a bancos,

abogados, contables, seguros del hogar y demás. Su testamento había sido muy claro.

La mesa era una pieza de Arts & Crafts en roble inglés, el único mueble que era algo más que simplemente funcional. Tampoco estaba cerrado con llave. Archivos, cuadernos, papeles, hojas mecanuscritas.

–No sé muy bien cómo proceder –dije.

–¿Por qué no se lo lleva todo? Si hay algo que pertenezca por derecho a la familia, nos lo puede devolver.

Era agradable que confiase en mí. Le dije que le informaría debidamente; tal vez podría invitarlo a comer.

–Siempre puede venir a Essex –respondió–. Está a tiro de tren.

–Por cierto, ¿cuándo hizo testamento?

–Ah, hace ya tiempo. ¿Quince o veinte años? Se lo puedo confirmar.

–Sí, por favor.

Nos dimos un apretón de manos. Me llevé lo que había en la mesa, y más o menos una semana después, todos sus libros, cuidadosamente embalados, llegaron a mi piso.

Durante bastantes meses, se quedaron en sus cajas, y el contenido de la mesa, sin examinar. No era el peso de la responsabilidad lo que me frenaba, sino la superstición. Su cuerpo se había ido, incinerado, siguiendo sus instrucciones; su recuerdo, que guardaban familia, amigos y exalumnos, ardería intermitentemente. Pero aquí, en mi piso, quedaba algo entre el cuerpo y el recuerdo. Hojas de papel muertas que eran capaces, de algún modo, de desprender vida.

Indeciso, y con sentimientos morales encontrados, cogí algunos de sus cuadernos. Eran pequeños y gruesos, en rojo y negro, encuadernados en tapa dura; importaciones baratas de Flying Eagle llegadas de Shanghái. Me sorprendió: me habría esperado fina piel de ante en tonos sutiles. Pero entonces recordé que había sentido el mismo tipo de sorpresa al descubrir los cigarrillos baratos que con tanta elegancia guardaba en su pitillera de carey. EF había numerado los cuadernos; faltaban algunos, y ninguno llevaba fecha. Tampoco seguían ninguna secuencia interna; saltaba a la vista que volvía atrás de vez en cuando para añadir comentarios y correcciones. Estaban escritos a mano en lo que llamaría una letra cursiva bastarda, o cursiva personalizada. Siempre a lápiz, como diciendo: Todo pensamiento es pasajero, y se puede borrar. Y su escritura variaba, aunque no tengo idea de si era cosa de la edad, del cansancio o del estado de ánimo.

Me serví una copa de vino y dejé vagar la vista aquí y allá.

–Ser estoico en una época autocompasiva supone que a uno lo tilden de distante; peor, de insensible.

–Lo personal es político: ese ha sido el mantra del día desde hace décadas. Una queja fácil. Lo personal es histórico, más bien. (Y lo personal, no sea que nos olvidemos, es histérico.)

–Muy extraño que haya hombres que se convencen a sí mismos de que la lujuria es una emoción. Una de las primarias, de hecho.

–Y luego hay muchos otros que confunden el sentirse culpables con el quedar absueltos. No son conscientes de que hay unas etapas en medio.

–Hace poco, una mujer se describió a sí misma como «descomunalmente sincera». Lo cual es una tontería melodramática. La sinceridad no tiene grados. La mentira sí, pero ese es otro tema.

–«Los filósofos no se ponen de acuerdo en el número de pasiones.» AC

No, alto. Apenas acababa de empezar y ya estaba convirtiendo esto en los «Dichos y aforismos de Elizabeth Finch». Le habría parecido horrible: como una de esas malas descripciones de tres adjetivos. La estoy antologando en contra de su voluntad. Y ni siquiera puedo estar seguro de que estos pensamientos sean suyos. El último, por ejemplo –sobre el número de pasiones–, es claramente de otro.

Y qué me decís de esto: «La labor del presente es la de corregir nuestra comprensión del pasado. Y es una labor que se vuelve tanto más urgente cuando no se puede corregir el pasado». Esta podría ser la voz de EF, pero podría ser igualmente la cita traducida de algún filósofo e historiador europeo de los últimos doscientos años.

Algunas entradas eran de un párrafo; otras, de una página; unas mencionaban la autoría; muchas, no. A veces parecían fragmentos, antojos:

–San Sebastián // erizo

Aquí, en la cabecera de la página, sin más, un par de iniciales:

–PG

¿Wodehouse? ¿Plan general? ¿PG Tips, su marca favorita de té, quizás?

Y aquí, otra entrada solitaria en lo alto de una página:

–J, muere a los treinta y uno.

Eso me intrigó mucho más. Palabras sencillas, un plañido. ¿Qué decía del *voyeur* que hay en mí? Sin vacilar, imaginé a un hombre joven y de particular interés para EF. Lo dibujé con buena

constitución, más alto que ella. Un primo, tal vez, ¿o algún amigo de Christopher? ¿Su primer amante? Pero ¿por qué había dado por hecho al instante que se trataba de un hombre? En cualquier caso, alguien de quien estaba profundamente enamorada. Sin duda, unos años mayor. Y ¿muere a los treinta y uno? Un cáncer raro y repentino, un accidente de moto, una sobredosis, puede que hasta un suicidio. EF rota de dolor, el corazón paralizado, helado durante años... o, de hecho, ¿para siempre?

Me quedé desconcertado, sobre todo por la banalidad de folletín que había arrojado mi mente al dejarse llevar. Cuánto se habría avergonzado EF de su discípulo. Y aun así...

Al cabo de unos días, llamó Christopher.

–Dejó hecho el testamento hace dieciocho años. Sin codicilos. Un solo asiento, me asegura el notario. Conociéndolos, cuente al menos un año.

–Gracias. Y ¿le puedo preguntar...? –No sabía cómo decirlo.

–Dispare.

–En fin, igual suena un poco raro, pero ¿tuvo, de joven, algún amigo llamado J?

–¿Jota? ¿J-O-T-A?

–No, no, solo J de inicial. No sé a qué nombre se refiere. Alguien que debió de conocer a Elizabeth. Un amigo suyo, quizás.

–Hum. J es una inicial muy común. John, Jimmy, Jack. Bueno, estaba mi viejo amigo Jack Martin, un poquito donjuán. Decía siempre: «No te fíes de un hombre con dos nombres de pila». Ja, ja. A ver, ¿Jack conocía a Liz? Bueno, puedo telefonearle si quiere.

–No, no, no es necesario. El J que estoy buscando murió a los treinta y uno. ¿Recuerda a alguien de su círculo, o del círculo familiar...? –No quería añadir la posibilidad de que pudiera ser una mujer. Parecía un poco pronto en nuestra relación.

Lo pensó un momento.

–No conoce uno mucha gente que muera a esa edad. Estaba Benson, claro, que debía de tener unos treinta. Se fue al bosque y se ahorcó, el pobre.

–¿Conocía a Elizabeth?

–Ah, no, formaba parte de lo que podríamos llamar un club de bebedores. Y, ahora que recuerdo, se llamaba Toby.

–Bueno, si le viene algo a la memoria...

–Sí, por supuesto. Venga a vernos algún día. Está a tiro de tren.

De los cuadernos de EF:

–Puede darse complacencia en el fracaso tanto como complacencia en el éxito.

Huelga decir que ella no caía ni en una ni en otra. Y dudo que pensara nunca en sí misma en términos de éxito y fracaso.

¿Y yo? Con trece años, mi hija favorita, Nell, dijo de mí: «Papá es el Rey de los Proyectos Inacabados». Sonreí con el recuerdo de esa súbita verdad; y también con el placer de ser examinado por una adolescente perspicaz. Pero ¿estaba siendo complaciente? Esa es la cuestión.

¿Los matrimonios cuentan como «proyectos»? Supongo que sí, aunque pocas veces dé esa impresión al principio. Y los míos quedaron ambos «inacabados», en el sentido de que se terminaron, aunque ninguno por decisión mía. Como he dicho, he tenido muchos trabajos, en particular en lo que ahora se llama el «sector hostelero»; hasta llegué a tener un restaurante a medias en un momento dado. Y si también quedó «inacabado», diría que fue por culpa de la recesión económica de entonces. Me pasé un año o así restaurando coches vintage y revendiéndolos. Tengo mucha energía y entusiasmo; cuando era actor, me lo aprendía todo rápido. Pero acostumbro a ser inquieto. Intenté instruirme más allá del nivel que tenía cuando acabé la universidad, aunque a ojos de un observador externo (o de mi esposa) pareciera que simplemente estaba leyendo un montón de libros. Quién sabe: igual cuando tenga el pelo blanco me da por la alfarería; me han dicho que es muy gratificante.

Pero yo no considero que tanto corte y tanto cambio sean un fracaso, ni tampoco me siento satisfecho por ello. ¿Qué es lo contrario de sentirse satisfecho? ¿Estar cargado de culpa? ¿Odiarse a uno mismo? ¿Son esas emociones una prueba de integridad? Por supuesto que me siento culpable por mis dos matrimonios y que acepto, en ambos casos, aproximadamente el cuarenta y cinco por ciento de la responsabilidad. Pero ¿debería sentirme aún más culpable para eludir la etiqueta de autocomplaciente? En fin, dudo que haya mucha gente interesada en conocer la respuesta a esa pregunta.

Lo curioso es que, a pesar del sinfín de invitaciones de Christopher, no fui nunca a Essex. Puede que me estuviese alineando de manera inconsciente con su hermana. Pero siempre que él venía a la ciudad, me aseguraba de llevarlo a un restaurante en el que sirvieran vino. Ya había puesto el piso a la venta y había recibido un par de ofertas. Yo, a mi vez, le conté que los papeles de su hermana eran interesantes, pero que me habían dejado algo confundido. Respondió con una risa comprensiva. Le dije que tal hubiese algo publicable; no podía asegurarlo. Yo creía, para mí, que un librito de aforismos y observaciones, con una tirada de un centenar de ejemplares, podía ser la mejor opción.

–Bueno, se lo dejo a usted. Es evidente que tenía la confianza de

Elizabeth, de modo que tiene la mía también.

Me sentí alentado, tanto por su franqueza como por esa promesa.

–Es curioso, lo distintos que salieron ustedes dos.

–Por decirlo delicadamente.

–¿Y sus padres?

–En algún punto intermedio. Lo que significa que ambos fuimos una decepción para ellos. A ver, nada obvio, y yo «les di nietos», como se suele decir. Pero creo que habrían querido que Liz fuese más convencional, y yo más... emprendedor, supongo.

Al terminar el instituto, había servido brevemente en el ejército, y luego se había formado como contable. Terminó combinando ambas cosas y llevando la contabilidad de un regimiento. A mí no se me había ocurrido nunca que hubiese contables en el ejército.

–Sobre seguro –dijo, como reprochándose a sí mismo–. Sobre seguro.

–Nunca había oído a nadie llamarla Liz.

–Yo la llamaba así cuando éramos niños, hasta que me paró los pies. Yo debía de tener unos diez años, así que ella tendría siete. Me dijo que ella se llamaba Elizabeth. Y yo, Christopher, no Chris. Como es natural, la obedecí. Pero la seguí llamando siempre Liz para mis adentros. Menuda rebelión, ¿eh?

–¿Estaban muy unidos?

–No le sé decir. Yo era el hermano mayor. Mis padres decían que tenía la responsabilidad de cuidar de mi hermana pequeña. Pero ella no quería que la cuidara nadie. Nunca iba detrás de mí. Era yo quien iba detrás de ella.

–¿Jugaban juntos?

–¿Por qué hace todas estas preguntas? No estará pensando en escribir algo sobre ella, ¿verdad?

–No, para nada. –¿Era cierto eso?–. Es solo que a mí también me daba... miedo, supongo..., hacerle esa clase de preguntas cuando estaba viva. No sabía que tuviese un hermano. Creo que estoy intentando ponerme al día. Aunque, obviamente, en cierto modo es ya demasiado tarde.

–Bienvenido al club –respondió, alzando la copa hacia mí.

–Usted tiene ¿cuántos hijos? –¿Qué hacía preguntándole esto? Desde luego, no iba a escribir una biografía *suya*.

–Dos. Uno de cada. Y ella fue una buena tía. A su manera.

–Por supuesto. ¿Cómo si no?

–Se olvidaba de sus cumpleaños. O de Navidad. Pero si los mandaba a la ciudad, ella estaba siempre esperándolos en el torniquete. Sabían que podían confiar absolutamente en ella. Iban a algún museo o alguna galería, y ella siempre lo convertía en algo divertido. Nada de «Esta es una gran obra de un gran maestro», sino que los colocaba enfrente del cuadro y al cabo de un rato les decía algo en plan:

«¿Alguien ve la ardilla que hay al fondo?». Y luego los llevaba a comer, y les compraba helado y chocolate y demás. Por supuesto, no los llevaba al parque de atracciones precisamente, si entiende lo que le digo.

Elizabeth Finch en los autos de choque: eso sí que sería un espectáculo.

Pero el ánimo de Christopher había cambiado de pronto.

–Me hizo gracia una cosa que me dijo cuando estaba en el hospital. Quiero decir que me intrigó, no que fuese divertida. Fue horrible verla así, delgada y huesuda. Aunque tampoco es que en su mejor momento estuviese muy entrada en carnes. Debo decir, eso sí, que conseguía que la bata de hospital pareciese elegante. Yo estaba bastante alterado, como puede imaginar. Pero sabía que a ella no le gustaría que me derrumbara, o que le dijese cosas que no le había dicho nunca. Así que lo único que dije fue: «Es un cabrón, el cáncer, es un cabronazo, Liz, un puto cabronazo».

»Ella se volvió hacia mí, y vi esos ojos suyos..., recordará usted lo grandes que eran, y ahora, con la cabeza consumida, esquelética, parecían enormes. Me miró con una leve sonrisa y murmuró: "El cáncer, mi querido Christopher, es moralmente neutral". ¿Qué cree que quiso decir?

Guardé silencio. Aquello me había devuelto a sus clases. Podría haber mencionado los monocultivos y las líneas ferroviarias, pero no consideré que fuese de mucha ayuda. Así que me limité a responder:

–Creo que estaba dándole la razón. A su manera.

Él no pidió que me explicase. Solo sonrió.

–Eso está bien.

Nos quedamos los dos callados un momento. Pedí otra botella de vino.

–¿Ustedes...? ¿Le puedo preguntar... si hablaba alguna vez de su vida privada?

–¿Qué le parece?

–Que no.

–Por lo que a mí respecta, podría haber estado casada. Varias veces. Con una sucesión de monjes budistas. –Había en su voz una irritación póstuma, resentimiento, incluso.

–¿No la vio nunca con un hombre?

–No, jamás. A decir verdad, sí, una vez, por casualidad. Habíamos quedado no sé dónde. No en la estación, sino en una especie de vestíbulo, y yo llegaba pronto. De repente, la vi, como a unos quince metros. Se estaba despidiendo de un tipo. Alto, con un abrigo cruzado, no me fijé en nada más. Porque me quedé mirándola a ella. Había extendido las manos, desplegadas al frente, boca abajo, para que él las tomase entre las suyas. O lo que hizo, más bien, fue colocarlas debajo,

palma contra palma, para que ella las posara encima. Entonces, así apoyada, se aupó sobre una pierna. Pensé que iban a besarse, pero no. Era como si quisiera alzarse para mirar su cara más de cerca. Y la otra pierna, la que no tenía plantada en el suelo, la extendió hacia atrás, en ángulo recto. Tenía una pinta... peculiar, como una cigüeña, o algo. Un flamenco.

Parecía avergonzado por el recuerdo, incluso desde esa lejanía en el tiempo. Tenía siempre las mejillas sonrosadas –del color de un hombre de campo, o al menos de alguien que se pasa las horas sentado en la terraza ajardinada de un pub–, pero ¿las tenía más sonrosadas ahora? Daba igual: su incomodidad era evidente; tan evidente como si la hubiese pillado en la cama con su abrigado compañero.

–Y entonces volvió a apoyar los talones en el suelo, apartó las manos y lo siguió con la mirada mientras él se alejaba.

–¿Se dio cuenta de que la había visto?

–No, y yo sabía que no debía hacer ni decir ni ver nada. O sea, estaba claro, por cómo había ido nuestra vida hasta entonces. Pero no sé qué me entró. No sé cómo describirlo: una justa indignación, algo así. Fui hacia ella, la besé en las mejillas; pero dos besos formales, como hacíamos siempre, y le dije: «Bueno, ¿quién es tu amigo?». Ella me miró directamente a los ojos, como solo podía mirarte Liz, y me respondió: «Ah, ¿ese? No era *nadie*». Caso cerrado, testigo desestimado.

Me lo imaginaba perfectamente.

–Y en aquella época, ¿ella tenía...?

–Cuarenta y pocos.

Cuando estaba viva, yo habría pensado: esa es Elizabeth Finch, ¿¡qué esperabas!? Pero ahora que estaba muerta, me daba cuenta de cuán doloroso habría sido aquel momento para Chris. Una puerta había estado a punto de abrirse, pero su hermana se la había cerrado en las narices, como diciendo: Vuélvete a tu choza, y a tu vida convencional.

Y lo curioso es que, a partir de entonces, siempre que me imaginaba, o reimaginaba, la escena, me descubría a mí mismo avergonzado, como si también yo hubiese estado en aquel vestíbulo. La descripción de Chris la había transformado de algún modo en un recuerdo mío, y reaccioné como había reaccionado Chris: sintiendo que EF no tenía derecho a mostrarme ese desdén.

De los cuadernos de EF:

–Le pregunté a mi médico si, llegado el momento, cuando la paciente no tuviese ya ninguna posibilidad y fuese incapaz de soportar el dolor, él o alguna otra persona me practicaría la eutanasia. Añadí que yo estaba claramente en

plenas facultades al hacer esta futura petición. Él se mostró comprensivo, pero me dijo que, lamentándolo mucho, esa práctica no estaba permitida. Yo le respondí que, de todos modos, difícilmente iba a ponerle una demanda, ¿no?

–La estilización del discurso funerario o del obituario en prensa. Las casillas de las virtudes marcadas. Eso es patente. Pero depende de la estilización no tan visible de la memoria.

–Y luego tenemos una tercera estilización inevitable: la de la memoria póstuma. La que lleva al momento en el que la última persona con vida que te recuerda tiene el último pensamiento sobre ti. Tendría que haber un nombre para ese acontecimiento final, el que marca tu extinción definitiva.

–Nada de lo anterior debe confundirse con autocompasión.

–No caigo en el error de pensar que antes de las Expulsiones y Persecuciones de grupos étnicos o religiosos imperaba la armonía social. Es evidente que no: el objetivo mismo de una Expulsión era el de conseguir que el Estado fuera más pacífico. Deshacerse de los Problemáticos, aun si somos nosotros los que los acuciamos con Problemas a ellos. Conseguir un estado monorracial y monoteísta, todo para mejor en el mejor de los mundos posibles. Naturalmente, el plan nunca funcionó, por dos motivos. Uno, la animosidad persistió, así que, en lugar de perseguir al Otro dentro de nuestras fronteras, las cruzamos para perseguirlo dentro de las suyas. Y, en segundo lugar, reducir la diversidad entre personas no dio lugar a armonía entre ellas. El narcisismo de las pequeñas diferencias se aseguró de que así fuera.

Huelga decir que sus archivos no contenían ni una sola carta de amor. La imagino leyéndolas hasta absorber por completo todo lo que tuviesen que decir y tirándolas en el acto. O igual las tiró todas en masa. No lo puedo saber, obviamente. Pero tenía una memoria formidable y una gran aversión al desorden, de modo que mi conclusión es esta. Y, como es lógico, su definición de desorden debía de abarcar más que la de la mayoría de la gente.

Yo acostumbraba a mandarle postales en mis viajes ocasionales. Ella no mencionaba nunca que las hubiese recibido, y estaba claro que no había conservado ninguna. Un año, fui a un museo francés de provincias y compré una postal de un plato de Bernard Palissy. Puede que conozcáis sus obras. Era del siglo xvi, creo, y hacía cerámica con un toque fantástico, muy colorida, a menudo con trampantojos: frutas y verduras de hoja verde insertos en la cerámica, tal vez con algún lagarto reptando por encima. Supongo que eran adornos de mesa, y no platos de servicio: temas de conversación, como dirían algunos. Siempre me había parecido muy gracioso. Total, en mi siguiente almuerzo con EF, aun a sabiendas de que era un error, le pregunté si había recibido mi postal de Bernard Palissy. Su respuesta fue la que, supongo, me merecía: «Hay demasiadas cosas suyas por todas partes».

Por descontado, no le volví a enviar una postal jamás. Y también soy consciente de que la estoy pintando muy severa. No lo era. Sí, sí lo era. Pero emitió aquel veredicto con una cadencia irónica, despreocupada, en la voz. «Aun a sabiendas», sí: debería haberlo pensado mejor antes

de mandarle aquella postal desde Aurillac. Y, además: «muy gracioso». A Elizabeth Finch le interesaba la «diversión rigurosa», como nos había dicho, pero lo «muy gracioso» le llamaba tanto como el sentimentalismo. Si, o más bien cuando, sus sobrinos le mandaban una nota de agradecimiento después de sus excursiones a Londres, como estoy seguro que hacían, imagino que sus palabras se sometían a una atenta lectura, pero no sobrevivían hasta el día siguiente. Supongo que las postales de Navidad y de cumpleaños tenían una vida todavía más breve. Puede que EF se considerase por encima (o más allá) del sentimentalismo. No, eso es injusto, porque da a entender que en algún momento habría sopesado el asunto. Probablemente no. Ella vivió, sintió, pensó y amó (esto es una suposición) a su manera, y a su nivel. Y era, además, una cuestión de fárrago. La mayoría de nosotros nos aferramos con tenacidad a nuestras vidas emocionales, nos regodeamos en los detalles, ya sean buenos o malos, de gloria o humillación. EF sabía que esas vidas se iban cargando también de fárrago, que había que purgar para volver a ver, y a sentir, con mayor claridad. Pero, una vez más, estos solo son suposiciones.

Christopher y yo nos hicimos amigos. ¿Es esa la palabra correcta? Subía a la ciudad cada mes y medio o cada dos meses –«otra vez mal de los dientes», «un regalo para mi mujer», «cita con un hombre por un perro que tiene»– y comíamos juntos. Para mí, él era mi vínculo con EF; para él, supongo, yo era alguien nuevo en su vida con quien resultaba fácil llevarse bien. Y siempre me ocupaba de la cuenta. Él protestaba, desde luego, pero yo le decía que era lo justo, teniendo en cuenta todas las veces que me había invitado su hermana. Pero..., «amigos»... ¿Cuándo empieza a ser aplicable ese término?

En un momento dado, Christopher me preguntó –con un tono que no era hostil, pero sí levemente receloso– qué me traía entre manos.

–¿Entre manos?

–Sí, todavía me haces preguntas sobre Liz.

Parecía nuestro punto de contacto evidente. Pero era algo más que eso.

–Como te dije, no quiero dejarla ir. No quiero que coagule en mi recuerdo en forma de una serie establecida de anécdotas.

Él respondió con un leve gruñido.

–¿Y te estás planteando –aquí dibujó unas comillas en el aire– «escribir su biografía»?

–Sinceramente, no estoy seguro. Había demasiadas lagunas y demasiadas zonas vedadas cuando estaba viva.

–Y que lo digas.

–Y tengo claro que habría aborrecido la idea. Tener a alguien

«escarbando en toda tu vida», como dijo una vez un escritor estadounidense.

–¿Qué escritor era?

–John Updike.

Christopher negó con la cabeza para mostrar su benévola ignorancia.

–¿Y le escribieron una biografía?

–Y tanto. Poco después de su muerte. Cinco años, o algo así.

–Bueno, pues ahí tienes tu respuesta –dijo con firmeza.

Me miró fijamente; los ojos, de un azul claro en la cara sonrosada. Yo no sabía decir si con aprobación o con desaprobación.

–¿Quieres decir que...?

–Ella está muerta, tú estás vivo, la decisión es tuya.

Hizo que sonara evidente, brutal, incluso. Tiempo después, me seguía intrigando aquella certeza. En su vida juntos, Elizabeth, pese a ser más joven, había ejercido siempre de hermana mayor. ¿Había invertido la muerte esa jerarquía? ¿Así de sencillo?

Le he dado siempre muchas vueltas a la relación entre hombres y mujeres. (Entre hombres, en menor grado; entre mujeres, casi nunca: este último emparejamiento me parece obvio y sensato, no solo una cuestión de gusto, sino de necesidad, teniendo en cuenta hasta qué punto han jodido el mundo los hombres.) Hombres y mujeres: los malentendidos y las malinterpretaciones, los pactos falsos o desganados, las mentiras bienintencionadas, la franqueza dolorosa, el estallido gratuito, esa fiable cordialidad que sirve para ocultar la indolencia emocional. Etcétera, etcétera. La expectativa de poder llegar a comprender el corazón de otra persona cuando apenas alcanzamos a conocer el nuestro. Yo mismo he tenido dos divorcios y tres hijos de mujeres distintas. Pero ¿significa eso que comprendo mejor las cosas, o peor? Lo que significa, desde luego, es que no me presto a dar consejos. Aunque, por otra parte, poca gente viene a pedírmelos, así que raro es que me vea puesto a prueba.

Conocí una vez a un hombre, aparentemente feliz en la vida y en su matrimonio, buen padre, asentado en su profesión, que le mostraba siempre al mundo una fachada generosa y risueña. Comenzó una aventura –si era la primera o no, no lo puedo saber– con, en fin, la clase de mujer con la que esa clase de hombre comenzaría una aventura. Diez años más joven que su esposa, pero no muy distinta en términos de clase social y alegre extroversión. Igual bebía y fumaba un poco más que su esposa –y el sexo, a saber–, pero no tenía hijos. Se acercaba a los cuarenta; él se acercaba a los cincuenta. Surgieron las cuestiones habituales: ¿qué hacer con los hijos (casi al final de la

adolescencia, ambos problemáticos)? Él era por naturaleza un hombre de ideas claras, pero allí estaba en territorio desconocido, y dudaba. Sí, se lo diría a su mujer, decididamente, este fin de semana, prometido; sí, la dejaría, decididamente, este fin de semana, prometido; debía tener paciencia con él, todo aquello era nuevo, sí, por supuesto que la quería. Varias fechas límite llegaron y se fueron. Al final, decidió ser tajante. Sí, decididamente, este fin de semana, te lo juro, y si no que me muera ahora mismo; se lo diría a su mujer y volvería con ella el domingo por la noche. Así que durante el viernes, el sábado y la mayor parte del domingo, les soltó la noticia a su mujer y a sus hijos: que tenía una amante y se marchaba, y cómo imaginaba el futuro. Luego preparó dos maletas, llamó a un taxi y se plantó en la puerta de su amada. Que no llegó ni a abrir la cadena del cerrojo, y le dijo por la rendija que se volviese directo con su mujer.

No sé nada más. Me enteré por ahí, y puede que el boca a boca la haya vuelto una historia demasiado redonda. No tengo manera de cuantificar los daños, ni de trazar ninguna vía de perdón, ni de meterme en los corazones de los participantes. Cierto que en algunos aspectos es una historia banal, pero, cuando sucedió, no fue banal para ellos.

Yo vivo solo desde hace ya varios años. Seguramente ya lo suponíais. Aunque, como tal vez haya dicho ya, esta no es mi historia.

De los cuadernos de EF:

–«El mundo está mal hecho, porque Dios lo creó solo. Si hubiera consultado a dos o tres amigos, uno al segundo día, y otro al quinto, y el séptimo a otro, el mundo sería perfecto.» AC

Sus cuadernos contenían algunos razonamientos totalmente elaborados, citas pertinentes, apuntes personales, recuerdos y meros garabatos. «Huevos rubios» es uno de ellos: igual podía ser el título de un poema de Elizabeth Bishop que la primera entrada de una lista de la compra dejada a medias. Era, textualmente, lo que EF podría haber llamado una *olla podrida*, expresión que a algunos nos mandó corriendo al diccionario.

Encontré esto en el Cuaderno Siete, dispuesto en dos pulcras columnas:

Voltaire
Gibbon
Cavafis
Ibsen
Samuel Johnson

Montaigne
Hans Sachs
Thom Gunn
Schiller
Lorenzo de

Anatole France Swinburne
¿E. Waugh? ¿G. Vidal? ¿Hitler?

Las estuve mirando un buen rato, y recordé que en la primera clase que nos dio EF había dicho que nos proporcionaría una lista de lecturas optativas. Si hubiese sido esta, creo que me habría desanimado un poco.

He aquí algunas entradas más personales:

–Mi madre, moribunda, me dijo que pronto me estaría viendo desde arriba, y esperando el día en que me reuniese con ella. No manifestó ninguna ilusión por reencontrarse con su marido, en cualquiera de las formas en que pudiese hallarlo. Yo sonreí y le di unas palmaditas en el brazo, lo mejor que logré hacer en tales circunstancias. Y desde su muerte no he sentido nunca su mirada, ni real ni metafórica, sobre mí; ni siquiera en momentos que algunos, y ciertamente ella, habrían considerado violentos o embarazosos. Es solo ceniza, y mi padre, ceniza más antigua. Lo he sabido siempre.

Y:

–Cuando era joven, había por ahí «tías castas» que, como su propio nombre indica, se consideraban inocentes en todo lo relativo al cuerpo, y llevaban su virginidad sana y salva hasta la tumba. Solteronas, un término que ahora ha caído en desuso. La hija que no había llegado a casarse y que le llevaba la casa al padre o la madre viudos. Dos hermanas que seguían viviendo juntas año tras año, cada una temiendo que algún hombre se llevase a la otra, y cada una, quizás, esperando que algún hombre se la llevase a ella. (Chéjov.) Esa independencia les otorgaba una especie de estatus social, si bien teñido tanto de conmiseración como de admiración. Yo no encajo en ninguna de estas categorías. No deseo tener una hermana con la que compartir la vida, y he rehusado (sin que nadie me lo pidiera, cierto) cuidar de mi madre viuda salvo desde la distancia, y mediante dinero. En cuanto a las vivencias del corazón, pueden especular tanto como quieran, pero no ha lugar a la conmiseración; de hecho, sería insultante. Tampoco es que pueda hacer nada por evitarlo. Pero no me preocupa.

–«Para una mujer, la fidelidad es una virtud; para un hombre, es un arduo esfuerzo.» AC. Ah, qué ocurrente el epigrama masculino. Al que yo respondería:

–Para una mujer, el amor ha sido, históricamente, una cuestión de posesión seguida de sacrificio: esto es, primero ser poseídas y luego ser sacrificadas. Y así sigue siendo en todo el mundo. Con más disimulo, con más «recompensas», pero siempre así. Mi generación se rebeló contra ello (aunque no fue la primera, ni mucho menos). Mirábamos a nuestras madres, tías, abuelas, y veíamos a las mujeres definidas –y también autodefinirse– en torno al matrimonio (o al no matrimonio). Unas pocas se habían resistido valientemente, pero la mayoría se sometían durante el resto de sus vidas. Y, a pesar de todos mis principios, reconozco que no soy inmune.

Y aquí, un par de apuntes, hechos a todas luces en momentos distintos, ambos a lápiz, uno más oscuro que el otro:

–M: ¿Adónde? Y luego, más abajo:

–M: ¿Por qué?

Por algún motivo, esto –aunque solo fuesen dos iniciales, dos palabras y dos pares de signos de interrogaciónsonaba a mis oídos exactamente como la voz de EF. Pero en cuanto a esas dos preguntas que vienen a continuación –M: ¿Cuándo? y M: ¿Quién?–, no tengo respuesta.

Me doy cuenta de que la estoy pintando como una «mujer llena de misterios». No lo era: no tenía nada de misteriosa. Era siempre excepcionalmente llana. Lo que decía era siempre cierto, y lo volvía más cierto con una elección exacta de las palabras. Pero cuando no quería contar algo, dejaba claro que no quería y no lo haría. No había término medio, nada de insinuaciones veladas ni de oportunas evasivas. «Ah, ¿ese? No era *nadie*.» Cero misterios. Era mentira, pero lo decía sabiendo que lo comprenderías, y de ese modo se convertía en verdad.

Nuestras fantasías estudiantiles sobre ella tendían siempre a lo turbio y lo glamuroso. ¿Por qué no eran nunca del signo contrario: fantasías sobre la austeridad, la disciplina y la retirada del mundo? Me la imagino sin problema como una abadesa al frente de un convento medieval: muros de piedra cubiertos de hiedra, silencio, obediencia, rezos y sacrificio... Pero no, esa clase de especulaciones se desmoronan al instante. EF no era ninguna abadesa, ni ninguna santa Úrsula, no digamos ya una de sus once, u once mil, vírgenes.

Sus cuadernos no mostraban principio organizativo alguno. Oscilaban de lo íntimo a lo formal; de las reflexiones personales a las notas de lectura. Estas son, por ejemplo, algunas entradas sucesivas:

–Artificio, rigor, verdad. Artificio en las civilizaciones tanto como en la ropa. Artificio, no como lo opuesto a la verdad, sino a menudo como su propia encarnación, lo que lo hace irresistible.

–La compasión como forma de agresión. *Cuídate de la compasión*, en efecto.

–Por descontado, el tipo de mujer que soy yo está pasado de moda. No es que haya buscado nunca ir a la moda, o que lo haya ido nunca, de hecho. Sostenibilidad es lo que he buscado, más bien.

–Ay, dicen, no se casó. Qué modo tan reduccionista de describir y englobar una vida.

–Tengo todos los amigos que necesito. En general, no están interconectados. Eso hace que algunos crean ser más primordiales en mi vida de lo que son. Y otros, lo contrario.

–Antes, cuando fracasaba una relación, era siempre culpa de la mujer. Si el hombre se largaba, era porque la mujer no tenía las dotes suficientes para

retenerlo. Si se largaba la mujer, era veleidosa, incapaz de comprometerse, o le faltaba aguante. Cuando, en realidad, seguramente estaba muerta de aburrimiento.

–Aquella alumna que me dijo, con toda seriedad, que no le gustaba *Madame Bovary* «porque Emma era mala madre». Virgen santa.

–Y no cometo el error de considerarme una mujer sola. Soy solitaria, que es una cosa muy distinta. Ser solitaria es una fortaleza; estar sola es una debilidad. Y la cura para la soledad es la solitud, como dijo una vez la sabia MM.

–La gente dice, lo sé sin tener que oírlos: «Ay, no le salieron bien las cosas. Me pregunto por qué. Puede que fuese demasiado rígida, demasiado intransigente». ¿Qué sabrán ellos? ¿Y en qué consiste, me pregunto a menudo, ese famoso «salir bien»? ¿Una vida en común de pensamientos silenciados y cobardes avenencias, en la que una parte de ti quiere rebanarle el cuello con el cuchillo del pan mientras ronca plácidamente a tu lado?

–«Pálido Galileo, tú venciste.» El momento en el que la historia se torció. Los romanos *incluyentes* hacia los dioses locales. Monoteísmo frente a pluralidad. Su conexión con la vida del corazón. Monoteísmo/monogamia. «Pero el amor se agria con la traición.» El amor condena a sus partidarios con una «felicidad relativa». El monoteísmo impone siempre la ortodoxia sexual.

Y luego leí la entrada siguiente, y supe de inmediato lo que debía hacer:

–Dicen que las cosas vienen determinadas por la genética, por la educación que dan los padres, por la herencia, el clima, la dieta, la geografía, el tiempo que pasamos en el útero, la naturaleza, la crianza. No oyen al elefante en la cacharrería, trompeteando: la historia. Y si lo oyen, creen que la historia es eso que ha sucedido a lo largo de sus vidas, o lo que sucedió en las de sus padres: una invasión, un genocidio, una plaga de langostas. Y que cualquier historia más lejana es inerte, y no produce ninguna reacción química con el presente. En lugar de fijarnos en Hitler y Stalin, propongo que nos fijemos en Constantino y Teodosio. Y si quieres admirar a alguien, prueba con Juliano. Lo que los periódicos llamarían un «héroe de la resistencia».

Y de pronto ahí lo tenía, delante de mis ojos. «J, muere a los treinta y uno.» Juliano el Apóstata, el último emperador pagano de Roma, asesinado en el desierto persa, reducido por el pálido galileo. Cogí el cuaderno con la lista de lecturas y volví a las cajas de libros del pasillo. Swinburne, por supuesto. Anatole France, un ensayo sobre Juliano. El quinto volumen de las *Obras completas* de Ibsen, dedicado por entero a una obra de 480 páginas (¿cómo representaron eso, si es que lo representaron alguna vez?) titulada *Emperador y Galileo*. Revisé el índice de *Las conversaciones privadas de Hitler*, y ahí estaba otra vez.

La había defraudado, distraído por los problemas ridículos de mi divorcio. Me había disculpado, y ella me había dicho: «Estoy segura de que es algo pasajero», unas palabras que yo, desde el solipsismo, había malinterpretado. Y ella había hecho dos cosas. Me había dejado la lista de lecturas en aquel cuaderno, y me había legado su biblioteca, a la

manera de..., no, *exactamente* como había hecho con Juliano aquella emperatriz cuyo nombre ahora se me escapaba cuando él había partido hacia la campaña de la Galia. La señal parecía evidentísima. Nada de «mensajes póstumos» escalofriantes; se trataba tan solo de que yo recordase, pusiera las cosas en claro y lograse comprenderlas. Una tarea que el Rey de los Proyectos Inacabados estaba decidido a completar.

Para complacer a los muertos. Naturalmente, honramos a los muertos, pero al honrarlos hacemos, de algún modo, que estén más muertos aún. Complacer a los muertos, en cambio, los devuelve a la vida. ¿Tiene sentido lo que digo? Querer complacer a EF, y cumplir mi promesa, era lo que tocaba. Y lo hice. Y esto es lo que escribí.

Dos

Aquellas dos iniciales en uno de los cuadernos, en lo alto de una página en blanco: PG. Les había prestado una atención superficial, volátil, de hecho. Y luego, poco a poco, comprendí que se referían al «Pálido galileo». Como en «Pálido Galileo, tú venciste», del poema «Himno a Proserpina» de Swinburne. Recapitulando:

Quien habla es Juliano el Apóstata.

La persona a la que se dirige es Jesucristo.

La ubicación es el desierto persa.

El año es el 363 d. C.

Las palabras, el reconocimiento por parte de Juliano de que el cristianismo ha triunfado sobre el paganismo, el helenismo, el judaísmo y todas las demás sectas y herejías rivales que pululaban por el Imperio romano. Que será también para siempre, de ahora en adelante, el Imperio cristiano.

Al tiempo que pronuncia la frase, Juliano arroja al aire un puñado de su propia sangre y muere en el campo de batalla. Reconoce así una derrota de carácter tanto teológico como militar.

El nombre completo del emperador era Flavio Claudio Juliano, pero dado que el vencedor se queda con el botín de guerra, y que este botín no incluye solo el relato y la historia sino también la nomenclatura, será conocido en adelante como Juliano el Apóstata.

Esto, claro está, solo es cierto en parte. Las versiones discrepan, casi desde el principio. El ejército romano, tras una campaña exitosa contra el rey Sapor II, se retiraba hacia el norte a través de Asiria occidental, siguiendo más o menos en paralelo el río Tigris, perseguido y acuciado por los persas. Los romanos (que en esta ocasión eran sobre todo galos, pero también sirios y escitas) estaban exhaustos, hambrientos y lejos de casa. Los persas tenían elefantes, cuyo tamaño formidable y movimiento misterioso –como había comprobado ya Aníbal– eran el terror del legionario medio. Tuvo lugar una dura escaramuza. En plena confusión, un persa no identificado dispara una lanza de caballería contra el emperador; le roza el brazo y se le hunde en el hígado. Puede que tendiesen a Juliano sobre el escudo y lo llevasen a su tienda, o puede que no. Puede que entablara un diálogo filosófico con sus compañeros mientras la vida se le escurría entre los dedos, o puede que no. Lo que no hizo, desde luego, fue pronunciar esas célebres últimas palabras que le granjearon la entrada en el diccionario de citas.

«Galileo, tú venciste.» La frase aparece por primera vez en la *Historia eclesiástica* de Teodoreto, escrita aproximadamente un siglo después. Es una brillante invención, aunque, por otra parte, los historiadores pueden ser también unos novelistas excelentes.

Milenio y medio más tarde, Swinburne escribió «Pálido Galileo, tú venciste»: ¿De dónde salió ese «pálido»? ¿Fue porque en la mayor parte del arte occidental a Jesús se lo había representado con la tez de un nordeuropeo –Cristo con la cara pintada de blanco–, en contraposición con el emperador Juliano, que había nacido en Constantinopla y vivió bajo el sol de Oriente Medio casi toda su vida? ¿O la palidez del Nazareno se debe a que es de otro mundo? ¿O a que ya está muerto?

Más probable es, sin embargo, que la métrica del verso le exigiera al poeta una sílaba extra, sencillamente. Y así se reinventó la frase inventada, esta vez a manos de un poeta. Los poetas también pueden ser unos novelistas excelentes.

Tal vez resulte extraño que Juliano «dijese» que lo había derrotado un galileo cuando no había cristianos en las filas del ejército persa y la causa oficial de la muerte fue una lanza extranjera. Ah, pero ¿lo fue? Los primeros mitólogos cristianos estaban mejor informados: Juliano había «dicho» esas palabras porque había sido asesinado, en realidad, por una mano cristiana y un dios cristiano. Dos pares de manos cristianas, para ser exactos: un movimiento de tenaza entre dos santos, san Mercurio (*c*. 225-250 d. de C.) y san Basilio (*fl*. 370 d. de C.). Uno muerto (en el sentido terrenal, al menos) y el otro vivo. A san Mercurio, hijo de un oficial escita del ejército romano, lo habían decapitado por negarse a participar en sacrificios paganos, pero siguió en activo después de su muerte y posterior canonización: les «prestó su espada» a cristianos vivos y a santos futuros. Por ejemplo, a san Jorge (a uno de ellos, cuando menos) y, casi mil años después, a san Demetrio, durante la Primera Cruzada. En 363, Basilio se encontraba rezando frente a un icono que contenía un retrato de Mercurio, de soldado, con una lanza. Cuando abrió los ojos, la imagen de Mercurio se había esfumado del icono. Al regresar, su lanza estaba manchada de sangre y, simultáneamente, Juliano estaba expirando en el desierto persa. ¿Cómo podía resistirse un simple pagano a semejante poderío celestial?

Juliano fue un emperador romano que jamás puso un pie en Roma. Un emperador accidental; aunque, en aquellos tiempos, acceder al poder imperial por accidente era un hecho más habitual. Vivió su

juventud como estudioso, lejos de la corte, lejos de menesteres militares. En el año 351, convocaron a su hermano Galo a la corte de Milán, lo nombraron César, lo mandaron a gobernar el Este, lo hicieron volver al cabo de tres años, lo juzgaron por corrupción y lo ejecutaron. Cuando convocaron a Juliano a Milán, él medio esperaba que lo eliminasen también. Pero encontró la protección de la segunda esposa del emperador Constantino, Eusebia, y es posible, además, que aquel muchacho estudioso no fuera considerado una gran amenaza. Lo pusieron al frente del ejército occidental del imperio en la Galia, dando por hecho –al menos, según su propia versión– que fracasaría. Eusebia le proporcionó obras de filosofía, historia y poesía para que pudiera proseguir con sus estudios mientras acababa con las diversas tribus germánicas. Cruzó el Rin tres veces en guerras pacificadoras; sus tropas lo proclamaron augusto a las puertas de París. Burló los intentos de hacerlo regresar a Milán, y marchó para enfrentarse a Constancio, que gobernaba en la mitad oriental del imperio. Cuando los ejércitos se aproximaban ya, tuvo lugar un feliz accidente: Constancio murió de fiebres en Mopsuestia en 361, y dejó a Juliano sin oposición.

Mediante el Edicto de Milán de 313, Constantino y su coemperador, Licinio, habían despenalizado el cristianismo. El Estado pasó así a ser oficialmente neutral en lo tocante a la religión, si bien se concedió a los sacerdotes cristianos libertad para viajar sin restricciones por todo el imperio y se los eximió de obligaciones tributarias. Tras la muerte de Constantino en el año 337, sus hijos Constantino II y Constancio II gobernaron como cristianos. De modo que cuando, al convertirse en emperador, Juliano se proclamó pagano y anunció que no volvería a pisar jamás una iglesia cristiana, no estaba desinstaurando el cristianismo, porque en ningún momento se había instaurado. Los cristianos, por descontado, no lo vieron así, y algunos sospechaban que, en caso de que Juliano regresara victorioso de su guerra en Persia, se centraría en la persecución de su Iglesia. ¿Qué le impedía prohibir de nuevo la religión cristiana y erigirse en un segundo Diocleciano?

Juliano poseía, en su vida privada, muchos rasgos –austeridad, modestia, castidad, erudición– que podían considerarse cristianos. En los «antros de perdición de Siria», como se conocían, no cedió a la tentación; era eficiente, incorruptible, trabajador y ecuánime; mejoró el sistema judicial y tributario, y aseguró el imperio frente a invasores. Pero, pero, pero... era, y siempre lo sería, apóstata. Nació como cristiano, fue bautizado y se educó de acuerdo con las reglas de la Iglesia, si bien le permitían filosofar helenísticamente. Con poco más de veinte años, se inició en los misterios eleusinos, el antiguo culto de Deméter. A sus seguidores les prometía renacimiento, les recomendaba la castidad y les imponía un absoluto secretismo; para sus detractores,

eran todo cavernas oscuras, antorchas llameantes, apariciones...: lo más pagano del paganismo, un caso grave de charlatanería. Al mismo tiempo, durante una década, Juliano siguió actuando en público como si fuese cristiano. ¿Era hipocresía? ¿Politeísmo? ¿Mera prudencia? La mayor parte de los soldados que comandaba en la Galia eran cristianos, y puede que no estuviesen tan dispuestos a seguir a un comandante pagano, y sí más dispuestos a matarlo.

Todas las religiones (bueno, casi todas) odian al apóstata mucho más que al campesino ignorante, errado e idólatra al que por lo general, con algo de firme persuasión, se le puede llevar deslumbrado hacia la luz. Cuenta Gibbon que en aquellos tiempos los judíos mataban a quienes apostataran. Tal vez pueda aplicarse a todas las grandes organizaciones unitarias: a Trotski lo asesinaron en Ciudad de México por abandonar la única fe política verdadera. Pero tales sistemas, además de odiar a los apóstatas, los necesitan: como ejemplos negativos, como advertencias. Abandona la religión, reza contra ella, atácala, y esto es lo que te espera: una lanza en el hígado, un piolet en el cráneo. Si Juliano hubiese sido un emperador memo y juerguista, corrupto y lujurioso, cruel y tramposo, habría sido más fácil despacharlo. Pero como dijo cierto autor, Juliano era «en el fondo [...] un místico cristiano que fue por el mal camino». ¿Quién decía aquello del narcisismo de las pequeñas diferencias? Sí, Freud. Y así Juliano se convirtió en un hombre del saco, en el centro de los ataques de muchos autores cristianos posteriores, mucho después de que la religión pasara a ser dominante en casi toda Europa y más allá. Su fama siguió resonando: Milton lo llamó «el más ladino enemigo de nuestra fe». Con el tiempo, Juliano comenzó a encontrar apoyos entre los pensadores de la Ilustración, entre los agnósticos, los libertarios y demás, lo que contribuyó a mantener su nombre y su fama con vida. Una figura que debía interpretarse a la luz cambiante de la historia: para algunos, en las irónicas palabras de EF, un «héroe de la resistencia»; para otros, prácticamente el hermano pequeño de Satán.

Juliano fue un autor prolífico; dictaba tan rápido que con frecuencia sus taquígrafos no eran capaces de seguirle el ritmo. Lo que ha sobrevivido ocupa tres volúmenes en la edición de la Biblioteca Clásica Loeb: Cartas, Oraciones, Panegíricos, Sátiras, Epigramas y Fragmentos. Uno de sus textos fundamentales es «Contra los galileos», en el que expone sus objeciones a la religión cristiana. Es una obra en tres partes, y el segundo y el tercer libro no han llegado a nuestros días. Incluso el primero lo encontramos solo en forma fragmentaria, a menudo compilado por parte de autores cristianos posteriores que citan a Juliano con el fin de refutarlo. Pero apenas suavizan su tono o

sus opiniones. La obra empieza:

> Está bien, me parece, exponer a todos los hombres las causas por las que me convencí de que la maquinación de los galileos es la invención de unos hombres compuesta por maldad. Aunque no contiene nada divino, al utilizar sin embargo a fondo la parte del alma amiga de los mitos, infantil e irracional, condujo a un relato monstruoso a la fe de la verdad.

Juliano se refiere deliberadamente a los cristianos como «galileos», y a Jesucristo como «el Nazareno», para que sus orígenes y creencias suenen más provincianas. No ve la religión como una evolución del judaísmo, sino como una perversión de este: una perversión tan enorme que el judaísmo y el helenismo están más próximos uno de otro que del cristianismo. El propio Juliano «reverencia» al Dios de Abraham, Isaac y Jacob, que eran de Caldea; es más, Abraham, como los helenos, creía en los sacrificios animales, la adivinación mediante estrellas fugaces y los augurios por el vuelo de las aves.

El mito fundacional de los galileos, el relato del Jardín del Edén, es «completamente fabuloso», según él, e injusto con Adán y Eva, pues Dios sabía con exactitud lo que iba a ocurrir: el dedo divino inclinó la balanza. En cuanto a los Diez Mandamientos, no ve que tengan nada de particular, salvo las leyes en relación con el monoteísmo y con la observancia del sábado. La idea de que Dios sea «celoso» es «una terrible difamación». ¿Qué persona sensata iba a venerar a una deidad punitiva y controladora que nos desprecia y que castiga a los hijos por los pecados de los padres? A Juliano el asunto le resulta infantil y una cosa a medio hacer: «Pero todo esto son ideas parciales, indignas de divinidad [...]. El precepto “No venerarás a otro dios” es calumniar a la divinidad en un altísimo grado».

Desafiando a sus propios apóstoles, los galileos elevan a Jesucristo a la categoría de un dios. Veneran los huesos de los mártires, cosa «peculiarmente cristiana y ofensiva para los paganos». Y fijaos en algunos de los consejos e instrucciones a los que se aferran. Jesús predicó que debían vender todo cuanto tuvieran y dárselo a los pobres. Imaginad las implicaciones prácticas de ello, siquiera por un momento:

> Porque si todos le obedecieseis, ¿quién sería el comprador? ¿Quién alaba esta enseñanza que, si se impusiera, no se mantendría ni una ciudad, ni un pueblo, ni una sola casa? Pues si todo hubiera sido vendido, ¿cómo podrían existir una casa o familia dignas? Además, que, al ser vendido al mismo tiempo todo lo que existe en la ciudad, no podrían encontrarse comerciantes es algo evidente, aunque no se diga.

Juliano expone lo que los griegos y sus otros amigos «bárbaros» habían legado al mundo, en comparación con esos advenedizos de Judea: «¿Os han concedido el principio de alguna ciencia o algún

saber filosófico?». La astronomía nació en Babilonia; la geometría, en Egipto; la teoría de los números, en Fenicia. Los griegos combinaron e integraron todas esas disciplinas. ¿Acaso es necesario que cite sus nombres? «¿Citar a hombres como Platón, Sócrates, Arístides, Cimón, Tales, Licurgo, Agesilao, Arquidamo, o más bien la estirpe de filósofos, de generales, de artesanos, de legisladores?» Los hebreos no han tenido un solo general que pueda compararse con Alejandro Magno o con Julio César, e Isócrates, hijo de Teodoro, es mucho más «sabio» que Salomón.

Las religiones de los griegos y los bárbaros surgieron de civilizaciones duraderas, profundas, con siglos de antigüedad. ¿Qué nos ofrecen, por su parte, judíos y cristianos?

> Ahora, en cambio, os ha sucedido como a las sanguijuelas, que succionan la sangre peor y abandonan la más pura. Y Jesús, que convenció vuestra peor parte, tiene renombre desde hace poco más de trescientos años, aunque durante el tiempo que vivió no hizo nada digno de fama, a no ser que alguien crea que curar a los lisiados y ciegos y expulsar mediante exorcismos a los poseídos por el demonio en las aldeas de Betsaida y Betania sea propio de grandes obras.

La actitud de Juliano desprende una superioridad incrédula. ¿Cómo es posible que una religión que se asienta en las castas más pobres de la sociedad, y que carece del respaldo de una verdadera civilización, llegue a imponerse en el mundo grecorromano –aun en decadencia– en un plazo tan corto y con un efecto tan nocivo? Más teniendo en cuenta que las leyes de gobierno, la organización de los tribunales, la economía y la belleza propia de las sociedades, el desarrollo de las disciplinas y el ejercicio de las artes liberales solo estaban presentes, entre los hebreos, en un estadio primitivo y miserable. Parte de la respuesta está precisamente ahí: el judeocristianismo no era una civilización que incorporaba una religión, sino una religión opresiva con muy poca civilización detrás. Juliano subestimó hasta qué punto esto podría ser uno de los argumentos de venta del cristianismo. La «civilización» llegaría más tarde, si es que llegaba: su religión *era* su civilización. Era autónoma, y por tanto absolutista e –inevitablemente– monopolista.

Para Juliano, era obvio que no se podía permitir que los seguidores de semejante religión diesen lecciones de filosofía helenística. «Que en las cuestiones más importantes se pueda pensar una cosa y enseñar lo contrario de lo que se piensa, ¿cómo no va a ser eso propio de tenderos y no de gente honrada, sino vida de hombres depravados que elogian especialmente cuanto creen que es especialmente malo, engañando y seduciendo con sus elogios, como con un cebo, a aquellos a los que quieren traspasar sus malas mercancías, según creo?» Estos galileos arribistas, además, hacían gala de una naturaleza histérica,

como evidenciaba su afición por el martirio, algo que, en palabras de Juliano, «los llevaba a encontrar la muerte deseable, pensando que si se arrancan su vida violentamente subirán volando hacia el cielo».

Por último, el Apóstata se muestra perplejo ante la absoluta falta de sofisticación del cristianismo, su rechazo a reconocer a los expertos, su inclinación a alabar al idiota y al simplón por delante del escriba y el sabio. Thomas Taylor, traductor de la obra de Juliano al inglés en 1809 y él mismo «politeísta filosófico», se explayó con entusiasmo sobre este punto:

> No parece sino que Cristo encontraba sus delicias en estar con los niños, las mujeres y los pescadores. [A los apóstoles] les predica la insensatez, y les enseña que se aparten de la sabiduría, llamándolos a imitar a los niños, a los lirios, el grano de mostaza, y a los pájaros; todos ellos seres sencillos, sin pretensiones, que se dejan guiar por el instinto, sin artificio y cuidado alguno [...]. En la Escritura, además, se menciona con frecuencia a ciervos, venados y corderos [...]. Ahora bien, no hay animal más simple que este. Así lo atestigua el dicho de Aristóteles que habla del «espíritu borreguil», tomado sin duda de la estupidez de este animal, y que, según él, solía aplicarse como injuria contra zafios y majaderos. Pues bien, este es el rebaño del que Cristo se proclama pastor. Y hasta él mismo se complace con el nombre de *cordero*.

Cabe señalar que estudios científicos recientes han demostrado que, en contra de la creencia tradicionalmente instaurada, las ovejas son en realidad animales de gran inteligencia y complejidad emocional, con buena memoria y capacidad de entablar amistades y de sentir pesar cuando mandan a sus compañeras al matadero.

En público, Juliano se mostraba contrario a medidas violentas: «Yo he tratado a todos los galileos con tanta dulzura y humanidad que ninguno tuviera que soportar ninguna violencia». «Hay que enseñar a los hombres con razones, y no con golpes, ni con injurias, ni con malos tratos corporales.» Es más: «Hay que compadecer más que odiar a los que se equivocan en asuntos tan importantes».

Era una cuestión de principios, pero también de pragmatismo. Los milagros y el martirio eran dos de las grandes bazas del cristianismo temprano. Morías por tu religión y obtenías la vida eterna: la idea sigue motivando aun hoy a ciertas personas. Pero Juliano descartó perseguir a los cristianos hasta la muerte. Los obligó a atravesar el camino lento, serpenteante y pedregoso de la vida terrena. A soportar el fatigoso transcurrir humano a cambio de una posibilidad futura de acceder al paraíso, en lugar de propulsarlos directamente allí con un chorro turboalimentado de su propia sangre. Fue una táctica muy astuta: si se priva del martirio a aquellos que están ansiosos por morir, la excepcionalidad galilea tal vez no parezca tan excepcional, tal vez

vuelva a ser una mera disidencia doctrinal.

Por el mismo motivo, Juliano mostró al comienzo de su reinado una «ingeniosa clemencia», haciendo regresar a los «eclesiásticos que Constancio había mandado al exilio. Eran arrianos, y los soltó contra la Iglesia», pues sabía que, en palabras del historiador y soldado Amiano Marcelino, «divididos en el dogma los cristianos, son peores que fieras unos contra otros». Y aún más provocador era el plan de Juliano de reconstruir el Templo de Jerusalén. Jesús les había dicho a sus discípulos que eso no sucedería hasta su segunda venida, que supondría el glorioso final del mundo. El taimado plan del Apóstata para anular la profecía de Cristo no pudo llevarse a cabo en su corto reinado, pero su enfoque era mucho más peligroso para la religión que una simple oposición del poder militar.

De modo que Juliano cayó sobre los galileos con «ternura», con moderación, con clemencia, rechazando la masacre: virtudes cristianas, se podría pensar, de la primera a la última. Pero no las virtudes cristianas que seducían a los cristianos de la época, o posteriores. Gregorio Nacianceno (*c*. 329-390) fue uno de los primero Padres de la Iglesia, y había conocido a Juliano cuando ambos estudiaban en Atenas. En sus escritos intenta retratar a Juliano como un monstruo, al tiempo que se queja explícita y constantemente de la tiranía del emperador al negarles a los cristianos la corona del martirio. Poco después, san Jerónimo (*c*. 347420) le recriminó a Juliano su *blanda persecutio*: su persecución por medio de métodos moderados.

Lo que me recuerda a un chiste de mis tiempos de estudiante. Pregunta: ¿Qué es el sadismo? Respuesta: Ser amable con un masoquista.

Amiano describe así a Juliano:

> En cuanto a su exterior, tenía mediana estatura, el cabello liso como si acabase de peinarlo, la barba espesa, áspera y puntiaguda. Sus ojos eran hermosos, y el fuego con que brillaban revelaba un espíritu que se sentía encerrado en paraje estrecho. Tenía bien dibujadas las cejas, la nariz recta, la boca algo grande, prominente el labio inferior, el cuello grueso e inclinado, anchos los hombros y desarrollado el pecho. Todo su cuerpo, de la cabeza a los pies, presentaba proporciones exactas, por cuya razón era vigoroso y ágil en la carrera.

La barba era importante: es el emblema de un filósofo, y también, o por tanto, de un hombre desprovisto deliberadamente de vanidad personal. Juliano se empeñó en distanciarse del aspecto típico de un césar o emperador. Mientras lograba aquellos éxitos lejanos e inesperados en la Galia, los cortesanos que rodeaban a Constancio se

burlaban de él diciendo «Ya estamos hartos de la cabra y sus victorias» y llamándolo «topo hablador, mono purpurado, griego frustrado». Cuando él mismo heredó la corte de Constantinopla, descubrió en ella una corrupción profunda, interés y concupiscencia, obsesión por los ropajes y tejidos refinados, gula. Los triunfos en la batalla quedaron reemplazados por triunfos en la mesa, contaba Amiano. Los soldados olvidaron toda disciplina: «su copa de beber pesaba más que su espada»; sus colchones eran de plumón; «los cantos lascivos repetidos, en vez de himnos de guerra». Al poco de su llegada, necesitado de un corte de pelo, el emperador mandó llamar a un peluquero. El hombre se presentó vestido espléndidamente, a lo que Juliano exclamó: «He pedido un barbero, y no un rentista». Le preguntó cuánto ganaba, y quedó consternado por la respuesta. Al instante, «despidió a toda aquella chusma, así como también a los cocineros y a cuantos se encontraban en iguales condiciones». Aquello era el *roundhead* contra el *cavalier*, el puritano contra el papista. El pelo hablaba e importaba. En sus primeros días como emperador, hubo revueltas en Alejandría en las que la gente cargó contra las autoridades cristianas. Entre los funcionarios ejecutados se encontraban Draconcio, prepósito de la moneda, y su compinche religioso Diodoro. Entre los delitos de este último se contaba que «presidiendo la construcción de una iglesia, por autoridad propia había tonsurado a muchos niños, creyendo ver en su larga cabellera homenaje votivo a los dioses». Ataron juntos a los dos cristianos, los mataron y cargaron sus cuerpos mutilados a lomos de camellos para llevarlos a la playa, donde les prendieron fuego y tiraron sus cenizas al mar, «con objeto, según decían, de que nadie los recogiese y les alzase templos».

De camino a Persia, Juliano se detuvo en la ciudad de Antioquía. Le resultó repulsiva en muchos aspectos: cristiana, sibarita, corrupta, avara y holgazana. Pero contenía también uno de los templos paganos más sagrados: el de Apolo en el arrabal de Dafnea, levantado justo en el lugar en el que Dafne, huyendo, se había transformado en un árbol de laurel. En su interior había una estatua de Apolo hecha de madera de vid, de treinta metros de alto y envuelta en un manto de oro: se decía que igualaba en magnificencia a la de Zeus en Olimpia. Desde Constantinopla, Juliano había mandado instrucciones para restaurar el templo y disponerlo todo para su llegada. Había imaginado bestias listas para el sacrificio, libaciones, y a la juventud de la ciudad espléndidamente ataviada para darle la bienvenida. Pero no encontró nada de eso. Cuando preguntó qué habían preparado para los sacrificios, el sacerdote sacó un ganso mísero y solitario, que él mismo había traído de casa.

Pero el problema iba más allá de la indolencia y la insolencia. El lugar estaba corrompido desde que el propio hermano de Juliano,

Galo, antiguo gobernador de Antioquía, había construido justo al lado del templo una iglesia en honor a san Babilas, un mártir cristiano local, y había depositado allí los restos del santo. En Delfos, Juliano había consultado a la sacerdotisa de Apolo y le había preguntado por qué el oráculo ya no hablaba. «¡Los muertos», le contestó, «me impiden hablar! ¡Desgarra las urnas, extrae los huesos, echa de aquí a los muertos!» Juliano obedeció esta instrucción; retiró el sarcófago de Babilas y lo devolvió a la tumba de la que Galo lo había sacado. Hubo protestas callejeras que rozaron la revuelta, se gritaron insultos al emperador; algunos cristianos terminaron arrestados y fueron «torturados con látigos y uñas de gato». Un par de días más tarde, el Templo de Apolo ardió por completo, y los treinta metros de la deidad de madera quedaron reducidos a cenizas. Como es lógico, las sospechas recayeron sobre los cristianos (pese a que un adorador pagano que había tenido un descuido con los cirios era el culpable).

Los antioquenos le habían dispensado a Juliano una bienvenida desigual (si bien él se había presentado con sesenta mil soldados para acantonar en la ciudad). Lo llamaban mono y enano barbudo; lo apodaron «el Hachero», por sus sacrificios animales. Otros gobernantes habrían recurrido a la violencia; Juliano prefirió responder con el hacha literaria. Compuso y publicó una sátira sobre la ciudad y sus habitantes titulada *El enemigo de la barba*. Es un texto extraño y peripatético: mitad reproche, mitad justificación; amigable en unos momentos e imperioso en otros; autobiográfico y burlón, irónico y sarcástico; un *mea culpa* teatralmente autodespectivo. Es como si Juliano hubiese creído que podía ganarse a la población a través de una queja humorística pero sofisticada, acompañada de un examen público de su propio personaje. No hay evidencia alguna de que surtiese tal efecto.

Explica cómo se han conformado su carácter y su actitud hacia la vida: por la prematura muerte de su madre, el eunuco que lo instruyó, el tiempo que pasó en la Galia entre los celtas. Y hay también un factor hereditario a tener en cuenta: el de «los que viven [...] en las mismas orillas del Istro, los misios, de donde procede mi linaje completamente rústico, austero, inhábil, insensible al amor, perseverante de forma inamovible en sus decisiones». En consecuencia, Juliano es, en efecto, idéntico a la caricatura, si no peor: tosco y desaliñado, consiente que «corran por [su barba] las pulgas como animales salvajes en la espesura». Y no queda ahí la cosa:

> También tengo la cabeza sucia y rara vez me arreglo el pelo, y las uñas y mis dedos están casi siempre negros de tinta. Y si queréis también enteraros de algo íntimo, mi pecho es velludo y espeso como el de los leones, que son los reyes de los animales, y tampoco me lo depilé jamás por mi mal humor y vulgaridad, y ninguna otra parte de mi cuerpo la depilé ni ablandé.

Era un enano plagado de liendres en una ciudad de gentes depiladas: «Todos sois bellos, altos, depilados e imberbes, y tanto los jóvenes como los viejos aspiráis [...] a las ropas recién cambiadas, los baños calientes y los lechos en lugar de aspirar a la santidad». Pone en boca de los antioquenos aún más insultos: el emperador tiene una templanza irritante, es falsamente humilde, un afectado santurrón. Cabe dudar que se ganara a los lectores de tan irónica autoparodia. Para empezar, tenían con quién compararlo: su hermano Galo, que había gobernado como cristiano y les había construido una iglesia magnífica. Juliano menciona a su tío, el emperador (cristiano) Constancio, cargado de humor negro: «Un solo perjuicio os ha causado Constancio, a saber, no haberme matado después de hacerme César». De haber sido un discurso público, seguramente el gentío habría aplaudido esa frase.

Uno de los problemas del panfleto de Juliano es que la ironía tiene sus limitaciones. Ese despliegue de sofisticación en defensa de una supuesta tosquedad no convence; de hecho, acaba pareciendo irrelevante. Con razones jamás conseguiría persuadir a los antioquenos, no digamos ya someterlos: partía en todo momento de una posición perdedora. En cierto punto, pregunta, lastimero: «¿Cuál es la causa de vuestro descontento y odio hacia nosotros?». Pero las respuestas son evidentes, y aparecen intercaladas en el propio texto de Juliano. Los antioquenos lo odian porque ha depuesto su religión y reinstaurado el paganismo. Ha cometido la blasfemia de exhumar los huesos de su santo y mártir local. Ha interferido en sus usos tradicionales. Su intento de estabilizar el precio del grano ha tenido el efecto contrario, y solo ha servido para provocar una acumulación e inflar los precios. Además, se sienta en el estrado e interfiere en la justicia. Muestra, en términos más generales, desprecio por su cultura: desdeña el teatro, le aburren las carreras de caballos, repudia la música y la danza. Les recomienda que impongan disciplina a sus mujeres, que, por otra parte, no lo seducen en absoluto. Es un forastero zafio, ajeno a los modales civilizados, un andrajoso lleno de pelo; resumiendo: un Barbudo.

Hacía el final de su lamentación, Juliano anuncia que «de buena gana nos marchamos de vuestra ciudad». Comprende que ha fracasado en Antioquía, de modo que parte, jurando no volver jamás. Era un emperador atípico, reacio a representar la ceremonia tradicional de masacrar a sus familiares más próximos y eliminar a sus enemigos políticos, torturando y ejecutando a su antojo. Del mismo modo que toleraba otras fes, mostraba clemencia a sus enemigos una vez terminaba la batalla; por regla general. Pero debemos tener en cuenta la época en la que vivió, y recordar un incidente que se produjo en los comienzos de su carrera militar, cuando marchaba con sus tropas de

Auxerre a Troyes. En lo más profundo del bosque, un destacamento de alamanes les tendió una emboscada; superados en número, y con la batalla aparentemente perdida, muchos de los legionarios se dispusieron a huir. La carrera militar de Juliano, y tal vez su propia vida, estaban en juego. Optó por ofrecer una recompensa personal por cada cabeza germana que le llevasen una vez obtenida la victoria. Sus soldados, alentados, se lanzaron a un frenesí asesino, seguido de la mutilación de los enemigos caídos. Pocas veces la expresión «recuento de cabezas» ha estado más cargada de significado.

Cuando Juliano partió a su campaña oriental, se llevó consigo sesenta mil soldados; el ejército más numeroso que ningún césar hubiese conducido a Persia. Proporcionaba a sus hombres cargamentos enormes de vino áspero y galletas. La predilección del emperador por la clemencia no era tan evidente en plena campaña. Durante la primera parte de la incursión, los habitantes de las ciudades no fortificadas huían a su paso; en palabras de Gibbon, «sus casas, llenas de botines y provisiones, fueron ocupadas por los soldados de Juliano, quienes asesinaron, sin remordimiento y sin castigo, a algunas mujeres indefensas». Cuando alcanzaron las fértiles llanuras asirias, «el filósofo vengó en un pueblo inocente los saqueos y las crueldades cometidas por su arrogante señor en las provincias romanas». La toma de la ciudad de Maogamalca terminó con «una masacre indiscriminada», y el gobernador, «que se había rendido bajo la promesa de misericordia, fue quemado vivo». La ciudad quedó arrasada hasta los cimientos, un acto que le producía a Gibbon una fría –y, de hecho, esnob– indiferencia: «Pero estos estragos arbitrarios no deben provocar ninguna emoción vehemente de piedad o resentimiento en nuestros pechos. Una estatua simple, desnuda, realizada por la mano de un artista griego, tiene un valor más genuino que todos aquellos monumentos toscos y costosos elaborados por los bárbaros; y si nos afecta más profundamente la ruina de un palacio que la quema de una choza, nuestro humanismo habrá hecho una estimación muy equivocada de las miserias humanas». En otras palabras: no desperdiciemos nuestra compasión en ellos.

No es que los saqueadores, por su parte, fuesen indiferentes a lo que se encontraban. Tras la rendición de Pirisabora, los soldados de Juliano descubrieron grandes cantidades de grano y de armas, pero también «un abundante acopio de espléndidos bienes [que] se distribuyó en parte entre las tropas y en parte se reservó al servicio público». No tenemos constancia de cuántos de estos tesoros regresaron intactos. Sin duda, muy pocos, dado que no mucho después, cuando hubieron cruzado el Tigris, Juliano tomó la controvertida decisión de quemar –literalmente– sus naves. El argumento era que, con el río crecido, sería imposible remontarlo

contracorriente, y abandonarlas allí las convertiría en un regalo para el enemigo. Además, Alejandro Magno había hecho lo mismo en su día.

Mientras sus soldados saqueaban y violaban, Juliano se mantenía como un centro elevado de templanza y sobriedad. La teoría del clima no le afectaba, ni siquiera de manera pasajera. Gibbon, de nuevo: «En el clima cálido de Asiria, que incitaba al suntuoso pueblo a gratificar la sensualidad de sus deseos, un joven conquistador conservaba su castidad pura e intacta; nunca, ni siquiera por curiosidad, cayó Juliano en la tentación de visitar a sus cautivas de exquisita belleza, quienes, en vez de resistirse a su poder, se hubieran disputado unas a otras el honor de sus abrazos».

Juliano aparece descrito a menudo –y no solo por sus contrincantes militares– como un fanático; si bien un fanático tolerante y clemente. La acusación proviene en primer lugar de su profunda implicación en los aspectos místicos de su religión. (Los no paganos solían preferir el paganismo de un cariz más calmado, más filosófico.) En segundo lugar, consideraban que Juliano había llevado muy, pero que muy lejos el tema de la pronosticación. Su mundo estaba atestado de dioses paganos, cada cual con sus competencias y especialidades, que debían reconocerse y reverenciarse. Había oráculos que consultar, y un sinfín de aves y animales que sacrificar y diseccionar.

Y, además de señales y portentos externos, había también otros internos: del cuerpo y del alma. No era esto una «corazonada» de aficionado: tenía detrás una sólida teoría filosófica. «La exaltación da también espíritu profético», dice Amiano. Según los filósofos naturales, «Siendo el sol el alma del mundo, del que las nuestras no son más que destellos, cuando el foco envía su calor en cierta medida a sus emanaciones, les comunica el conocimiento de lo porvenir. De aquí el ardor interno de las sibilas; los torrentes de fuego de que se sienten penetradas».

Luego tenemos los sueños y sus interpretaciones. Amiano cita a Aristóteles, para el que los sueños son «verídicos e irrecusables» cuando se duerme profundamente, «fija la pupila y sin desviación del rayo visual». Uno podría pensar que, con tantas herramientas distintas de adivinación a su alcance, los augures y los emperadores darían con predicciones infalibles, aunque solo fuese por un sistema de referencias cruzadas. Pero ¿coincidían las vísceras del ave con tu sueño, con el ardor de nuestra alma y con lo que la sibila anunciaba en la caverna con verdades tejidas de dobles sentidos?

Debíamos tener también en cuenta nuestra aptitud innata para la adivinación. Como decía Cicerón: «Recibimos de los dioses señales de

lo que ha de suceder. Si nos engañamos, falta es de la inteligencia humana y no de los dioses». Así, se nos recuerda continuamente su infalibilidad, y nuestra propia y torpe falibilidad.

Cuando Juliano marchó desde el Imperio Occidental pacificado a enfrentarse con su tío Constancio, hizo un alto en la Dacia, donde «no dejaba de registrar las entrañas de las víctimas y consultar el vuelo de las aves, para saber lo que le deparaba la suerte». Pero las respuestas, no por primera vez, proporcionaban únicamente «ambigüedad e incertidumbre». Un orador galo, cuya especialidad era observar las entrañas, descubrió entonces un hígado de doble tegumento, lo que al parecer presagiaba una campaña victoriosa. Exactamente cómo, y exactamente por qué, Amiano no nos lo cuenta; pero, en cualquier caso, había un problema: Juliano temía que se tratase de un falso augurio, pensado para complacerlo, así que decidió demorarse en la Dacia hasta que recibiera él mismo una señal convincente. Y un día, cuando estaba montando en su caballo, resbaló y cayó al suelo el soldado en cuya mano derecha apoyaba el pie el emperador. Habríamos temido por su pellejo, pero Juliano lo interpretó, no como incompetencia humana, sino como una señal de los dioses indicándole que «El autor de [su] elevación [esto es, Constancio] había caído». Aun así, Juliano remoloneó hasta que llegaron los enviados que confirmaron que, en efecto, Constancio había muerto en el mismo momento del resbalón del soldado, y que había proclamado sucesor a Juliano en el lecho de muerte. ¿Una milagrosa coincidencia, o el simple realismo con el que los dioses organizaban el mundo de abajo? Sea como sea, por una vez la señal se había interpretado correctamente.

Juliano no desistió de la adivinación ni siquiera cuando preparaba la campaña persa. Como dice Amiano: «Los altares estaban literalmente inundados con la sangre de las víctimas. Algunas veces sacrificaba hasta cien bueyes a la vez, innumerables variedades de ganado menor, así como también millares de aves blancas que hacía buscar por tierra y por mar». ¿Fanatismo o profesionalidad militar? En cualquier caso, estas actividades tenían un cómico efecto colateral:

> Diariamente se veía, por efecto de una licencia que hubiese sido mejor reprimir, dar los soldados en los templos repugnantes ejemplos de voracidad y embriaguez; y en seguida, embrutecidos por los excesos, recorrer las calles sobre los hombros de los transeúntes, obligándoles a que les llevasen a sus cuarteles.

Cuando Juliano cruzó el Éufrates y entró en Asiria, se incrementaron los altos para la adivinación, en los que estallaban riñas entre los que se disputaban el oído del emperador. Había, por ejemplo, una banda de arúspices etruscos que habían llevado consigo manuales específicos para tiempos de guerra. Estos anunciaban la prohibición de entrar en

territorio ajeno, aun si la causa era justa. La advertencia etrusca fue recibida con «desdén» por el grupo de filósofos, que ostentaban en aquel momento la autoridad.

Pero ¿qué era o no una señal de los dioses? La noche del 7 de abril de 363, apareció una nube que se convirtió, a medida que se acercaba, en un torbellino de polvo que se cernió sobre ellos, y que dio paso después a una tormenta en toda regla en el transcurso de la cual un tal Joviano, y los dos caballos que traía de abrevar, cayeron fulminados por el impacto de un rayo. Los expertos en adivinación atmosférica concluyeron que este fenómeno entraba en la categoría que recibe el glorioso nombre de «rayo admonitorio». La campaña, de acuerdo con su interpretación, no debía proseguir. Una vez más, sin embargo, los filósofos dejaron por los suelos la explicación, y afirmaron que se trataba de un fenómeno perfectamente natural, y que si significaba algo, era solo que la naturaleza honraba al emperador. La campaña prosiguió.

Tras un combate victorioso a las afueras de Ctesifonte, en el que cayeron, según dicen, dos mil quinientos persas frente a setenta bajas romanas, Juliano rindió sacrificios a Marte el Vengador para asegurarse de que no cesaran las victorias. Mandaron traer diez bueyes para este propósito, pero

> nueve (y este fue el primer pronóstico desagradable) cayeron muertos antes de llegar al altar: y el décimo, que rompió las cuerdas, costando mucho trabajo sujetarle, cuando lo inmolaron, no presentó más que señales de funesto augurio.

¿Y qué hizo entonces? ¿Castigar al proveedor de bueyes de primera para sacrificios? ¿Algo peor aún? En absoluto: «Al ver esto, encolerizose Juliano y juró por Júpiter que no sacrificaría más a Marte». ¿Una reacción desmesurada? ¿Un insensato desafío al destino? «Este juramento no fue retractado, porque no tardó la muerte del Emperador.»

Esa muerte misma vino precedida de una buena dosis de material para la pronosticación. La noche antes, «vio el genio del Imperio», como lo había visto justo antes de ser proclamado augusto en la Galia, pero esta vez «su aspecto era triste; un velo cubría su cabeza y su cuerno de la abundancia, y no hizo más que cruzar silenciosamente la tienda». Salió a continuación, y justo entonces «un rastro de luz, parecido a la caída de una antorcha encendida, surcó el aire [...]. Esto estremeció a Juliano, pensando que era la estrella de Marte que se mostraba bajo aquel aspecto siniestro». Convocó a los arúspices etruscos, que de nuevo anunciaron que había que posponer la batalla, y de nuevo fueron ignorados. Le rogaron que atrasara al menos unas horas su partida, «pero tampoco accedió el Emperador a esto, haciéndose de pronto refractario al arte de la adivinación». Juliano

partió, Juliano murió.

«Have you heard, it's in the stars / Next July we collide with Mars / Well did you evah?»

Para sus partidarios de los siglos venideros, Juliano era esa figura seductora: un Líder Perdido. ¿Y si hubiese gobernado durante treinta años más, relegando el cristianismo año tras año y volviendo a consolidar, de un modo gradual, y más tarde contundente, el politeísmo de Grecia y Roma? ¿Y si sus sucesores hubieran proseguido con esa política durante siglos? ¿Qué habría pasado entonces? Quizás no hubiese hecho falta un Renacimiento, dado que las antiguas tradiciones grecorromanas seguirían intactas, y las grandes bibliotecas de la erudición no se habrían destruido. Puede que no hubiese sido necesaria una Ilustración, porque ya se habría producido en gran parte. Se habrían evitado las distorsiones sociales y morales seculares impuestas por una religión de Estado poderosísima. Cuando llegase la Edad de la Razón, llevaríamos ya catorce siglos viviendo en ella. Y los sacerdotes cristianos que hubiesen sobrevivido, con sus creencias peculiares, excéntricas, pero inofensivas –o más bien, neutralizadas–, se codearían en igualdad de condiciones con paganos y druidas, abrazaárboles y dobladores de cucharas, judíos y musulmanes, etcétera y etcétera, todos ellos bajo la protección benévola y tolerante de lo que a la postre habría sido el helenismo europeo. Imaginemos los últimos quince siglos sin guerras religiosas, tal vez sin ninguna intolerancia religiosa o incluso racial. Imaginemos la ciencia liberada de las trabas de la religión. Borremos a todos aquellos misioneros que les metían la fe con calzador a los pueblos indígenas, acompañados de soldados que les robaban el oro. Imaginemos la victoria intelectual de lo que creían la mayoría de los helenistas: que si algún placer podíamos disfrutar en la vida, era en esta breve estancia terrenal nuestra, no en un cielo absurdo y disneyficado después de muertos.

Por descontado, esta historia alternativa tiene tanto de fantasía como el propio cielo cristiano. Como Elizabeth Finch habría sido la primera en señalar, debemos apañarnos día a día con el fuste torcido de la humanidad. Sinrazón, avaricia e interés personal: ¿es posible erradicarlos de la humanidad? Y no hay que olvidar la influencia del miedo en nuestra conducta: miedo de las llamas del infierno, de perder la gracia de Dios, de la condena eterna. Aun si la virtud impuesta difícilmente pueda contar como virtud verdadera. Pero fue uno de los argumentos que se esgrimieron en contra de los pensadores de la Ilustración: aflojemos las cadenas del ordeno y mando cristiano, suprimamos la idea de un Juicio Final, y ¿qué impedirá que los hombres y las mujeres se asalvajen? No es que ninguno de aquellos

filósofos de la Ilustración fuese un asalvajado, pero, ay, ¿y la gente corriente? Extraño, quizás, que una religión desconfíe tanto de su propia congregación. El sacerdote replicaría, por supuesto, que nadie conoce mejor al rebaño que su pastor. La Iglesia mantenía una vigilancia que rayaba en la paranoia para no perder su influjo y su poder. Lo que nos lleva de vuelta a Juliano.

Ojalá pudiese haber debatido todo esto con Elizabeth Finch. Ella habría modificado mis pensamientos en bruto, habría ayudado a pulir (o a afilar) mi relato. ¿Es posible que esté haciendo lo que ella esperaba que hiciese? Hay en esa pregunta demasiados imponderables como para que tenga sentido, pero demuestra cuánto la sigo echando de menos.

Como Elizabeth Finch quizás habría señalado, las cosas podrían haber terminado de un modo muy distinto. Los gobernantes, con pocas excepciones, se vuelven más conservadores y menos tolerantes con el paso de los años. ¿Y si Juliano, en esos treinta años extra, o más, que le hemos concedido hubiese descubierto que su política de perseguir a los galileos con moderación no surtía efecto lo bastante rápido? Igual porque sus astutos detractores no dejaban de encontrar maneras de alcanzar múltiples martirios. O puede que hubiera habido más atentados pirómanos contra templos paganos, atentados incluso contra la propia vida del emperador. ¿Y si hubiese sometido a los cristianos a la *peine forte et dure* –aplastarlos bajo piedras pesadas– y hubiese dejado su religión en un estado de debilidad? Les daría esos martirios que afirmaban buscar, y unos cuantos más de propina. Descubriría una caída en picado del número de galileos en el mundo: la crueldad, por lo visto, funcionaba tan bien como la moderación, si no mejor. Y en adelante, para los pocos miembros de esta secta cada vez más minoritaria, el nombre de Juliano recorrería los siglos como un escalofrío, más digno aún de anatema.

Sin embargo, fueron los cristianos los que terminaron escribiendo la historia de Juliano. Teodoreto de Ciro (*c*. 393*c*. 460) quería señalar dos cuestiones principales. Que Juliano, supuestamente un general brillante, era en realidad un pésimo estratega que había cometido errores elementales: quemar las naves había desanimado a sus tropas, al igual que hacerlas marchar a cuarenta grados por un desierto árido. El emperador no había pedido suministros suficientes con antelación, y tampoco mostró la más mínima eficiencia saqueando el país a su paso.

La segunda cuestión, más general, hacía referencia a la naturaleza de los dioses paganos. Ya hubiesen salido de un bosque alemán o de un templo griego, lo cierto es que no se les daba demasiado bien lo de ser dioses. No era que no existiesen, sino más bien que aquel sinfín de dioses paganos no eran tan fuertes como el Dios cristiano único (o trino), más todo el cúmulo de santos y mártires. Los dioses paganos

eran veleidosos y poco de fiar. Decía Teodoreto: «Ares, que desata el fragor de la batalla, no acudió a Juliano como había prometido; Loxias le dio vaticinios falsos, y tampoco ese dios que se place en lanzar rayos arrojó ninguno en dirección al hombre que mató a Juliano». Era un argumento tan político como religioso: no solo nuestra religión es más auténtica, sino que además nuestro Dios es más fuerte y más de fiar. Estás mejor con nosotros. ¡Vota al Galileo!

Pregunta: ¿qué pasa (en las mentes de los hombres y las mujeres) cuando se deja de rendir culto a un dios? ¿Ya no existe? ¿O continúa orbitando alrededor de la Tierra como un trozo de basura espacial, pitando esperanzado en una longitud de onda muerta?

Comparemos y contrastemos los siguientes sistemas de creencias:

A. Todos estamos sujetos a la voluntad de Dios, y a Su poder. Debemos rendirle culto cumplida y frecuentemente. Dios nos manda señales y advertencias, que tenemos que comprender e interpretar. Esta vida es solo una preparación para la vida venidera, en la que el alma se separa del cuerpo. El hombre puede buscar una forma de precipitar dicha separación.

B. Todos estamos sujetos a la voluntad de los dioses, y a sus poderes. Debemos rendirles culto cumplida y frecuentemente. Los dioses nos mandan señales y advertencias, que tenemos que comprender e interpretar. La dicha del alma es de un orden mayor que la del cuerpo, por lo que la separación de lo mejor y lo peor debería regocijarnos en lugar de afligirnos. El hombre puede buscar una forma de precipitar dicha separación. Y puede conocer también el lugar en el que está destinado a morir, y el lugar en el que será enterrado, para encaminarse a ellos con tranquila certeza.

Con la distancia del tiempo, las diferencias no parecen tan grandes, pero el narcisismo y la paranoia que desprenden siguen siendo importantes. Un motivo es la naturaleza controladora del monoteísmo. «Tendrás un solo Dios, ¿quién / podría cargar con dos?», en palabras de Arthur Hugh Clough. Pero es que ya es una buena carga, tener un solo Dios, porque Él tiene todas las respuestas, da todos los consejos, exige toda la veneración. No externaliza, este Dios cristiano; es un celoso pluriempleado. Los dioses paganos y helenísticos, en cambio, son numerosos y variados. Tú tienes tus dioses favoritos, cada cual al frente de una actividad distinta, y ellos tienen sus seres humanos favoritos. A menudo se pelean entre ellos, claro está, y a menudo los humanos son los daños colaterales. Puede que te abandonen por capricho; de ahí que debas estar siempre ganándote su favor. ¡Venga otro buey blanco, echemos la casa por la ventana! Te tienen siempre en la cuerda floja, estos múltiples dioses. ¿Más que el Dios cristiano?

Está reñida la cosa.

La segunda diferencia insalvable entre el sistema de creencias A y el B es esta: lo que viene después. Ambos sistemas coinciden en que está el cuerpo, y en su interior el alma, y que con la muerte el alma sale flotando y se eleva: la verticalidad es la metáfora predilecta. ¿Y luego qué? En el cristianismo, ahí es donde empieza la auténtica función de nuestra existencia. La vida en la Tierra ha sido un asunto espinoso y meramente preliminar: como estar metido en un anexo esperando a que se abran las puertas de la Gran Mansión. Tras esta mísera estancia terrestre, aguarda la vida eterna en el paraíso; o la muerte eterna en el infierno. Ha llegado el momento del juicio. Y luego está la materia... de la materia. La invención más llamativa de los galileos fue la Resurrección General del Cuerpo. A los platonistas les resultaba, no solo absurda, sino repugnante: la idea de cargar por siempre con nuestros cuerpos, hasta el último callo, catarata y juanete.

En sus últimas palabras, muy elocuentes (y casi con toda seguridad compuestas por Amiano), Juliano señala que «la separación de la sustancia más noble debe ser motivo de alegría antes que de aflicción», y ofrece su «tributo de agradecimiento al Ser Eterno, que no consintió que pereciera por la crueldad de un tirano, por la daga secreta de una conspiración o por los tormentos dilatados de una lenta enfermedad». Por el contrario, el Ser Eterno –que no es un dios, sino el daimon personal de Juliano, que tenía encomendado velar por él– le ha permitido morir (o ha dispuesto, o ha ordenado que muera) en plena posesión de sus facultades y «en medio de una carrera honorable». Su daimon personal, no podemos evitar señalarlo, le ha permitido morir apenas año y medio después de emprender el proyecto de restaurar el paganismo helénico como religión predilecta del Imperio romano; un proyecto que ahora perecerá con él en el desierto persa.

Tras este autoencomio, instó a los presentes «a no deshonrar con lágrimas afeminadas la suerte de un príncipe que en unos instantes estaría unido a los cielos y a las estrellas». La unión del alma humana con la sustancia etérea divina es «la doctrina antigua de Pitágoras y Platón; pero parece excluir toda inmortalidad personal o consciente», de acuerdo con Gibbon. Requiere una mente robusta contemplar la idea de la extinción sin flaquear. Por otro lado, requiere una mente robusta contemplar la idea de ser juzgado por un ser divino omnipotente.

Incluso en el caso de que Juliano no pronunciara esas famosas últimas palabras, los cristianos habían ganado, y lo sabían. La prueba es que apenas se castigó o persiguió a los adláteres y correligionarios del Apóstata: habían quedado ya teológicamente desarmados. A lo largo del milenio siguiente, y durante unos siglos más, los cristianos tuvieron el control de la historia y de su mensaje, y Juliano continuó

siendo una figura clave en su antipanteón, digno de ser mencionado con el mismo aliento fétido con el que se mentaba a Herodes, Pilatos y Judas; su nombre un trasunto del mal, y su muerte, la prueba de la justicia de Dios y de Su defensa infatigable de Su única Iglesia verdadera y monoteísta. «Monoteísta»: es curioso que, cada vez que tecleo esa palabra, me descubro pensado en EF.

Pero estas parábolas rara vez perviven sin contaminarse. Encontramos a Juliano implicado en relatos de martirios en los que no tomó parte. Y, más adelante, integrado en contextos cuasiseculares, en versiones cultas y populares. En 1498, Lorenzo de Médici escribió una obra en la que Juliano no es tanto un monstruo medieval como un héroe renacentista que halla un final trágico. En 1556, Hans Sachs (el Hans Sachs de *Die Meistersinger*) compuso una balada titulada *El baño del emperador Juliano*. Juliano ha salido a cazar jabalís; al terminar, mientras se da un chapuzón, un ángel le roba la ropa. Sin sus atuendos regios, pasa a ser irreconocible para los cortesanos, e incluso para su esposa. Pierde todo poder y valía. Tras esta lección de humildad, el pagano le suplica al Dios cristiano su perdón, y –contra todo pronóstico, se podría pensar– recupera la ropa, el trono y el imperio.

El primer pensador moderno e independiente que examinó la figura del Apóstata fue Michel de Montaigne (15331592) en su ensayo «La libertad de conciencia». El francés era estoico, escéptico, epicúreo y deísta tolerante bajo un caparazón político católico. Creció hablando latín, sabía algo de griego (mientras que Juliano creció hablando griego y sabía algo de latín). Ambos hombres cultivaron una indiferencia, rayana en el desdén, por la muerte. Y ambos terminaron en el centro de conflictos religiosos. Montaigne vivió durante la mayor parte de las guerras de religión que asolaron Francia entre 1562 y 1598 y dejaron tres millones de muertos.

Montaigne empieza el ensayo contemplando «el debate por cuya causa Francia se encuentra en este momento agitada por guerras civiles». Uno de los motivos, y de sus fatales consecuencias, era que la Pasión había rebasado a la Razón. Hasta la «gente de bien» que se contaba entre los gobernantes católicos a los que apoyaba Montaigne se había visto empujada a «tomar decisiones injustas, violentas e incluso temerarias». Y así había sido siempre: Montaigne nos remite a los primeros tiempos del cristianismo, cuando «nuestra religión empezó a adquirir autoridad merced a las leyes». Este poder condujo a un exceso de furia purificadora, y a la vasta destrucción de «toda suerte de libros paganos, a resultas de lo cual la gente de letras sufre una extraordinaria pérdida. Considero que tal desorden fue más nocivo para las letras que todos los fuegos de los bárbaros». Los fanáticos

cristianos, por ejemplo, habían tratado de eliminar hasta el último ejemplar de las *Historias* de Tácito (y a punto estuvieron de conseguirlo), y todo por lo que Montaigne describe como «cinco o seis vanas frases contrarias a nuestra creencia».

Juliano es, por tanto, un ejemplo contundente del mundo antiguo para el mundo moderno. Pese a que «en materia de religión, era vicioso en todo» y «un enemigo severo contra nosotros», pero no «cruel», el Apóstata fue, para Montaigne, «un hombre muy grande y singular». Nos dejó «ejemplos muy notables en toda clase de virtudes»: castidad, justicia, sobriedad, filosofía, y destacó «sobremanera en toda suerte de literatura». Podemos percibir la intensa atracción de un filósofo escritor por otro. Montaigne reproduce, divertido, la típica broma sobre el exaltado paganismo de Juliano: «Se burlaban de él [y] se decía que, de haber logrado la victoria contra los partos, habría agotado la raza de los bueyes del mundo para efectuar sus sacrificios».

En 1644, Milton dio un discurso ante el Parlamento inglés, impreso más tarde con el título de *Areopagítica*, en contra de las licencias oficiales –y, por tanto, la posible censura– de prensa. Es una de las mayores defensas de la libertad de expresión que se han hecho nunca, y de las más apasionadas, pues para Milton esta era esencial no solo para el fomento del aprendizaje, sino también para el de la virtud. Retrata el país al que representa el Parlamento como «no una nación lenta y lerda, sino de espíritu sagaz, ingenioso y penetrante». Milton presenta unos argumentos basados tanto en principios como en la práctica. La censura, afirma, es sencillamente ineficaz: es como «aquel gallardo que pensaba mantener a raya a los cuervos cerrando la verja de su parque». E insiste: «Dadme la libertad de saber, hablar y discutir libremente de acuerdo con mi conciencia, sobre todas las libertades».

No se trata solo de un elevado argumento para la posteridad, sino también de un argumento político de su tiempo. Pues qué había más ajeno al libertarismo protestante inglés que el catolicismo romano: un papismo opresivo, una Inquisición «tiránica», el *Index*, la censura, la persecución de Galileo y tantos otros. En sus comienzos, claro está, la Iglesia, más que perseguir, era perseguida; pero aquí Milton se refiere a Juliano el Apóstata como «el más ladino enemigo de nuestra fe». Podría parecernos una elección paradójica en este contexto: a fin de cuentas, fueron los paganos los que sufrieron la destrucción masiva de manuscritos y bibliotecas y la pérdida consiguiente de conocimientos a manos de los primeros cristianos, y no al revés. Juliano, que sepamos, no ordenó la destrucción de un solo texto galileo.

De ahí lo de ladino: puede que no censurara ni destruyese libros, pero sí censuró a sus lectores. La táctica más peligrosa del emperador

fue la de prohibir «a los cristianos el estudio del conocimiento de los gentiles». Tal vez de entrada parezca una pérdida sin importancia; de hecho, cabría pensar que un cristiano recibiría de buen grado la exclusión de los libros paganos. Pero vetarles el acceso a la filosofía y la ciencia helénicas, y permitir que los galileos enseñasen sus libros sagrados únicamente en sus propias iglesias, los dejó al margen y los excluyó de los derechos y deberes cívicos. Los cristianos detectaron de inmediato el peligro. Como dice Milton: «Enorme afrenta consideraron el haber sido despojados del conocimiento helénico, creyendo esto de más socava y de mayor detrimento para la Iglesia que la crueldad frontal de Decio o de Diocleciano». Por fortuna, el Dios cristiano comprendió la amenaza que representaba el Apóstata, e intervino por medio de san Basilio y san Mercurio. Para Milton, «la providencia de Dios [se llevó] aquella ley iletrada junto con la vida de quien la hubo ideado».

El Apóstata siguió siendo un sugestivo hombre del saco para los protestantes ingleses, y reapareció en tiempos de la Crisis de la Exclusión de 1679-1681. Carlos II había gobernado como rey protestante desde 1660, pero su hermano y heredero, Jacobo, duque de York, era católico y ardía en deseos de devolver el país a la única fe verdadera. Muchos estaban alarmados: la Cámara de los Comunes aprobó en repetidas ocasiones una ley contraria a concederle el trono, por lo que solo quedaba que los lores la anulasen o Carlos II disolviese el Parlamento. Se desató un fuego cruzado de folletos y panfletos, el más famoso el de un tal Samuel Johnson (no el Doctor posterior, sino el capellán particular de lord Russell, líder de la causa exclusionista). Su panfleto llevaba el extenso título de *Juliano el Apóstata: donde se da Breve Cuenta de su Vida, del sentir de los Cristianos Primitivos hacia su Sucesión, y su Conducta para con él*. Esa «sucesión» era reveladora, y el subtítulo terminaba de explicar el propósito: *Junto con una Comparación de Papismo y Paganismo*.

Para Johnson, el Apóstata era uno de los grandes villanos de la historia del cristianismo: está ahí en los primeros puestos, junto con «Herodes el Perseguidor», «Judas el Traidor» y «Pilatos el Verdugo de Cristo», y «al lado de los Judíos, enemigos de Dios». Por suerte, aquellos primeros cristianos lo habían «conducido a la muerte con sus plegarias», y ahora estaba en el infierno «padeciendo mayúsculo castigo». Fue, además del gran Apóstata, el gran Hipócrita; los cristianos no lo llamaban Julianus, sino Idolianus, y Asabueyes, por su afición a los sacrificios. Su fervor adivinatorio era al mismo tiempo repugnante y blasfemo, pues ¿quién osaría anticiparse a Dios sobre lo que va a ocurrir en Su mundo? Y aunque puede que Juliano no

ordenase personalmente la persecución física de los cristianos, sus predecesores, seguidores y cómplices tenían las manos bañadas en sangre. «En Ascalón, y en Gaza, donde abrían a los cristianos en canal y los rellenaban después con cebada para que los devorasen los cerdos.» Y en tiempos de Constantino, un cierto Cirilo, diácono de Heliópolis «ardiendo con Fervor Divino» destruyó numerosos ídolos paganos. En venganza, «los execrables Paganos [...] no solo lo mataron, sino que le abrieron las Tripas y le comieron el Hígado». Esa gastronomía insolente era ir un poco demasiado lejos, y fue debidamente castigada: como «recoge el Historiador», poco después, a los autores «se les cayeron los Dientes, las Lenguas y los Ojos de sus caras».

El juez supremo lord Pemberton había declarado que el «Papismo *es diez veces peor* que todas las supersticiones Paganas». Johnson prosigue: «Estoy seguro así que nos iría tan mal como a los Cristianos Primitivos, si sentimos por un sucesor Papista una aversión diez veces mayor de la que tenían ellos por su Juliano». Era una perspectiva desoladora: «Las Vidas de todos los Protestantes quedarán a merced de cada Juez de Paz, Alguacil y Oficial Parroquial, tal vez con suficiente fervor católico como para destruirlos. Cada oficial y cada jenízaro matará y asesinará sin resistencia». Los papistas tomarían a los protestantes ingleses por «una magnífica presa fácil».

Los papistas se parecen a los paganos en tres aspectos: son politeístas, idólatras y crueles. Veneran a «un número enorme de falsos dioses» y les rezan a santos de toda clase, incluso santos para las «Bestias y el Ganado». Son adoradores de huesos que ruegan a los ángeles y a la «omnipresente» María. La idolatría es la consecuencia natural del politeísmo. «El Cristianismo se ha sumergido en una Idolatría abominable, en los Vicios más detestado de Dios y más condenables para el Hombre, y esto por espacio de ochocientos años y más.» Sus santos son como «Príncipes de Persia»; y sus equivalentes femeninas, «rameras acicaladas». Los papistas tienen peregrinajes, cirios, exvotos, rocas que lloran, curas milagrosas, y se postran ante «cualquier cruz de Madera» o la más insignificante muestra reseca de la supuesta sangre de Cristo. Veneran también una hostia «despreciable», un «vil pedazo de Pan, sí, aunque lleve un crucifijo estampado encima».

En cuanto a la crueldad, los papistas superan incluso a los paganos. «Con nada quedarán satisfechos, a no ser que nos impongan su Idolatría (igual que el Rey Francés vende su Sal), tanto si tenemos alguna razón para ello, o algún interés como si no.» Se dan muchos ejemplos del «ciego fervor católico» al que se enfrenta Inglaterra. Johnson les recuerda a los lectores los «complots Infernales» que han plagado el reinado de Isabel. Los que ahora reciben con los brazos

abiertos a Jacobo como rey no parecen saber «nada de la Boda Bermellona, de la Conspiración de la Pólvora ni de la Masacre Irlandesa».

Aquel panfleto le valió a Johnson el apodo de «Juliano Johnson», e incitó a otros a sumarse con títulos como «Joviano» y «Constancio el Apóstata». Pero también le causó un sinfín de problemas, agravados por la ejecución de su patrón, lord Russell, en 1863, en una chapucera decapitación a manos de Jack Ketch, en Lincoln's Inn Fields. Al propio Johnson lo juzgaron dos veces: la primera, en 1683, por libelo sedicioso, y el verdugo oficial quemó su libro; la segunda, en 1685, por «faltas graves» sin especificar. Lo condenaron en cuatro ocasiones a la picota, a pagar una multa de 200 marcos y recorrer entre latigazos el camino «de Newgate a Tyburn». Pidieron la intercesión de Jacobo II, ya en el trono, pero él repuso que: «Dado que el señor Johnson poseía el espíritu del martirio, era pertinente que sufriera». Johnson recibió 317 azotes «con un gato de nueve colas». Sin embargo se mantuvo obstinado: estando todavía en manos del médico, imprimió otros tres mil ejemplares de su *Comparación entre Papismo y Paganismo* y publicó una crónica de su juicio.

El punto álgido de la reputación póstuma de Juliano llegó en el siglo xviii. Había dos aspectos de su vida y su pensamiento que resultaban particularmente atractivos: su famosa –o notoria– «moderación», que se equiparó con la idea ilustrada de «tolerancia», y su personificación del príncipe filósofo, cuyo descendiente era el monarca ilustrado. De ahí la relación de Diderot con Catalina II de Rusia, que compró su biblioteca, sin desposeerlo de ella, y le pagaba un sueldo como bibliotecario personal. Voltaire, por su parte, recibió los favores de Federico el Grande de Prusia: «Mi Sócrates», suspiraba el rey; «Mi Trajano», respondía el filósofo.

Primero, no obstante, llegó Montesquieu. En su *De l'esprit des lois* (1748) dispensa grandes elogios a los estoicos: «Si yo pudiera olvidar por un momento que soy cristiano, incluiría entre las desgracias del género humano la destrucción de la secta de Zenón». Y luego pasa a alabar a Juliano como el mejor de los gobernantes: «Después de este príncipe, no ha habido otro más digno de gobernar a los hombres». Aunque añade la apostilla, necesaria para alguien que escribiera en su tiempo, de que «una declaración tan espontánea no me hará cómplice de su apostasía».

Voltaire incluyó en su *Diccionario filosófico* (edición de 1764) dos entradas característicamente combativas que asentaron la interpretación moderna de Juliano. Rechaza de buen principio escudarse en ese «si no fuese cristiano» que Montesquieu había

juzgado conveniente. Incluso le niega al emperador el epíteto habitual y despectivo de «el Apóstata»: no hay evidencia alguna, sostiene Voltaire, ni por parte de los amigos ni de los enemigos de Juliano, de que abandonase una fe sincera en el cristianismo por una fe sincera en los dioses del imperio; su «cristianismo» había sido una tapadera necesaria para salvar la vida y, por tanto, no podía ser apóstata. Y entonces, por fin, después de catorce siglos de calumnias y patrañas por parte de los Padres de la Iglesia y de sus sucesores, llegó la era del análisis sensato. El verdadero Juliano, lejos de ese monstruo que pintaban sus detractores teológicos, era «sobrio, casto, desinteresado, valeroso, clemente»; y pese a que, ante la solidez de los hechos, nos vemos obligados a reconocer que no amaba el cristianismo, lo consideraremos «excusable por no haber amado una secta manchada con la sangre de toda su familia». Aun «habiendo sido perseguido, encarcelado, desterrado, amenazado de muerte por los galileos», él no los persiguió a su vez, e incluso indultó a seis soldados cristianos que habían conspirado para acabar con su vida. Poseía todas las virtudes de Trajano, de Catón, de Julio César y Escipión, pero sin sus defectos. En suma, era «en todo igual a Marco Aurelio, el primero de los hombres».

Para Voltaire, la tolerancia y la libertad religiosa eran los dos factores cruciales que conducían a la ilustración. Por consiguiente, los dos desastres en los albores de la historia del cristianismo fueron la imposición del monoteísmo y la fusión de Iglesia y Estado de la mano de Constantino. Juliano, príncipe filósofo y paradigma de la tolerancia, lejos de ser una breve anomalía histórica que hizo un último intento, valiente (o iluso), de frustrar el avance del cristianismo, se nos revela ahora como un precursor deslumbrante de la Ilustración. En una carta a Federico el Grande, Voltaire le brindaba al rey el mayor cumplido de su repertorio al dirigirse a él como «el nuevo Juliano».

Edward Gibbon, que había conocido a Voltaire estudiando en Lausana durante el invierno de 1757-1758, le dedicaría a Juliano tres capítulos de su *Decadencia y caída*. Lo tenía casi en tan alta consideración como a Voltaire, aunque le incomodaba el intenso paganismo del emperador. Su dictamen era algo más comedido: puede que Juliano careciese del genio de Julio César, de la prudencia consumada de Augusto, de las virtudes de Trajano o de la filosofía de Marco Aurelio. Sin embargo:

> Luego de ciento veinte años de la muerte de Alejandro Severo, los romanos vieron un emperador que no hacía diferencia entre los deberes y los placeres, que se esforzaba por aliviar los sufrimientos y reanimar los espíritus desalentados, esmerándose a toda hora en hermanar la autoridad con el mérito,

> la dicha con la virtud. Hasta las facciones religiosas tenían que reconocer la superioridad de su entendimiento, tanto para la paz como para la guerra; y venían a confesar suspirando que el apóstata Juliano era amante de su patria y merecía el imperio del orbe.

Gibbon admiraba la imperturbabilidad de Juliano frente a una muerte probable. Tras el asedio de Pirisabora, les dijo a sus soldados: «Estoy preparado para morir de pie y para despreciar una vida precaria que puede depender a toda hora de una fiebre imprevista». Pero esa grandeza moral hacía caso omiso de los asuntos prácticos de gestionar un imperio. Juliano no quiso designar a un sucesor en su lecho de muerte, lo que, a juicio de Gibbon, conllevó «el triunfo del cristianismo y las calamidades del Imperio». Muy pronto, el paganismo «se hundió irremisiblemente en el polvo», y «los filósofos [...] creyeron prudente afeitarse las barbas».

Lo que quedó, aparte del ejemplo de su vida, fue esa famosa última batalla contra el cristianismo; tanto más famosa por cuanto, según Gibbon, estuvo siempre condenada al fracaso:

> Sin embargo, ni el ingenio ni el poder de Juliano alcanzaron a restablecer una religión que no contaba con el apoyo de principios teológicos, preceptos morales y disciplina eclesiástica, y que, al carecer de una reforma que la consolidara, rápidamente entraba en decadencia.

Cuando subió al poder, Juliano despachó a los eunucos de la corte, corruptos y sobornables, igual que despachó a aquel absurdo plantel de barberos. Es posible que se convirtiese en un ejemplo de austeridad y sencillez, pero ni siquiera los más cercanos a él siguieron su ejemplo. En cuanto tomó posesión del palacio de Constantinopla, convocó a su viejo amigo Máximo. «El viaje de Máximo por las ciudades del Asia», escribe Gibbon, «demostró el triunfo de la vanidad filosófica», y una vez en palacio, «imperceptiblemente se fue corrompiendo con el ambiente de la corte». Cuando el breve reinado de Juliano llegó a su fin, Máximo se convirtió en objeto de una investigación oficial «sobre los medios con que el discípulo de Platón había acumulado, en su breve privanza, una riqueza escandalosa». Primero habían sido los eunucos y los barberos; ahora eran los filósofos y los sofistas, de los que «fueron muy pocos los que lograron conservar su inocencia y reputación».

Pero Gibbon identificó aún otra debilidad estructural en el politeísmo: consistía en multitud de «porciones desligadas y flexibles; de modo que un idólatra podía definir el grado y la medida de su fe religiosa». Tal vez no fuese una debilidad, sino más bien, en otras circunstancias, una tolerante fortaleza. La actitud de Juliano hacia la religión era ciertamente maximalista. Su aprobación de los judíos era

la de un «politeísta que solo anhelaba multiplicar el número de dioses».

Sus propias prácticas religiosas eran intensas, constantes y enfocadas al más alto nivel. En palabras del orador Libanio, el emperador creía que

> vivía en contacto incesante con dioses y diosas –quienes descendían a la tierra para disfrutar la conversación de su héroe predilecto, para interrumpir su sueño palpándole suavemente la mano o el cabello, para avisarle sobre los peligros que lo amenazaban y para encaminarlo con infalible sabiduría en todos los pasos de su vida–, y que había llegado a adquirir un conocimiento tan íntimo acerca de sus huéspedes celestiales que distinguía inmediatamente la voz de Júpiter de la de Minerva y la figura de Apolo de la de Hércules.

Gibbon apunta que tales visiones no eran más que el «efecto natural de la abstinencia y el fanatismo [y] degradaban al emperador al nivel de un monje egipcio». Casi: lo de ser un monje egipcio era, en comparación, un asunto barato, pero que a uno le atusara el pelo lo más granado de los dioses era tremendamente caro. Juliano hacía sacrificios todas las mañanas y todas las noches, y no dejaba nada en manos del azar, ni tampoco de los demás:

> la tarea del emperador consistía en traer leña, soplar el fuego, empuñar la cuchilla, matar a la víctima y, metiendo sus manos ensangrentadas en el animal moribundo, extraerle el corazón o el hígado mientras leía, con la maestría de un adivino, las señales imaginarias de los acontecimientos venideros.

Como es lógico, los dioses de primera categoría recibían sacrificios de primera categoría: «incesantes remesas de aves raras y hermosísimas, traídas de remotos climas». Con frecuencia, en un solo día, se podían sacrificar un centenar de bueyes. Sus soldados, sin embargo, aprobaban la asiduidad del emperador, pues luego se comían las sobras.

El nombre de Juliano fue moneda común a lo largo de los siglos xviii y xix. Schiller se preparó durante diez años para escribir una obra sobre el tema, y se la mencionó a Goethe, pero no nos ha llegado ni rastro de ese proyecto. Ambos hombres formaron una alianza para frenar la decadencia del arte y la literatura en Alemania con la publicación de una serie de diarios (de 1789 en adelante), pero tenían que aportar gran parte del contenido ellos mismos, y el resultado no fue un gran éxito. En cierto momento, Goethe comparaba, pesimista, su tarea con el fracasado intento de Juliano de detener el cristianismo.

Byron comienza el *Don Juan* (1819-1824) dedicando con sarcasmo la épica a su colega poeta Robert Southey, quien, como Wordsworth,

había sido en su día un ferviente revolucionario y, por desgaste del tiempo y la edad, se había convertido en un miembro conservador del poder establecido. «Bob» Southey aceptó en 1813 el reconocimiento de Poeta Laureado, lo que a ojos de Byron lo señalaba como un «épico renegado». La dedicatoria termina diciendo:

> Siendo que se ha puesto de moda la apostasía
> mantener credo propio se ha vuelto tarea hercúlea.
> ¿O no es así, mi Conservador ultrajuliano?

Los teólogos e historiadores adaptaron y rescribieron la vida y las ideas de Juliano para servir a los propósitos de la época (y de verdades eternas cambiantes). Pocas de estas rescrituras fueron tan imaginativas, o tan personales, como la de Henrik Ibsen. *Emperador y Galileo* (1873), que forma parte de un cuarteto de obras épicas que incluía *Brand* y *Peer Gynt*, tiene unas dimensiones enormes: «¿Por qué no se puede escribir una obra en diez actos?», preguntaba Ibsen retóricamente. «No me cabe en cinco.» Era además, a su parecer, extremadamente autobiográfica. «He puesto buena parte de mi propia vida espiritual en este libro», le decía a su amigo y partidario inglés Edmund Gosse. «Yo mismo he experimentado lo que he retratado aquí en otras formas, y el tema histórico que he escogido tiene con nuestra época una conexión histórica más estrecha de lo que la gente podría suponer antes de leerlo.» Lo llamaba un «Drama Histórico Universal» y también «mi obra maestra».

Es decididamente descomunal: 480 páginas en la traducción inglesa de sus obras completas publicada en 1907. Y cuando Ibsen habla de la gente que lo «leerá» se refiere ni más ni menos a eso; lo llama tanto «libro» como «obra de teatro». Se publicó en 1873 en una edición de cuatro mil ejemplares que se agotaron enseguida; cuando le llegó el anticipo de la segunda edición, Ibsen lo invirtió por entero en acciones de los ferrocarriles suecos. Este vasto texto dramático no es en sentido convencional alguno una obra: un director intervencionista habría tenido que escarbar y descartar gran cantidad de material excesivamente aclaratorio para extraer el drama contenido en él.

Emperador y Galileo es extremadamente ahistórico; cubre los hechos conocidos con un tupido revestimiento de preocupaciones propias del xix. Estas incluyen: la necesidad humana de autorrealización, la importancia fundamental de la voluntad y la incompatibilidad del cristianismo con «la alegría de vivir». Aparecen elementos ibsenianos recurrentes, como la mujer pura (que igual resulta que no lo es tanto) y el hijo ilegítimo (cuya existencia habría sido toda una sorpresa para la esposa real del emperador, Helena). Vemos al propio Juliano –como a Ibsen, como a Kierkegaard, pero no como al Apóstata histórico–

luchando por zafarse de una educación profundamente pietista. Uno más en la serie de reformistas idealistas pero errados de Ibsen, convencidos de poder transformar el curso del mundo con la ayuda de una mujer pura.

Al principio de la obra, Juliano consulta con su místico amigo Máximo, que invoca los espíritus de los tres hombres que más han cambiado la historia humana: aparecen Caín y Judas Iscariote, pero la identidad del tercero no se revela porque, comprende Máximo, debe de tratarse de Juliano o del propio Máximo. Este, además, desvela que la tarea histórica universal del emperador será la de combinar la sabiduría del cristianismo con la sabiduría del paganismo: una visión muy en boga en la época.

El Juliano de Ibsen dista mucho de ser aquel gobernante inteligente, clemente y pacífico que prefería aventajar a sus contrincantes con astucia, sino que se presenta como un tirano romano con todas las letras. Cuando halla la muerte en el desierto persa, no es a manos de un lancero misterioso, y mucho menos por la combinación milagrosa de dos santos cristianos. Muere asesinado por el ficticio Agatón: un amigo cercano que termina comprendiendo que el emperador es el Anticristo. Juliano, moribundo, reconoce que su tiranía ha sido contraproducente; ha alzado a los cristianos más decididamente contra él, y ha afianzado la hegemonía futura de su religión. La ley de las consecuencias imprevistas ha entrado en juego una vez más, como lo hizo en el caso de Caín y el de Judas Iscariote.

Emperador y Galileo cosechó un gran éxito como libro, pero no mucho como obra. Tardó treinta años en llegar a los escenarios noruegos; en 1903, tres años antes de la muerte del dramaturgo (y solo se representó la primera parte). Gran Bretaña ha sido siempre un leal territorio ibseniano, pero la que él consideraba su «obra maestra» no se estrenó en Londres hasta 2011. El (compasivo) crítico del *Guardian* afirmó que «no acaba[ba] de ser una obra maestra», mientras que al (no tan compasivo) crítico del *Telegraph* le pareció un «tostón casi insoportable».

Una nota al pie, de las pedantes, posiblemente. El primer artículo periodístico que publicó James Joyce fue una crítica de ocho mil palabras sobre *Al despertar de nuestra muerte* de Ibsen. La *Fortnightly Review* le pagó doce guineas por ella; Joyce tenía dieciocho años. Proclamó a Ibsen el pensador y psicólogo más importante de la era moderna: por encima, en concreto, de Rousseau, de Emerson, de Carlyle, de Hardy, de Turguénev o de George Meredith. Como es lógico, el dramaturgo recibió complacido tal valoración, y le dio las gracias cordialmente al joven dublinés. Cuarenta años después, Joyce le rendiría homenaje en *Finnegans Wake*, que contiene más de sesenta juegos de palabras con el nombre de Ibsen y los títulos de sus obras.

Por ejemplo: «for peers and gints, quaysirs and galleyliers, fresk letties from the say and stale headygabblers». Ese «quaysirs and galleyliers» hace referencia a *Kejser og Galilaeer*, el título original de *Emperador y Galileo*. De no haber muerto más de treinta años antes, Ibsen habría disfrutado con esta agotadora y juguetona inventiva.

Y así volvemos a Swinburne, y a su «Himno a Proserpina», que escuché por primera vez de boca de EF hace tantos años. En 1878, Swinburne compuso un segundo poema sobre Juliano, «El último oráculo», en el que abordaba un episodio recurrente sucedido en los comienzos del reinado de Juliano. En el año 362, este mandó a su amigo Oribasio a Delfos para que consultara a la mismísima Pitia qué posibilidades tenía en caso de proseguir con la campaña persa. Oribasio, a su vuelta, no le trae uno de esos mensajes nómicos que los adivinadores deben analizar, sino la peor noticia posible: que el oráculo, en efecto, ha echado definitivamente la persiana. Estas son las palabras de la Pitia para Oribasio:

Dile al rey que yace en tierra la gloriosa morada,
  Y que los manantiales que hablaban están secos y muertos.
Ni una celda le queda al Dios, ningún techo, ningún abrigo;
  No florece ya en su mano el profético laurel.

Oribasio se las transmite diligentemente a Juliano:

Y el corazón triste y sublime del gran rey, tu último fiel adorador,
  Sintió como esta respuesta lo hendía y perforaba en lo más profundo.
  Y hundió entonces la cabeza, desesperanzada,
    En la deriva de la marea turbulenta del mundo.

Como el «Himno a Proserpina», «El último oráculo» es un lamento por el ocaso de los antiguos dioses paganos y la llegada indeseada de la nueva religión, «el reino del Dios extraño», que ha trocado «la luz por fuego, el cielo por infierno, los himnos por salmos». Pero el poeta, aun admitiendo la derrota del paganismo frente al cristianismo, apela por encima de ambas religiones al propio Apolo, del que proviene todo canto y todo sol, y preside sobre todas las cosas: «Un Dios a otro Dios depone, descoronado, desconsagrado / Pero el alma que les confiere forma y habla se mantiene firme». El estribillo, y plegaria recurrente, del poema es: «Oh, padre de todos nosotros, Peán, Apolo / Destructor y sanador, ¡escucha!». Así, los dos poemas de Swinburne enmarcan el reinado del Apóstata: el Oráculo de Delfos enmudeciendo al comienzo de este, y el lamento moribundo del emperador al final. En realidad, ni

uno ni otro «hecho» sucedieron jamás. Del mismo modo que las famosas últimas palabras de Juliano son una invención posterior, tampoco Oribasio peregrinó nunca hasta Delfos. Al parecer, solo «recordaba» haber hecho tal cosa en edad muy avanzada, mucho después de la muerte de Juliano. Es más, en el 362, la Pitia estaba, en palabras de un biógrafo reciente, «artrítica, pero activa», y siguió regentando precariamente su negocio veinte años más.

En tiempos de Juliano, el Imperio Occidental se gobernaba desde Milán, y el Imperio Oriental, desde Constantinopla. Su ciudad favorita no se podía considerar ni mucho menos una metrópolis. Era Lutecia (la actual París), apenas una isla en el Sena, con algunas construcciones en la *rive gauche*: casas, un palacio, un anfiteatro, baños, un acueducto y un Campo de Marte en el que se ejercitaban los soldados romanos. Había incluso un cultivo modesto de higos y vides. Lo que más le gustaba a Juliano era el talante sencillo y austero de sus habitantes. No había falsedad: en Lutecia, el teatro era algo desconocido o menospreciado. El todavía futuro emperador «se indignaba al contraponer a los siríacos afeminados con la sencillez honrada y valerosa de los galos». De hecho, la única mácula en su carácter nacional era la «destemplanza».

Gibbon se permite la grata fantasía de teletransportar a Juliano al París del siglo xviii:

> Si se asomase ahora Juliano a la capital de Francia, y pudiera conversar con genios eminentes, capaces de entender y aun de instruir a un alumno de los griegos, disculparía acaso los devaneos traviesos y agraciados de una nación cuya gallardía marcial no decayó jamás con los excesos del lujo, y seguramente aplaudiría la perfección de aquel arte imponderable que suaviza, realza y embellece el trato humano.

Y puede que Juliano hubiese disfrutado también al verse agasajado por los historiadores filósofos franceses de la época. Pero ese aplauso no duró mucho. Un siglo después, sus sucesores se habían vuelto en su contra. El novelista Anatole France se revolvía de vergüenza y consternación por el trato que le dispensaban Auguste Comte y Ernest Renan al emperador. «Comte es extremadamente duro con él», señalaba. En cuanto a Renan, en sus profundas indagaciones en los orígenes del cristianismo, alude a él de un modo superficial pero constantemente despectivo. Para Renan, el cristianismo fue la máxima expresión del monoteísmo, y la tentativa de Juliano de revivir la antigua religión, «un capricho intranscendente». El paganismo estaba en un estado terminal, y el Apóstata se situó en el lado equivocado de la historia, sencillamente. Se quedó sentado en el banquillo junto con

Antíoco, Herodes y Diocleciano, «todos ellos grandes príncipes del mundo, a los que el juicio popular ha adjudicado la condena eterna». Una noche, en sociedad, France oyó que Renan «murmuraba reservadamente» a cualquiera que alcanzase a oírlo: «¡Juliano! Era un reaccionario».

France le tiene mucha más consideración: «Juliano le ha proporcionado al mundo el espectáculo único de un fanático tolerante». Pero también es susceptible a la interpretación romántica –novelística, de hecho– del emperador como un joven que le debía «la vida, y aún más» a «la Emperatriz, la sabia y bella Eusebia, que lo amaba». Cuando partió a la Galia, ella le entregó «una vasta biblioteca de poetas y filósofos», que, en palabras de Juliano, «convirtió, en lo referente a libros griegos, la Galia y el país de los celtas en un museo». France abraza una visión del príncipe filósofo en campaña, combatiendo a los hunos mientras recuerda a la emperatriz a través de la lectura de sus libros.

Y, sin embargo, hay cierta paradoja; al menos para un francés sofisticado:

> Pero de todos los hombres que le han debido su fortuna al amor, Juliano es quizás el que menos se esforzaba por complacer a las mujeres. Eusebia debía de mostrar gustos algo inusuales entre las de su sexo, para encariñarse con un joven tan austero. Juliano, bajo y achaparrado, no era atractivo y, con su descuido deliberado, hacía pasar su persona como más desgarbada de lo que lo era de manera natural. Llevaba una barba de chivo por la que no cruzaba jamás un peine. Su flaqueza era creer que una barba es filosófica cuando está sucia.

Anatole France es tan esnob como cualquier antioqueno. Está claro que el emperador no cumpliría los requisitos de un salón parisino: habría llamado la atención como un beatnik. En cuanto a lo de «bajo», medía metro cincuenta y cinco, que según Amiano era la «estatura media» de la época. A France también le echa algo para atrás la combinación de puritanismo y misticismo de Juliano: «Profundo teólogo y austero moralista, actuó de acuerdo con los impulsos de su conciencia, y con los arrebatos de un destino exaltado por el ayuno y el insomnio [...]. Nos dan escalofríos de pensar en un emperador que nunca duerme».

Aun así, France nos conduce a la pregunta abrumadora, si bien imposible de responder:

> Con todo, el helenismo, flexible en sus dogmas, ingenioso en su filosofía, poético en sus tradiciones, tal vez habría coloreado el alma humana con matices dulces y variados, y cómo habría sido el mundo moderno de haber vivido bajo el manto de la diosa bondadosa, y no a la sombra de la cruz, es un gran enigma. Por desgracia, un enigma irresoluble.

A la llegada del siglo xx, el encanto de Juliano se había ido desvaneciendo. Seguía muy presente en los círculos académicos, pero, por lo demás, había quedado reducido a una figura histórica a la que autores individuales respondían individualmente. Eso me parecía a mí, al menos. Y debo admitir también que mi entusiasmo por investigar iba de capa caída. Por ejemplo, Nikos Kazantzakis escribió una obra, sin traducción al inglés, que se representó una sola vez en París, en 1948: ¿realmente quería indagar más ahí? Había un desconcertante poema homenaje de Thom Gunn y otra docena, más lúcidos, compuestos por Cavafis. Pero flaqueé ante Kleon Rangavis y Dmitri Merezhkovski, y no profundicé demasiado en las novelas de Michel Butor y Gore Vidal. Daba la impresión de estar compilando una bibliografía de lecturas pendientes.

Pero el siglo xx alumbró a un admirador inesperado y poco grato del Apóstata. Si Juliano era un «fanático», como afirmaban algunos, ahora había atraído la atención del más fanático entre los fanáticos: Hitler.

Una cita de sus *Conversaciones privadas*, el 21 de octubre de 1941 al mediodía:

> Cuando se piensa en las opiniones sobre el cristianismo sostenidas hace cien y doscientos años por nuestros mejores intelectos se avergüenza uno al darse cuenta de lo poco que hemos evolucionado. No sabía que Juliano el Apóstata hubiera juzgado el cristianismo y a los cristianos con tanta clarividencia. Deberían leer lo que dice al respecto.

Me pregunto si se sabe quién le dio el soplo al Führer sobre Juliano. Sea como sea, volvió sobre el tema cuatro días después, por la noche, ante la presencia de invitados especiales, el Reichsführer de las SS Himmler, y el general (Obergruppenführer) de las SS Heydrich:

> Se debería difundir por millones de ejemplares el libro que contiene las reflexiones del emperador Juliano. ¡Qué inteligencia más maravillosa, qué discernimiento, toda la sabiduría antigua! Es extraordinario.

Y también, tiempo antes, la noche del 11 al 12 de julio de 1941:

> La llegada del cristianismo es el golpe más fuerte jamás recibido por la humanidad. El bolchevismo es hijo ilegítimo del cristianismo. [...] En el mundo antiguo, la relación entre hombres y dioses se fundaba en un respeto instintivo. Era un mundo iluminado por la idea de la tolerancia. El cristianismo fue el primer credo del mundo que exterminaba a sus adversarios en nombre del amor. Su idea fundamental es la intolerancia.

Hay una ironía atronadora en esta defensa de la tolerancia. Pero al menos Hitler no exterminó a sus enemigos en nombre del amor. Sin rastro de hipocresía, los exterminó en nombre del odio y la

superioridad racial. Puede que admirase al emperador, pero desde luego no lo comprendió. Como dejó escrito Juliano: «Hay que enseñar a los hombres con razones, y no con golpes, ni con injurias, ni con malos tratos corporales». Y en lo que respectaba a los galileos: «Hay que compadecer más que odiar a los que se equivocan en asuntos tan importantes».

Tres

Terminar el ensayo sobre Juliano me dejó tranquilo y animado. Por supuesto, no se lo enseñé a nadie, porque no había nadie a quien enseñárselo más que a EF. Me había interesado a mí, y con eso bastaba. Y demostraba además que yo no era el Rey –o, más bien, el Idiota– de los Proyectos Inacabados. Era el momento de seguir adelante. Si la había complacido con mi Juliano (aunque, ¿cómo lo iba a saber?), era el momento de seguir honrándola.

Chris me había preguntado, al principio, si tenía pensado escribir una biografía de su hermana. Vacilé al responder, porque me pareció una idea muy... ordinaria. El emperador Juliano me había llevado al poeta Cavafis, que escribió los siguientes versos:

> Que no intenten descubrir quién fui
> por cuanto hice y cuanto dije.

A pesar del mensaje disuasorio, acabó surgiendo un biógrafo de Cavafis de todos modos. El poeta tenía sin duda secretos, sin duda sexuales (¿y quién no?), que no quería que fuesen revelados. El poema termina con estos versos:

> Después –en una sociedad más perfecta–
> seguro que algún otro, hecho a mi medida,
> surgirá y obrará con libertad.

El propio poema tardó años en publicarse. Pero la instrucción era clara: dejadme en paz, no remováis estas cenizas. ¿Y Elizabeth Finch? Dudo que fuese tan vanidosa como para suponer que alguien «intentaría descubrir quién fue».

Elizabeth Rachel Jane Finch, decía en su partida de nacimiento; fecha, padres, nombre del funcionario del registro civil y firma. No había ningún acta de matrimonio, aunque eso no descartaba una boda mexicana con un nombre falso (posibilidades de algo así: cero). Certificado de defunción, sí. Testamento, sí: varios legados modestos, donaciones benéficas, la orden de que recibiese yo sus libros y papeles; y el resto a Christopher. Si la buscáis en Google, encontraréis un enlace a la web de un periódico donde se da una versión sesgada de La Deshonra. No estoy seguro de hasta qué punto poseo un temperamento apto para esa empresa.

Le pregunté a Christopher por sus padres. El padre se había

dedicado al comercio de pieles; era un hombre devoto y al mismo tiempo extremadamente angustiado que solo de vez en cuando era capaz de convencerse de que esa vida cómoda de clase media que había logrado para su familia quizás durara. Sus miedos estaban justificados: murió a los cincuenta y cinco de una insuficiencia cardiaca. Su madre hizo como si allí no pasara nada o, en todo caso, como si fuera una molestia pasajera, un ataque de gota. Elizabeth lo atendió en su camino hacia la muerte. Se sentaba a su lado durante horas, sin decir nada, solo esperando a que él abriese los ojos y sonriera; y entonces ella le devolvía la sonrisa. No hacía falta nada más; los dos lo sabían.

–¿Y luego?

–Mi madre siguió viviendo en la casa. Iba a la peluquería todas las semanas, supervisaba a la asistenta y al jardinero... Aunque lo de «supervisar» igual es un poco exagerado... Iba a la tetería, jugaba al bridge, se unió a la asociación benéfica local contra el cáncer. Pero tampoco creo que recaudar fondos fuera su fuerte. Y mi padre no había muerto de cáncer, además.

–¿Y Elizabeth?

–Iba de visita cada mes y medio o así. Por pura obligación. No creo que hubiese ni rastro de compasión ahí. O de interés. Ni por un lado, ni por el otro. Madre podía ser... egocéntrica. Y Elizabeth... puntillosa. ¿Es esa la palabra?

Me reí. Lo sabía de sobra.

–Eso era lo que le despertaba mi madre. No es que se avergonzara de ella, eso sería faltar a la verdad. Pero era como si no acabara de creerse que su madre fuese su madre, no sé si me explico.

–¿Un sentimiento que tú no compartías?

–Bueno, yo soy un tipo sencillo. Me lo tomo todo tal como viene, e intento juzgar lo menos posible. Y, a fin de cuentas, para un chico una madre siempre es una madre, ¿no?

No respondí. En mi caso... Bueno, mi caso no es relevante. Me caía bien Christopher Finch, aunque dudaba que fuese ese tipo sencillo que aseguraba ser. Costaba creer que su hermana hubiese acaparado todas las complejidades y sutilezas disponibles en sus genes compartidos.

–Y... ¿cómo acabó la cosa?

–Mi madre... Es curioso, lo de las organizaciones benéficas con las que uno colabora, ¿verdad? O sea, yo dono dinero a Dr. Barnardo porque agradezco enormemente haber crecido en un hogar estable. Y también a los de salvamento marítimo, porque tengo la sensación de que eso impedirá que me vea nunca en un naufragio. Aunque no es que vaya en barco muy a menudo, precisamente. Puede que en ferry, de vez en cuando... Y tampoco es que crea que haya que acercarse a la caridad con supersticiones. Pero, en fin, mi madre enfermó de cáncer,

qué irónico, ¿quién lo iba a imaginar? Liz siguió visitándola tanto, o tan poco, como antes. Yo tomé el mando. Los médicos, la residencia, los poderes notariales, todo eso. El funeral. Los abogados.

–¿Te puedo preguntar qué decía su testamento? ¿Y el de tu padre, ya puestos?

–Mi padre se lo dejó todo a mi madre. Mi madre dejó dos terceras partes para mí, una sexta parte para Liz y una sexta parte para donaciones.

–¿Y Elizabeth qué dijo?

–Dos palabras: «Perfectamente justo». Aunque sabía que a papá no le habría gustado. Me ofrecí a darle una parte, para repartirlo al cincuenta por ciento, que es sin duda lo que mi padre habría querido, pero ella se negó. «Hay que acatar sus deseos», dijo Liz, y así quedó la cosa. Fue un alivio para mí, la verdad, teniendo mujer y dos hijos.

–Qué generoso por su parte.

–Bueno, sí y no. No pensé, y no pienso, que lo hiciera exactamente por *mí*. Lo hizo porque creyó que era lo correcto. Además, a Liz la idea de disputar el testamento de su madre le habría parecido...

–¿Vulgar? –Empleé el término en el sentido estricto y fincheano de moralmente sórdido, aunque Chris no tenía por qué saberlo.

–Algo así. Y, por otro lado, siempre nos llevamos bien, Liz y yo. Aunque fuera con sus condiciones. Desde que aprendió a hablar, en realidad.

–¿Y a ti te molestaba?

Lo pensó.

–Supongo que debía de molestarme, en algún rincón de mi cabeza, puede que muy en el fondo. Yo era un niño, un adolescente normal, así que supongo que sí. Pero es que era Liz, ¿entiendes?, y yo la admiraba desde muy pequeño. Además, nuestros padres nunca hicieron ningún comentario, ni criticaron ese... arrogamiento de... poder, así que para mí era lo normal.

Parecía estar muy lejos, de vuelta en su infancia, pensativo.

–¿Recuerdas que mostrase interés por la historia de los orígenes de la Iglesia?

Salió de sus ensoñaciones.

–Será broma, ¿no?

De los cuadernos de EF:

–Como es evidente, añaden, no ha tenido hijos, y aunque lo tenga «aceptado», una mujer sin hijos está siempre, a cierto nivel, esencialmente frustrada, ¿no es así? Qué mezcla tan interesante de condescendencia y paranoia.

–No tengo nada en contra de los niños, se comprende. Soy una tía y una madrina competente y cariñosa. Es solo que tardan muchísimo en crecer. Y van

pasando cumpleaños. Infinidad de cumpleaños, y todavía ni un atisbo de la edad adulta. Menudo error de diseño.

–Un supermercado de religiones, con todas las alternativas a elección del consumidor.

–Todos los años, por mi aniversario, vacío los armarios y estanterías. Es como un acto de higiene personal. Y a veces me pregunto por qué mis seres cercanos creen que necesito tantas velas aromáticas, tanta crema hidratante, tantas mermeladas de ingredientes inverosímiles, tantas latas de esto a la trufa y de aquello a la trufa cuyo contenido en trufa, cuando miras la etiqueta, resulta ser aproximadamente de un 0,05 por ciento.

Y aquí la tenemos elaborando paso a paso una lección:

–Si las Iglesias no hubiesen sido tan monoteístas y opresivas, si no se hubiese expulsado a los que No Son Como Nosotros, si los británicos se hubiesen mezclado sin tantas reservas, la miscegenación habría pasado a ser normal, y la blancura no sería ningún indicador de superioridad. De ahí una sociedad con menos marcadores visibles de estatus y de dinero y de poder. La historia británica podría haberse convertido, por tanto, en la historia de un país que aprendía de la otredad, en lugar de desdeñarla y reprimirla. En lugar de un país conquistador, visto desde fuera con todo lo que va de un respeto cauteloso a una profunda aversión, un país que lideraría el mundo (o parte de él) de un modo distinto: como un ejemplo de esas virtudes –que, aunque frecuentes en sociedad, quedan a menudo eclipsadas– de la tolerancia y el liberalismo, un país abierto cordialmente a los demás. Es más difícil lograrlo desde nuestra posición actual. Hay mucha autopropaganda que desaprender, mucha mala interpretación de la propia historia. Todo esto, por descontado, si se afirmara públicamente, atraería la anatemización habitual: derrotistas, acomplejados, progres, enemigos del Estado que quieren aguar la verdadera sangre inglesa y británica. Pero los test de ADN son para los «blancos» una invariable sorpresa que les muestra su multiplicidad de «orígenes». El disparate de la pureza racial. En su lugar, una exaltación de lo que los fantasiosos conservadores llamarían «el Estado mestizo»: no es ninguna ambición, sin embargo, sino más bien una constatación de lo que ya está ahí de todos modos y en todas partes.

En uno de nuestros almuerzos italianos, sin saber nada de su familia, o de cómo de unida pudiera estar, le pregunté a EF qué planes tenía para Navidad.

–El día de Navidad, visito enfermos en el hospital.

–Eso es muy... cristiano por su parte –respondí, descolocado.

–La caridad no es ni mucho menos exclusiva de la religión cristiana.

Luego me descubrí pensando cómo debía llevarse con algunos de esos pacientes ingresados. ¿Cuántos querrían hablar de literatura europea? ¿Se pondría alguna insignia navideña? Pero me lo estaba tomando a risa, y además no la estaba valorando en su justa medida. A algunos debía de encantarles aquella serena aparición; puede que incluso notaran, de algún modo, que ella no iba a juzgarlos.

Fácilmente sería preferible a un capellán de hospital blandengue y afectado.

Le dije a Chris, después de unas cuantas copas de vino blanco de la casa:

–Oye, igual está un poco fuera de lugar...

–Dispara.

–Vuestra familia era... judía, ¿verdad?

–¿Judía?

–Sí, tu hermana dijo algo en clase una vez.

–¿Qué fue lo que dijo?

Le ofrecí una versión bastante retocada del intercambio de comentarios entre EF y Geoff.

–No, en absoluto. –Parecía desconcertado, más que ofendido–. ¿De dónde has sacado esa idea? Supongo que Liz era misteriosa e inteligente...

Nos miramos el uno al otro, ambos igual de sorprendidos. Pero Chris, había descubierto, pocas veces se molestaba; prefería convertir en un chiste oscuro de la vida.

–O sea, si me estás pidiendo que me baje los pantalones...

–Lo siento, evidentemente fue un equívoco tremendo.

Más tarde pensé que nada de equívoco tremendo. Tuvo que ser una mentira deliberada por parte de EF. Había dicho aquello, que había perdido a miembros de su familia, y se había marchado. Y en mitad del silencio, Geoff había soltado: «¿Cómo iba yo a saber que era judía?». Nunca lo puse en duda, y los indicios posteriores no hicieron más que confirmarlo: el padre peletero que debía de haberse cambiado el nombre, la madre consentida y quejicosa (que no deja de ser un cliché familiar en otras culturas...).

Pero ¿por qué? Di con una respuesta sencilla y con otra que iba más allá. La sencilla era esta: a EF le pareció que Geoff estaba fanfarroneando y decidió bajarle los humos. Hum. La que iba más allá: fingía ser judía; o, por decirlo de un modo más contundente, había decidido hacerse pasar por judía. De nuevo, ¿por qué? ¿Para plantar cara al antisemitismo inglés cuando este asomara? Eso no tenía mucho sentido. Quizás tenía que ver con el artificio, con la construcción de uno mismo, en cierto modo. De nuevo, ¿por qué? ¿Dónde estaba la ventaja, si ese era el caso, de fingir que era judía, no practicante, integrada? ¿Era una marca de estilo, como el peinado y los brogues? EF era una persona demasiado seria como para hacer eso, ¿verdad? A no ser que hubiese tomado la decisión cuando era más joven y menos

seria y hubiese quedado atrapada ahí.

Decidí aparcar el asunto.

A veces me pregunto cómo lo hacen los biógrafos: componer una vida, una vida viva, una vida coherente, a partir de todos esos datos circunstanciales, contradictorios y perdidos por el camino. Deben de sentirse como Juliano de campaña con su séquito de adivinadores. Los etruscos le dicen una cosa, los filósofos le dicen otra; los dioses hablan, los oráculos se muestran mudos o indescifrables; los sueños lo previenen de tal camino, las visiones lo empujan por aquel otro, las vísceras de los animales son ambiguas; el cielo dice esto, la tormenta de arena y el rayo admonitorio insisten en lo contrario. ¿Dónde está la verdad? ¿Dónde está el camino a seguir?

O puede que un relato coherente sea una ilusión, como intentar reconciliar juicios contradictorios. Tal vez también sea posible describir a una persona por medio de una mera lista de hechos indicativos, problemáticos. Por ejemplo:

> –Cuando ejerció de juez en Antioquía, el emperador se puso a sí mismo una multa de diez libras de oro por haber infringido sin darse cuenta la autoridad de otro magistrado.
>
> –Juliano tiene algo cromwelliano: es austero, puritano, despiadado en el combate. Fijémonos en este fragmento, en el que se queja del retrato excesivamente favorecedor que le ha hecho un artista: «¿Por qué, amigo mío, me has dado una forma distinta a la mía? Píntame exactamente como me veas». Con todas las imperfecciones.
>
> –El éxito de su reforma del sistema tributario se basó en un conocimiento perspicaz de la naturaleza humana y la economía. Muchos ciudadanos creían que pagaban demasiados impuestos, de modo que ocultaban sus posesiones de valor y no declaraban todos sus ingresos. La respuesta tradicional de los recaudadores consistía en incrementar sus requerimientos para compensar ese déficit. Juliano, sin embargo, comprendió que, si bajabas los impuestos, era más probable que los ciudadanos pagaran lo que se les pedía; serían más honestos, y el sistema fiscal les parecería más justo.
>
> –Tras el asalto y saqueo de Maogamalca en el año 363 d. de C., Juliano renunció a su parte del botín. «Solamente se reservó tres monedas de oro y un niño mudo, dotado de ademanes graciosísimos y elocuentes, declarando que estaba suficientemente recompensado por su victoria.»

¿Nos hace avanzar esto? ¿Es destilación o mera dispersión? ¿Son pequeños incidentes (y se podría llenar un libro con ellos) que encajan entre sí, o una simple recopilación de fragmentos? ¿O solo sirve para suscitar más preguntas? Por ejemplo, ¿qué pasó con ese niño mudo tras la muerte de su amo?

No sabía por dónde tirar; la desesperación nacida de la duda cayó sobre mí. Y entonces recordé haber leído en alguna parte que los panegiristas romanos, cuando celebraban y revivían a los prohombres fallecidos, recurrían a una secuencia de convenciones y clichés

retóricos. Era sabio de este modo, justo de este modo, valiente de este modo, virtuoso de este modo. Y así el rostro picado de viruela y carbunco del difunto quedaba igualado con una pasta lisa, para idealizarlo e inmortalizarlo lo mejor posible. Pero –y ahí está la clave– se trataba de un patrón de características aplicado previamente a otros, y que se reciclaría para usarlo con futuros muertos ilustres. En consecuencia, era imposible, en términos modernos, «comprenderlo». Qué distinto, tal vez, de los sujetos de la biografía moderna, y de la gente viva que nos rodea. O muy posiblemente no.

Siempre que pensaba en su pasado, este quedaba determinado por o reducido a la búsqueda del hombre del abrigo cruzado. Aquella imagen que me había proporcionado Chris colgaba ante mí como un enigma pictórico. ¿Cómo podría dar con él? Me llevó numerosas horas de cavilaciones, hasta que caí en la cuenta de que EF debía de tener una agenda, y aunque ni mucho menos aparecería en la H de HDAC, había muchas posibilidades de que su nombre figurase allí. A no ser que estuviese muerto, claro, o, más bien, aunque lo estuviese.

Era un objeto pequeño, encuadernado en tela gris, y organizado de un modo característico. Los nombres de amigos y colegas estaban escritos a tinta, con esa caligrafía a medio camino entre la cursiva y la itálica. Los de comerciantes y profesionales estaban escritos a lápiz; su tiempo de vida útil se suponía pasajero. Su familia estaba en la F; sus vecinos, en la V. Una parte de los listados aparecían entre corchetes a lápiz. Debían de ser los muertos, que habían recibido un trato más amable que el de tachar sencillamente sus nombres. También me resultó extraño ver allí mi propio nombre, lo que me convertía en una especie de presencia objetiva. Me pregunté por un momento en qué momento alguna mano celestial encerraría entre corchetes mi existencia.

Al fin tenía una excusa razonable para telefonear a gente a la que no conocía de nada. Era uno de los antiguos alumnos de EF que había seguido en contacto con ella. Tenía intención de escribir una breve biografía porque, como convendrían, estaba seguro, era una de las personas más originales que había conocido en la vida. Y, entonces, si los veía receptivos, les preguntaría humildemente si sería posible ir a visitarlos.

Esa era la teoría, al menos. Pronto descubrí que no todo el mundo compartía mi entusiasmo por EF; también que llamar por teléfono a alguien, así, de la nada, podía parecer una impertinencia; mientras que otros actuaban como si mi humildad y cautela indicaran cierta falta de profesionalidad. Era cierto que no resultaba tan implacable como un investigador propiamente dicho. Las respuestas iban del «Llámeme si y

cuando tenga un contrato; no, no me llame, mejor mándeme una carta» al «Bueno, apenas me acuerdo de ella, pero si quiere pase a tomar un café alguna mañana», esto último, una persona que vivía a cuatrocientos kilómetros. A veces, casi me sentía tentado de decir: «Déjeme que vaya al grano, ¿tiene o ha tenido alguna vez un abrigo cruzado? Y ¿fue usted el amor de su vida?».

Hace años, tuve un amigo actor que, cuando se juntaba con nuevas compañías, a medida que avanzaba la noche, a veces les preguntaba a los que quedaban: «¿Alguna vez os han roto el corazón?». Algunos recordaban que tenían que levantarse temprano a la mañana siguiente; otros respondían que eso era un asunto personal, muchas gracias. Los pedantes dudosos demoraban el interrogatorio pidiendo definiciones, términos y condiciones. Pero yo admiraba en mi amigo ese movimiento transgresor, y los que se quedaban, ya fuese por sinceridad innata o envalentonados por el alcohol, generaban a menudo una conversación de susurrante intensidad, alentada por la obvia disposición del presentador a exponerles la forma y frecuencia con que a él mismo le habían roto el corazón.

Me preguntaba a veces cómo habría reaccionado EF ante semejante invitación. Algunos dirían que esta mujer elegante y desenvuelta se habría marchado sonriendo a la cama. Pero mi teoría es que habría respondido al gesto llano de mi amigo con igual franqueza. Y que habría dejado anonadados a los presentes: no por cómo y a quién hubiese amado, sino por la claridad de su visión y su falta de autocompasión.

Tal como me lo imagino. El hombre del abrigo cruzado. La actitud –me atrevería a aplicarle este adjetivo– coqueta de Elizabeth Finch. La de una amante, sin duda. Y es evidente que esto no es el comienzo, ni el final, de su relación. Ni tampoco era como pillarlos *en flagrant délit*, como habría dicho ella. Le pregunté a Christopher si llevaba equipaje; me dijo que no lo recordaba. Pero dado que los hermanos habían almorzado juntos, seguro que se habría fijado en su bolso de viaje, de haberlo llevado.

Ella extiende las manos, boca abajo. Él coloca las suyas, palma contra palma, debajo. Ella se apoya para auparse de puntillas sobre un pie, mientras la otra pierna, casi por voluntad propia, se dobla por la rodilla y asoma por detrás, como la de un flamenco. No es, claramente, un gesto aislado; es su manera de despedirse y, sin duda, de saludarse, también... Y se ha convertido ya en una imagen fija en mi cabeza. No como si yo mismo hubiese presenciado la escena: más bien como si

examinara una fotografía o un corte de vídeo granulado. Termina con ella mirándolo mientras se aleja.

Puede que fuese el final de una cita improvisada. Él es un hombre ocupado. El lugar es un vestíbulo concurrido, donde es poco probable que los vean. Aun así, corren el riesgo de que Christopher se presente antes de tiempo. Llego a la conclusión de que el hombre está casado o, al menos, de que tiene una relación con otra persona. No dispone de mucho tiempo. Ella está profundamente enamorada. Lo sigue con una mirada anhelante cuando él se marcha.

O tal vez sea al revés. Él ha cruzado corriendo la ciudad para robarle un espresso rápido antes de que llegue Chris. Está profundamente enamorado. Acaban de compartir un par de momentos maravillosos en un día por lo demás sombrío. Cuando se marcha, no se vuelve a mirarla, porque es por naturaleza discreto y precavido. *O*... no se da la vuelta porque separarse de ella, aun si la verá de nuevo mañana –aun si tienen planeado un viaje al extranjero que incluye un coche cama en primera clase–, es tan doloroso que ese último vistazo solo serviría para exacerbar el dolor. Podría sollozar; podría soltar un alarido en público. Y no tiene ni mucho menos la capacidad de ella para el estoicismo.

Nos preguntamos –me pregunto yo, mejor dicho– por qué, si era tan estoica, le pidió al médico que le practicara la eutanasia cuando llegase el momento. ¿No se supone que los estoicos deben soportar estoicamente cuanto les suceda? O igual los estoy confundiendo con esos cristianos que creen que todo es la voluntad del Señor, y que deben padecer los dolores de la muerte porque eso forma parte del plan que Él tiene para ellos. Un plan divino que incluye unos cuantos miles de respiraciones martirizantes, languidecientes más, así como un dolor que la morfina no es capaz de contrarrestar, y un terror mortal, todo ello para que alcancen a comprender el designio que les tiene reservado el Señor cuando hereden la Tierra y los envuelva el abrazo celestial («¡Venciste...!»). No, de acuerdo con la filosofía de Elizabeth Finch, unas cosas dependen de nosotros, y otras cosas no dependen de nosotros. Un estoico tiene agencia: esto de morir es insoportable, y absurdo, y una pérdida de tiempo enorme para todo el mundo, incluida ella, de modo que propone –no, exige– que convengamos en ponerle fin. Solo que ya no tiene agencia; esa agencia ha pasado a otras manos, unos poderes notariales transferidos con su consentimiento. Y luego está la suerte o la desgracia de a qué manos médicas vayamos a parar.

Esta historia no va de mí, como he mencionado ya. Mi vida me ha ido parecido interesante sobre la marcha, pero carece de interés objetivo para los demás. Ha seguido una gráfica predecible de expectativas y decepciones, repetidamente. Pero una cosa diré: esa cita famosa según la cual todas las familias felices son felices de la misma manera, y todas las familias infelices son distintas entre ellas... Siempre he pensado que el autor lo entendió al revés. La mayoría de las familias infelices con las que me he encontrado –incluidas dos de las mías– han sido infelices siguiendo una fórmula bastante repetitiva; mientras que las familias felices, lejos de ser una norma complaciente, a menudo son el resultado de un carácter y un esfuerzo activo e individual. Pero hay también una tercera categoría: las familias que fingen ser felices, o que recuerdan equivocadamente que en su día lo fueron: «¡Interpretar mal la propia historia forma parte de ser una familia!». Sin embargo, no creo que exista ninguna familia feliz que afirme falsamente que es infeliz. Pero eso es irse un poco por las ramas.

Volviendo al tema: al cabo de unos días, seguí pensando en lo del judaísmo. EF decía la verdad; era su hermano el que mentía. Sí, Chris, el inglesísimo, el rubio, el campestre, el que esquivaba deliberadamente el pensamiento elevado y la alta cultura, el achispado, el tipo sereno que vivía en un pueblo de Essex y se ofrecía entre bromas a bajarse los pantalones. Él, y no ella, era el fraude. No, esa palabra es demasiado condenatoria. Más bien él era, de los dos, el que se había construido a sí mismo; el que, en palabras de EF, había asentado su autenticidad por medio del artificio. Pero si se lo hubiese soltado así, se habría mostrado apabullado y habría hecho su numerito en plan *demasiado para mí, amigo*, con el que me habría engañado por completo, como era su intención.

Y luego seguí pensando. Prefería creer a EF. A fin de cuentas, ella siempre decía la verdad. Menos cuando no lo hacía. Por ejemplo, cuando Chris le había preguntado quién era el hombre del abrigo cruzado, y ella le había respondido: «Ah, ¿ese? No era *nadie*». Mentira, claramente; pero ¿es que hay alguien que no haya mentido nunca en cuestiones de amor y sexo? Supongo que todo se reduce a qué y a quién crees. Y la muerte cambia las cosas. La fe póstuma cimenta de algún modo la autenticidad.

Sucedió así. Ella escribía de vez en cuando para la *London Review of Books*. Habían puesto en marcha un ciclo de charlas, y la invitaron a participar. Le ofrecieron unos honorarios; ella los rechazó, al tiempo

que ponía una sola condición: que no se grabase el acto de ninguna manera. Para ella, esas ocasiones eran especiales: aunque «públicas», eran también privadas. La gente habría hecho un esfuerzo para ir escucharla, así que ella, en respuesta, hablaría solo para ellos. Puede que fuese una ingenuidad por su parte. Pero, por otro lado, no siempre tenía tanto mundo como les parecía a sus alumnos.

Yo me enteré por un pequeño anuncio. Naturalmente, EF jamás me habría dicho: «Por cierto, voy a dar una charla, y me encantaría que asistieras». Semejante petición le habría parecido no solo lastimera, sino manipuladora, una interferencia en mi vida.

Ella quería titular la charla «Pálido Galileo, tú venciste», pero la *LRB* lo modificó ligeramente y lo dejó en «¿De dónde proviene nuestra moral?». Me senté a una buena distancia de su campo visual, con la cabeza ladeada. Era como volver a clase con ella, pero sin los nervios. Esta vez, me sabía la historia. Empezó por la muerte de Juliano en el desierto persa, y el desastre que había supuesto esta para el paganismo y el helenismo. El triunfo –y la catástrofe– del monoteísmo. Cómo la hegemonía y la corrupción del cristianismo habían conducido «a la cerrazón de la mente europea». Que Juliano era moralmente superior a toda una sucesión de papas. Que la alegría –sí, dijo expresamente «alegría»– había huido de Europa, salvo por vestigios paganos permitidos como el carnaval. La naturaleza tiránica tanto del catolicismo como del protestantismo. La vergonzosa persecución y expulsión de los judíos y musulmanes. La certeza fundamental de que el origen de nuestras posturas y conductas morales residía mucho más en el pasado de lo que la mayoría éramos conscientes; por desgracia, no tan atrás como el breve reinado de Juliano el Apóstata.

Esa charla, normalmente, no habría atraído ningún tipo de cobertura por parte de la prensa; puede que el provecto redactor de clásicas del *Times* le hubiese dedicado unos cientos de palabras. Pero era verano, el Parlamento estaba de vacaciones y por una vez no había ninguna guerra en la que estuviesen implicadas tropas británicas, ni tampoco el secuestro de ningún niño por resolver. Los periodistas estaban en plena sequía estival. Y estaba también el hecho de que la *London Review of Books* despertaba enormes recelos entre ciertos elementos de la prensa de derechas, que la consideraban un nido de izquierdistas, subversivos, pseudointelectuales, cosmopolitas, traidores, embusteros y alimañas antimonárquicas. Además, hay que tener en cuenta el tradicional gusto inglés por entregarse a arrebatos públicos de moralismo.

El titular decía: ESTA PROFESORA CHIFLADA AFIRMA QUE LOS EMPERADORES ROMANOS SE CARGARON NUESTRA VIDA SEXUAL. Os será fácil imaginar cómo los datos serios y las conjeturas de EF se convirtieron en material escandaloso. Por ejemplo, el poeta Swinburne era un conocido

homosexual con debilidad por la flagelación: ¿era esa la idea que tenía la profesora de un honorable caballero inglés cuyas opiniones cabía pararse a considerar? Por ejemplo, ¿a qué narices se refería con lo de «el cierre de la mente europea», cuando esta había alumbrado a Shakespeare, Leonardo Da Vinci, Dante, Beethoven, Darwin, Issac Newton y tantos más? Por no mencionar a los Monty Python, un contraejemplo muy instructivo frente a dicha «Profesora chiflada» y sosaina. En cuanto a la teoría de que lo que hacíamos en la cama estuviese influido de algún modo por lo que pensaran en su día cristianos y papas que llevaban siglos muertos era, en palabras de un columnista, «una sarta de imbecilidades».

El tema cogió un vuelo repentino. Se plantaron en la puerta de Elizabeth Finch y la fotografiaron del modo más desfavorecedor posible. Los reporteros destaparon las declaraciones de un «exalumno» que aseguraba que EF se había «burlado» en una ocasión de la muerte de su padre en combate y se había «jactado» de las muertes de sus propios parientes en campos de concentración al tiempo que les recomendaba leer *Las conversaciones privadas de Hitler*. Lanzaron preguntas como: «¿Es Elizabeth Finch su auténtico nombre?» (¿o sería Jessica Finkelstein, antes de cambiárselo?). Cierto opinador describió su ataque contra el monoteísmo como una «apuesta por el mestizaje de nuestra cultura y nuestra civilización típico de la clase intelectual cosmopolita. Alardean de ser ciudadanos del mundo, pero no son ciudadanos de ninguna parte, y serían capaces de convertir todas nuestras estimadas parroquias inglesas en "centros multiconfesionales"». Un periódico pedía que despidiesen a EF de la Universidad de Londres. Cuando alguien señaló que se había jubilado hacía ya varios años, pidieron que le retuviesen la pensión. El *Guardian* sacó un editorial sobre la libertad de expresión, mientras que, desde la facción más amarillista, un periódico publicó en portada dos fotografías: una de EF, en la puerta de su casa, con gesto cansado y alarmado, y, al lado, otra de una «modelo glamurosa» que había hecho una vez un «casting para chica Bond» y pronto publicaría un libro con sus «secretos de belleza». El texto al pie decía: «¿Quién tiene pinta de saber más del Amor y el Sexo: la Profesora Liz o la Voluptuosa Linzi? Ustedes deciden». Había un número para llamar y «dejar grabada su opinión». El *Guardian* señaló que tanto la editorial de Linzi como dicho periódico eran propiedad del mismo billonario defraudador y con residencia en el extranjero, pero a pocos les pareció un dato relevante en la historia.

La propia EF no dijo nada; le pidió a la *London Review of Books* que no se pronunciase. Le propusieron publicar su charla en forma de panfleto; se negó.

Cuando se calmó todo aquel follón, le mandé una carta de... ¿qué?

¿De condolencia? Era difícil encontrar el tono. Demasiada comprensión –o incluso la dosis exacta de ella– podía dar a entender que era un ser frágil y débil. Uno, además, ingenuo frente a la crueldad ocasional del mundo. Tal vez, incluso, desprovisto de la fortaleza moral para sobreponerse a lo que yo había pasado a denominar La Deshonra.

Para mi sorpresa, me llamó por teléfono. Un suceso insólito en una relación que se desarrolló principalmente a través de cartas y almuerzos.

–Optaron por no entender nada –dijo en un tono bastante calmado, como si que la tratasen con mofa y desdén fuese un aspecto normal en la vida de una académica jubilada–. Es muy amable por tu parte que te disgustaras por mí, pero innecesario. Optaron por no entender nada.

Y luego, una vez transmitido el mensaje, colgó, y no se volvió a aludir nunca más al asunto.

No tengo manera de demostrar que aquello la empujase más –todavía más– a ser una ermitaña. El patrón de sus días había quedado decidido hacía mucho y no varió. Pero, desde luego, no volvió a dar ninguna charla, ni a publicar nada –ni siquiera la reseña de un libro– después de aquello.

Como no podía hablarlo con ella, volví a las palabras clave del *Manual* de Epicteto. «Unas cosas dependen de nosotros; otras no dependen de nosotros.» Lo que depende de nosotros es «por naturaleza libre, no sometido a estorbos ni impedimentos», mientras que lo que no «es débil, esclavo, sometido a impedimentos, ajeno». Solo podemos ser libres y felices si aceptamos esta diferencia esencial entre lo que está en nuestra mano cambiar y lo que no. Entre las cosas que «no dependen de nosotros» están «el cuerpo, la hacienda, la reputación, los cargos». *La reputación*.

Y lo segundo que pensé fue esto: al margen de lo anterior, y del conocido carácter y la mentalidad de EF, y de la respuesta que me dio al teléfono, aun así, aun así, yo veo lo que le sucedió como una especie de martirio. Igual os parece –sin duda, a ella se lo parecería– una exageración retórica. A fin de cuentas, no murió nadie; y ella tampoco deseaba convertirse en víctima o en mito. Pero no dejó de ser un vulgar señalamiento público, y una ridiculización de todo en lo que ella creía. Así que me quedaré con lo de martirio, si no os importa.

Una última reflexión. Sobre La Deshonra. EF se retiró; estuvo, en adelante, menos en el mundo. Pero *no perdió ninguna honra*.

Años después, tras su muerte, saqué el tema mientras almorzaba con Chris. Lo abordé con mucho cuidado, porque sospechaba que el periódico que leía Chris era el que lo había iniciado o, por lo menos, el

que lo había atizado más.

–Cuando tuvo aquel pequeño problema... Ya sabes, aquella charla que dio... ¿Habló contigo? Es decir, conmigo no quiso hablarlo, y no tenía por qué.

Mi falsa modestia era un pelo hipócrita, y nada fincheniana.

Guardó silencio por un momento.

–Lo vi en los periódicos, claro. Leí los titulares en diagonal. No lo seguí realmente. Lo único que pensé fue: qué cabrones llegáis a ser. ¿Qué había hecho Liz para merecer eso? Dejé de comprar el periódico... Unas semanas, al menos. Igual tú me puedes explicar de qué iba todo aquello.

Eso no me la esperaba. Empecé a hablarle de Juliano el Apóstata y de los galileos, pero me interrumpió enseguida.

–No, en realidad no quiero saberlo. Me pareció repugnante que pusieran su foto al lado de una tipa medio desnuda con todo asomando del bañador. De todos modos, estoy seguro de que lo que dijo Liz era demasiado complicado para ellos.

–¿Hablaste con ella del tema?

–Le mandé una postal. Tardé una semana o así en tener noticias suyas, cosa rara, porque acostumbraba a responderme siempre a vuelta de correo. Del escritorio a la papelera. –Sonrió de pronto–. Total, unos días después, recibí una carta breve. Muy a su estilo. Decía que lamentaba haber deshonrado a la familia... No, no lo dijo con esas palabras, dijo que «le dolía haber mancillado el honor familiar» y que esperaba que no nos expulsaran a todos del pueblo. Bueno, eso no era muy probable. Al fin y al cabo, Finch es un apellido bastante común y, como he dicho, ella no asomaba nunca la cabeza por Essex, o llevaba años sin hacerlo. Ah, sí, y firmaba: «Tu pecadora pero impenitente hermana, Elizabeth».

–Muy propio de ella.

–Sí. Me animó, si te digo la verdad. Vi que aquellos cabrones no habían podido con ella.

–¿Y después?

–Después seguí subiendo a la ciudad para compartir con ella un almuerzo abstemio. Y ella siguió llevando a los niños por ahí, aunque ya se estaban haciendo mayores.

–Solo por curiosidad..., ¿por qué aceptabas lo de almorzar sin alcohol? A ella no le habría importado que bebieras.

Lo pensó.

–Porque me reportaba una especie de placer. Yo no tengo *necesidad* de beber con la comida, solo lo prefiero. Y me gustaba que a Liz nunca se le hubiese pasado por la cabeza que yo pudiera querer. Estaba ahí sentado y pensaba: «Eres más lista que yo, y más joven que yo, y te quiero como a una hermana, pero no lo sabes todo». Y eso, por curioso

que parezca, hacía que la quisiera más. Qué rara, la vida, ¿no te parece?

Estuve de acuerdo con él.

Esta última conversación (y su inesperado desencadenante) me dejó pensando en los secretismos del amor; el no mostrar y el no decir. No me refiero a lo del Amor Que No Osa Pronunciar Su Nombre y esas cosas, sino a los placeres cotidianos de –¿qué?– una suerte de ocultamiento elegido. He dicho que yo amaba a Elizabeth Finch; como mínimo, estoy bastante seguro de que la amaba, y la amo todavía, más allá de la muerte. Fue un amor que nació en el aula, pero no era ese amor juvenil, ese amor adolescente que sienten los niños por sus maestros. A fin de cuentas, yo ya tenía treinta y tantos años. No era en absoluto como el amor conyugal; no, al menos, como el que yo he experimentado. Tampoco era un amor fantasioso, a pesar de mis pequeñas ensoñaciones sexuales. (Una confesión: pensaba siempre, en momentos de ociosa especulación, que en el caso improbable de que me acostara con ella, seguiría llamándola «Elizabeth Finch»; nombre y apellido. Y en esos sueños difusos descubrí que ella respondía bien, y que, bajo las sábanas, la formalidad del tratamiento mutaba, y esas dos palabras adquirían un tinte íntimo, provocador, sexy. Sacad las conclusiones que queráis.) Tampoco mi amor era iluso en modo alguno. Ni que decir tiene que nunca lo hablé con ella; pero de haberlo hecho, ella habría acercado la mano por encima de la mesa, como había hecho con Linda, para colocarla junto a la mía, y habría dicho: «Es lo único que importa». Lo que, supongo, no habría sido un flirteo incitador, sino más bien la simple constatación de un hecho aceptado.

¿Y en qué categoría entraba mi amor por EF? Bueno, yo lo definiría como romántico estoico, eso sería lo apropiado. ¿Y la quise más que a alguna de mis esposas? Digámoslo así: una parte del amor consiste en que la persona a la que amas te sorprenda, aunque la conozcas a fondo y muy bien. Es una señal de que el amor sigue vivo. La inercia mata el amor; y no solo el amor sexual, sino todas las clases de amor. En mi experiencia, las «sorpresas» del amor conyugal, pasados los primeros años, resultan ser a veces simples rarezas; peor, la expresión de alguien no solo aburrida con su marido, sino también consigo misma; con la vida misma, de hecho. No llegué a entenderlo en el momento, claro está. Las sorpresas de EF eran de otra clase. Hay gente que prefiere los libros a la vida, que recelan de implicarse de un modo más profundo, más turbulento. No creo que yo sea así; pero es cierto que tal vez prefería amar a EF que amar a cualquier otra persona que haya conocido, antes o después. No quiero decir que la quisiera *más* –eso no sería plausible–, sino que la amé concienzudamente: a conciencia y

totalmente.

Era, sin más, la persona más adulta que me he encontrado nunca. Tal vez la única persona adulta. Desde luego, le daban igual el fútbol, los chefs estrellitas, los dictados cambiantes de la moda, los cofres de DVD o los cotilleos. Había optado mucho tiempo atrás por mostrar un interés distanciado por las frecuencias habituales en que oscilaban las preocupaciones humanas (y no, no era para nada una esnob). Tan solo escogió la visión más profunda, más elevada. Recuerdo que una vez estábamos hablando –no, yo estaba despotricando– de un ministro que, por alguno de los motivos de costumbre, había mancillado la reputación de su ministerio. Callé un momento y le pregunté:

–Supongo que debes de despreciar a los políticos.

–¿Por qué diantres supones eso?

–Porque son corruptos, vanidosos, incompetentes y solo buscan su provecho.

–No estoy de acuerdo. Creo que la mayoría tienen buenas intenciones, o creen tenerlas. Y eso hace que su tragedia moral sea aún más digna de compasión.

¿Veis lo que digo? El brillo de su formación, el lustre de su cerebro.

Otro recuerdo. Tenía los ojos marrones, y parecían más grandes que los de otra gente porque daban la impresión de estar siempre abiertos. No la recuerdo pestañeando. Casi como si pestañear fuese cerrarse –indolente, temerosamente– al mundo, y desperdiciar uno o dos milisegundos de tu vida en este planeta.

De los cuadernos de EF:

> –¿Hay alguna palabra en el idioma inglés más mitificada, más malversada, más malinterpretada, más flexible en sentido e intención, más contaminada, más mancillada por la saliva de un billón de lenguas mentirosas, que la palabra «amor»? ¿Hay algo más banal que quejarse de ello? Por mal que se use, no podemos reemplazarla, porque al mismo tiempo es robusta, granítica; su coraza, impermeable. Resiste al agua, a las tormentas, repele los rayos.

Yo releía esta entrada de tiempo en tiempo, y a veces reflexionaba sobre la que consideraba que era su verdad universal. Y entonces, no hace mucho, recorté un artículo de prensa sobre una mujer coreana que había huido de la Corea del Norte a la del Sur. Hablaba del amor: «Si creces en Occidente», decía, «puede que pienses que el romanticismo es algo que surge de manera natural, pero no. Aprendes a ser romántico a través de los libros y las películas, o de la observación. Pero, en la época de mis padres, no había ningún modelo del que aprender. Ni siquiera tenían el lenguaje con el que hablar de sus sentimientos. Tenías que adivinar cómo se sentía la persona amada

por la mirada, o por el tono de voz con el que te hablaba».

O: ella se apoya en las manos para auparse, hasta que se alza de puntillas sobre una pierna mientras la otra asoma detrás, como un flamenco. Me parece a mí que a veces todos podemos ser norcoreanos.

De mis cuadernos (si los tuviera):

–Describa su relación con Elizabeth Finch en cinco palabras: «Ella era rayo admonitorio.»

Cogí de la estantería su ejemplar de *La leyenda dorada*. Leí de nuevo la historia de santa Úrsula, y luego me puse a hojearlo, buscando sus ligeras marcas a lápiz. Una línea, una señal, una cruz: esos eran sus únicos comentarios. Con frecuencia, llamaban la atención sobre las reacciones humanas normales de las figuras ajenas a la letanía del martirio. Ahí está, por ejemplo, el caso de dos hermanos de buena cuna de Narbona que ansían una muerte sagrada. Su madre, en un estado de preduelo, los regaña así:

> Pero lo que en este caso ocurre es inaudito. Son ellos mismos quienes desean morir y animan a los verdugos para que los atormenten. No parece sino que quieren su vida solo por el placer de perderla. Sí, son ellos mismos quienes están llamando a la muerte, y rogándole que venga. ¿Cuándo se vio cosa semejante? ¿Quién, jamás, sufrió tan horriblemente como yo sufro? ¿No es para desesperarse ver que estos hijos, en plena juventud, despreciando nuestro dolor nos obliguen a su padre y a mí, que ya somos ancianos, a presenciar su muerte y sus torturas?

Cuando su anciano padre añade sus propias súplicas, seguidas por las de las esposas de los hermanos, la resolución de estos empieza a tambalearse. Momento en el que el futuro san Sebastián hace acto de presencia para reforzar su moral, obrar un milagro y exaltar la gloria del martirio. Su argumento, que EF había subrayado con una doble línea de lápiz, era una reprobación de la vida y una afirmación de la muerte. «Desde el principio del mundo viene ocurriendo que esta vida terrenal defrauda a quienes se entusiasman con ella», afirma Sebastián, «engaña a quienes la creen deseable, se burla de quienes a ella se apegan, a nadie satisface plenamente y todos acaban dándose cuenta de que es breve y decepcionante.» La mejor respuesta es escapar de ella lo antes posible: a los dos hermanos, afianzados en su fe, los atan a una estaca y los atraviesan con lanzas.

Estas muertes son simples precursoras de la muerte del propio Sebastián. Como los mejores mártires, esquiva primero varios intentos de asesinato. La más famosa de esas muertes premuerte ocurre cuando el emperador Diocleciano lo manda atar a un árbol para que

practiquen el tiro con arco con él: «Y cuando él a su vez fue martirizado, los verdugos dejan su cuerpo como el de los erizos» (ajá, pensé, recordando el cuaderno de EF; y ahí en el margen está su marca confirmatoria), «cuajado de flechas». La escena nos resulta familiar, de verla en numerosos museos de arte, y yo siempre había dado por hecho –como los arqueros de Diocleciano– que las flechas habían sido la causa de la muerte. Pero en realidad, san Sebastián sobrevivió a este puercoespinamiento, y su vía hacia el martirio fue morir a garrotazos y terminar arrojado en una cloaca. No obstante, era un acierto de los pintores ilustrar este pasaje anterior de la historia. Recordé las palabras de EF: «Uno de los secretos del éxito de la religión cristiana fue contar siempre con los mejores cineastas.»

Los mártires modernos de confesión islámica se esfuerzan por eliminar a tantos infieles como puedan en el momento de su dichosa transformación. Los mártires cristianos eran tan persuasivos que antes de sus martirios convertían a muchos otros, y los animaban a saltarse pasos en su camino al paraíso. Sea como fuere, me llevó a pensar en aquel comentario de EF que sostenía que «semejante deseo de muerte es siempre voluptuoso».

Los paganos como Juliano el Apóstata sacrificaban animales en observancia de su fe; y si bien este consumo de bueyes blancos tal vez resulte excesivo, uno honraba a los dioses (y los ponía de su lado) ofreciéndoles lo mejor. Si esto nos parece primitivo, más primitivos podrían parecerles los tiempos modernos a esos antiguos paganos: durante siglos, hemos sacrificado toros, no con un propósito teológico, sino como parte de un espectáculo, previo pago de entrada.

¿Progresa la civilización? A Elizabeth Finch le gustaba hacernos esa pregunta. No cabe duda del progreso en términos de medicina, ciencia y tecnología. Pero ¿y en términos humanos, morales? ¿En términos de filosofía? ¿En términos de seriedad? En el año 400 d. de C., nos contó EF, la princesa inglesa santa Úrsula y sus once mil vírgenes murieron masacradas a las afueras de Colonia por amor a Dios y la esperanza del paraíso. Está claro que los números no cuadran, pero aun así. En francés, a las mártires se las conoce como *Les once mille vierges*. Quince siglos más tarde, el poeta Apollinaire escribió una novela pornográfica titulada *Les once mille verges* –ha desaparecido una vocal, y *verge* significa «verga»–, en la que corre prácticamente la misma cantidad de sangre por medio de flagelaciones, decapitaciones y otras prácticas sexuales sádicas, tal como se había derramado bajo las murallas de Colonia.

Estaba en duermevela. Me encontraba en el hospital. Era Navidad. Un visitante se acercaba a mi cama. Me sorprendía verla, de los

brogues negros en los pies a los cabellos arreglados, de un rubio grisáceo. Ella, dio la impresión, no se sorprendía de verme a mí. Giraba la silla para sentarse de frente. Alargaba la mano y la apoyaba, plana, junto a la mía.

–¿Qué tal? –preguntaba, con un tono impaciente y sin embargo burlón–. ¿Decepcionante?

Luego, como en los sueños, desapareció, y aunque sabía que estaba muerta, su pregunta sí estaba viva. No estaba seguro de a qué se refería. ¿A mi vida? ¿A que me estuviese muriendo? ¿A la muerte en sí? En todo caso, la estratagema era típica de EF: plantearte una pregunta tentadoramente sencilla que te arrojaba en soledad a un hilo de pensamientos. En cuanto a mi muerte: supongo que era una decepción no ser capaz de afrontarla con una indiferencia rayana en el desprecio, como la que habían mostrado Juliano el Apóstata, Montaigne y tantos otros sobre los que había leído, por no mencionar a la propia EF. En cuanto a que me estuviese muriendo: supongo que era una decepción porque parecía un mero proceso por el que debía pasar. Dolor y alivio del dolor, aburrimiento y soledad, a pesar de la compasión profesional ofrecida. Y tampoco me había acercado siquiera a formular unas famosas –ni que fuese interesantes– últimas palabras. En cuanto a mi vida, ¿estaba decepcionado? Tanto si lo estaba como si no, ¿qué importaba en ese momento? No me encaminaba a ningún juicio final, y aunque los teóricos de la mortalidad aseguran que es bueno que los moribundos se reconcilien con lo que ha sido su vida, «entiendan su propia historia», yo no sentía la necesidad. El Rey de los Proyectos Inacabados iba a dejar este sin empezar. Sin embargo, no todos mis proyectos habían terminado en fracaso. Había conmemorado a Elizabeth Finch como merecía. Y si, a la manera de los antiguos, yo creyese en sueños y portentos, podría haber deducido que su visita era una señal de aprobación, un signo de que estaba contenta con lo que yo había hecho.

Pero ahora corría el peligro de caer en la autocomplacencia. Así que salí de mis ensueños y seguí con el resto de mi vida.

A mi pesar, seguí leyendo sobre Juliano el Apóstata; en cierto modo, era incapaz de dejarlo ir, igual que era incapaz de dejar ir a EF. Pero descubrí una pega: no todo lo que yo había escrito era cierto. En lugar de corregir el texto original, he incluido aquí las siguientes enmiendas:

> –No siempre se le conoció como «Juliano el Apóstata». Los primeros autores cristianos lo llamaban sencillamente «el Apóstata», que era una de las maneras de referirse a Satán. Lo consideraban una encarnación del Diablo. No obtuvo el título completo hasta más adelante, con el que daba la impresión de que su pecado principal había sido renegar del cristianismo.

–Había dado por hecho que la historia de la muerte de Juliano por una «lanza cristiana» era una invención de los propagandistas cristianos. Pero no era así: fue al amigo y biógrafo de Juliano, Libanio, al que se le ocurrió la famosa frase. Como era de esperar, los autores cristianos la adoptaron en adelante con entusiasmo.

–Otro error, o una distorsión inconsciente: cuando dije que Juliano «compuso y publicó» una sátira titulada *El enemigo de la barba*, no me paré a pensar lo que podría significar en aquel entonces ese segundo verbo. Imaginé alguna especie de difusión general, y la ciudad de Antioquía estremecida por el ataque del emperador. Pero la «publicación» consistía solo en eso: en colgar el texto en el Arco del Elefante, a las puertas de palacio, «para que todos lo leyeran y copiaran». Cuántos lo hicieron, no podemos saberlo, y, en cualquier caso, el emperador y su ejército abandonaron la ciudad poco después. Lo más probable es que Juliano lo escribiese principalmente para satisfacción propia y de sus amigos; en esto se parece a «Los pseudodiscursos de la antigüedad tardía que no llegaban a pronunciarse ni era esta su intención».

–Hasta ahora me he venido refiriendo al cristianismo (igual que EF) como un monoteísmo. A fin de cuentas, así es como lo vemos ahora. Pero para los helenistas, el *cristianismo* era politeísta, porque incluía un Dios trino: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Una concepción que perduró en la Inglaterra del siglo xvii: véase la crítica de «Juliano» Johnson al «politeísmo» del catolicismo romano.

–La historia en la que san Mercurio y san Basilio combinan sus poderes metafísicos es, por lo visto, «una invención cristiana posterior». Es más, descubro que el propio Mercurio, «como la mayoría de los primeros mártires cristianos», no existió, sencillamente.

Y aquí llegamos a un punto importante. Supongo que siempre había creído, de manera instintiva (o por inercia), que todos esos brillantes mitos y martirios, con sus mensajes contundentes de salvación, se asentaban –por mucho que, sin duda, se fuesen «mejorando» a medida que los contaban una y otra vez– en algún hecho real y más burdo de partida. Cuando contemplamos un gran cuadro de un martirio violento, nos exhorta y persuade como la representación de algo que una vez ocurrió. Pero todas esas antologías sagradas, como las *Actas de los mártires cristianos*, y las consiguientes representaciones gráficas, son meras ficciones edificantes, y no Vidas Verdaderas. La opinión vigente entre los estudiosos no es solo que pocos de esos mártires famosos existieron, sino que la cifra real es ínfima. Desde luego, hubo muchos cristianos que murieron asesinados por el «simple» hecho de ser cristianos (y por no querer renegar de su fe ante el tribunal), pero, de nuevo, muchos menos de lo que se daba por hecho. Un «cómputo racional» ha determinado que, en los tres primeros siglos de la era cristiana, «fueron ejecutados por el poder temporal del Imperio romano al menos dos mil y como máximo diez mil cristianos». (¡Adiós a las once mil de santa Úrsula!) En cuanto a la cifra de los que buscaron deliberadamente su propia muerte, con la cierta y segura creencia de que eso los mandaría directos al cielo: «Ni siquiera entre

los Padres de la Iglesia se cuentan más que uno o dos casos de martirio voluntario».

Más cosas: pensamos (o yo pensaba) que los paganos asesinaban a los cristianos, y los cristianos a los paganos, una y otra vez, ahora tú y ahora yo, con matanzas ojo por ojo. Y lo hacían, pero no era nada comparado con la violencia entre los cristianos de doctrinas diversas. (El narcisismo de las pequeñas diferencias.) Como decía Amiano, «son peores que fieras unos contra otros», mientras que Gibbon recogía con ironía: «Sirva de conveniente recordatorio de la importancia de la rigurosidad teológica que se dio muerte a más cristianos en un solo año de imperio cristiano de los que se habían ejecutado en tres siglos de dominio pagano».

Confieso que todo esto al principio me desanimó. Pero lo acepté y llegué a dos conclusiones. La primera, que los teólogos también pueden ser novelistas excelentes. Y la segunda, que interpretar mal la propia historia forma parte de ser una religión. También averigüé más cosas sobre la vida póstuma de santa Úrsula. A comienzos del siglo xii, Colonia se expandió más allá de los antiguos muros de la ciudad, y en el curso de las excavaciones, se descubrió un enorme cementerio en el que había decenas de miles de esqueletos. La ciudad era ya por entonces lugar de peregrinaje; ahora la arqueología (si es que el término no es demasiado avanzado) había confirmado de un modo magnífico la historia religiosa. Es más, una paloma le señaló milagrosamente al obispo local cuáles eran los restos concretos de la santa. Se trasladaron miles de esqueletos y seiscientos cráneos a la Sankt Ursula Kirche, construida para la ocasión. Aquella prueba reconfortante –el mayor osario al norte de los Alpes– se convirtió en un centro de la industria turística cristiana durante siglos. Pero, ay, cuando llegaron los test de ADN, resultó que los huesos tenían unos dos mil años, y que el lugar debía de ser un antiguo cementerio romano. Los visitantes, sin embargo, inasequibles al desaliento, siguen peregrinando para contemplar las impostoras reliquias.

Me sobresalté al topar con el nombre de Anna en el listín de EF. Había perdido contacto con ella poco después de que se colara en aquel almuerzo: me había parecido la provocación final, fuese o no deliberada. Pero habían pasado años. En algún momento, había regresado a Holanda; había una dirección de Alkmaar. La busqué en mi Guía Michelin. La capital holandesa del queso. Una casa de pesaje. Canales, edificios antiguos y un museo de arte. Bueno, ¿por qué no?, pensé.

No había ninguna dirección de email, por supuesto. Recordé que EF comparaba internet con los ferrocarriles. Un servicio seductor sin

ningún valor o efecto moral intrínseco. Así que le mandé a Anna una carta de las de antes: había visto de repente su nombre en el listín de EF (que dedujera esa parte por sí misma), tenía planeado viajar a Ámsterdam, y tal vez podía coger un bus o un tren hasta Alkmaar. Almorzar juntos, mirar algunas fotos en recuerdo de EF, comprar queso... y, si no, quizás la próxima vez que ella viniese a Londres. Fui muy neutro. Recordé la irritación que yo le provocaba siempre. Irritación cuando le parecía que estaba siendo prepotente o egoísta, pero también cuando le parecía que estaba siendo flojo o indeciso. Para Anna, yo no tenía un centro fijo y, por tanto, tampoco localizadores morales instintivos. Bueno, era una forma de verme. Añadí mi dirección de email bajo la firma.

Anna, cómo no, lo dejó pasar hasta que yo había abandonado prácticamente toda esperanza. Un email. Podíamos quedar a la una en punto, cualquier jueves de septiembre, en la entrada del museo. Ninguna justificación de por qué había elegido ese día y hora en particular. Ningún «será agradable volver a verte». Lo tomas o lo dejas, ahora o nunca. Así que, a cambio, decidí hacerla esperar también, y escogí el último jueves del mes.

De Londres a Ámsterdam vía Bruselas. Siempre me han gustado los viajes largos en tren. Me gusta decidir la comida que me llevaré y el libro que leeré. Y, esta vez, me pareció que había encontrado algo muy apropiado.

Mis investigaciones sobre la fama póstuma de Juliano habían quedado bastante abandonadas al llegar a los tiempos modernos; cuando el Apóstata dejó de ser tanto una piedra de toque de aspectos culturales más amplios y pasó a ser más una cuestión de reacciones personales. Aunque, para ser sincero, también me aburría la perspectiva de otra larga incursión en material conocido. Así, la biografía de Juliano que escribió Robert Browning en 1976 me permitió librarme definitivamente de la lectura de la novela de Dmitri Merezhkovsky («rimbombante en la expresión y confusa en el argumento [...], no añade nada a nuestra comprensión de Juliano») y también de la «colosal tragedia» de Kleon Rangavis –1.500 líneas de prosa y 9.000 de verso–, «demasiado extensa para llevarla al escenario, y hasta leerla exigió un esfuerzo inusual, dado que estaba escrita en un griego clásico sin la más mínima concesión». Me interesó descubrir que el Apóstata había inspirado dos óperas: una del director y compositor austriaco Felix Weingartner (1928) y la otra del ruso Lazare Saminsky (publicada en 1959, pero escrita en los años treinta). No me deprimió averiguar que ninguna de las dos había llegado a grabarse, no digamos ya a representarse.

Así y todo, de vez en cuando, y casi con nostalgia, le echaba un vistazo a lo que denominaba mi bibliografía de los pendientes de

lectura. En una de esas di en caer en *La modificación*, de Michel Butor (1957), un producto notable del *nouveau roman*. Como tal vez denote su título en inglés, *Changing Track*, se desarrolla por entero a bordo de un tren; de varios trenes, de hecho. No de Londres a Ámsterdam –eso sería pedir demasiado–, sino de París a Roma y viceversa. Trata de Léon Delmont, ejecutivo de una fábrica de máquinas de escribir que oscila, tanto geográfica como emocionalmente, entre su esposa y su familia en París y su amante en Roma. La novela consiste en los recuerdos e ilusiones de Delmont, sus figuraciones y dudas, mientras viaja en múltiples trenes entre ambas ciudades. Tal vez debería añadir que está escrita en segunda persona, cosa que a algunos les resulta exasperante.

El libro comienza bien para los apostatólogos:

p. 70: El primer tren de la mañana sale de París y cruza por entre aceras desiertas y tiendas cerradas, la iglesia de la Sorbona y «esas ruinas conocidas como las termas de Juliano el Apóstata, aunque son presumiblemente más antiguas que el emperador que les da nombre». En efecto, mi vieja guía Baedeker de París (1911) confirma que son los vestigios de un palacio construido entre el año 292 y el 306 por el emperador Constancio Cloro, y que fue allí donde «los soldados de Juliano lo proclamaron emperador en el año 360».

p. 124: El narrador recuerda «recorrer a pie, sin prisas, como un turista, el bulevar Saint-Germain», y luego «rozar esos muros de ladrillo y piedra que subsisten de las termas que conocía Juliano el Apóstata, lo que basta sobradamente para justificar que se los vincule a su nombre, como el único vestigio importante de su "querida Lutecia"».

p. 146: La acción empieza a animarse. El narrador abandona ahora Roma camino de París. «Luego usted se sentó en su compartimento [...] y se sumió en la lectura de las cartas de Juliano el Apóstata».

Como es lógico, aquí el lector andará ya intrigado por la conexión entre el director de una empresa de máquinas de escribir y el emperador romano. Se le ocurre una idea: ¿podría ser que para un hombre casado el hecho de abandonar a su mujer y a sus hijos para fugarse con su amante fuese una especie de apostasía? Además, en la familia Delmont son católicos practicantes. ¿Qué habrá en las cartas de Juliano que pueda atañer a, o influir en, el argumento principal?

p. 247: En otro tren (da la impresión): «cogió de nuevo las cartas de Juliano el Apóstata que había dejado en el estante, pero conservó el libro entre las manos sin abrirlo, mirando [...] por la ventanilla abierta que dejaba entrar a veces una bocanada de aire fresco con algo de arena».

Es posible que a algunos lectores este suspense les resulte insoportable. ¿Cuándo tendrá lugar la revelación? Solo quedan sesenta

páginas para el final.

p. 248: «MIENTRAS SOSTENÍA SOBRE SUS RODILLAS EN LIBRO, CERRADO, DE LAS CARTAS DE JULIANO EL APÓSTATA QUE HABÍA TERMINADO DE LEER.» Esas mayúsculas indignadas son mías. Aunque tal vez Butor solo nos esté tomando el pelo (el *nouveau roman* tenía su lado lúdico) y todo se desvele en el último suspiro.

p. 293: El tiempo se acaba. «Completamente solo, con las cartas del emperador Juliano en la mano, el tren había atravesado ya las afueras de Génova.» Piensa, piensa: tiene que haber alguna conexión entre ambos hombres. ¿Quizás el contraste entre el adúltero parisino y el casto Juliano, que pasó indiferente por los antros de perdición de Antioquía y desdeñó a las hermosas prisioneras de su campaña persa? Aunque Butor no ha hecho ninguna mención a la vida privada del emperador; ni, la verdad, a nada que tenga que ver con él.

p. 301: «Usted dejó su maleta [en la habitación del hotel] Y SACÓ EL TOMO I DE LA *ENEIDA* DE LA COLECCIÓN BUDÉ». Esto pasa de castaño oscuro: insolencia autorial, lo llamaría yo.

p. 313: «Sentado junto a la ventana [de su piso parisino] usted cogía de la biblioteca las cartas de Juliano el Apóstata, cuando Henriette entró para preguntarle si cenaba allí». Pero usted prefiere cenar en el tren. Y a continuación retomamos:

p. 313: Está oscuro como boca de lobo y llueve, así que coge un taxi a la estación. Este «dobló en la esquina de ese palacio medio en ruinas atribuido al emperador parisiense».

Y se acabó, en lo tocante a Juliano. Y se acabó también bastante, en lo tocante a mí. Al cabo de unas páginas, se informa al lector –tú– que el narrador –también tú– está pensando en escribir una novela acerca de su (tu) dilema emocional para tratar de entenderlo. Y adivina qué. ¡La novela que acabas de leer es justamente esa novela que, resulta, ha escrito el director (también tú) de la empresa de máquinas de escribir!

Tenía sentido que mi etapa con la vida póstuma de Juliano terminara con semejante diminuendo. Y también mi etapa con Elizabeth Finch se acercaba a su fin. Parecía que hubiera pasado una eternidad desde aquel encuentro con Christopher en el piso beige y marrón de EF en el West London; del día que rebusqué en su escritorio mientras imaginaba, una ocurrencia folletinesca, que me habría legado una obra maestra inacabada. Pero me había dejado algo mucho más real y mucho más esquivo: una idea que seguir. No sabía si la había seguido correctamente o no: solo ella podía saberlo.

Pasé un par de días en Ámsterdam, y luego, a media mañana, cogí un tren a Alkmaar. Había reservado habitación en un hotel justo en los márgenes del centro. Fui caminando hasta el museo, intentando no llegar ni ansiosamente pronto ni fastidiosamente tarde; aunque con Anna también podías ser fastidiosamente puntual. Ella, como en una

parodia, apareció en el mismo momento. Como estábamos en el Continente, me atreví a besarla en la mejilla.

–Se nos ha puesto el pelo gris a los dos –le dije.

–A mí me queda mejor. Y me lo he dejado gris por decisión propia. –Pero lo dijo con una media sonrisa, así que me reí.

Había una exposición especial de Caesar van Everdingen, el «Rembrandt de Alkmaar», como se lo conocía. Incluía varios lienzos enormes de la Antigua Guardia Cívica, el retrato de un precioso niño de dos años con un jilguero posado en la mano (un préstamo de Barnsley, para mi sorpresa), una escena moral de Diógenes Buscando a un Hombre Honrado ambientada en un contexto contemporáneo, y un retrato de un comerciante de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales con dos esclavos negros. Las imágenes me resultaban conocidas porque había comprado un ejemplar del catálogo antes de ir a Alkmaar. Nos plantamos delante de Diógenes el Cínico sosteniendo un quinqué a plena luz del día, para enfatizar lo infructuoso de su búsqueda. El cuadro incluía una carretilla cargada de nabos, en referencia a la dieta frugal del filósofo. Hasta el perro que había en el fondo aludía a él: en griego, perro era *kuon*, término del que derivaba la palabra «cínico». A Anna le extrañó aquel conocimiento inesperado, pero no indagó. Señalando la carretilla de nabos, le dije:

–Elizabeth Finch no habría servido para cínica.

–Limitémonos a mirar los cuadros, ¿quieres?

–Si sé todo esto es solo porque pedí que me mandasen el catálogo a Inglaterra.

–Ah, eres un caso *perdido* –respondió Anna, enojada. Perdido para cualquier clase de farsa, di por hecho. Era verdad. Ya le había mostrado mis cartas mencionando a EF. Aunque un loquero tal vez diría que mi farsa consistía en no parecer demasiado taimado: ser un caso perdido era mi forma de engaño.

Miramos los cuadros.

Segundas partes nunca fueron buenas, dicen –o «dicen», más bien–, ¿verdad? No persigas ese amor añorado, ese amor medio olvidado, ese amor incomprendido, de años atrás. Si salió mal la primera vez, volverá a salir mal la segunda. Etcétera. Pero no era eso lo que yo buscaba, no en ese sentido (que yo supiera, al menos). Tenía un propósito distinto. Así que, allí sentados con un plato de brillante queso fundido y una copa de vino en una plaza adoquinada a la luz del sol, nos resultó fácil estar el uno con el otro. Anna trabajaba de traductora; se había mudado de Ámsterdam a Alkmaar hacía seis años, por motivos no especificados. No llevaba anillo de casada; no pregunté. Le hablé de mi vida, mi segundo divorcio, en qué andaban

mis hijos. No es que tomase precisamente muchos apuntes e hiciese muchas preguntas, pero se la veía relajada en mi presencia. Seguimos hablando un poco más de Caesar van Everdingen, nos lamentamos por el resultado del Brexit y cosas así.

–Estoy pensando en escribir sobre Elizabeth Finch. Una especie de homenaje. Me doy cuenta de que aún la echo de menos.

No respondió, como casi esperaba, con un «No me digas», o incluso, como habría temido, con un «Pero si tú no *sabes* escribir». Lo único que hizo fue asentir:

–Yo también. –Se refería a echarla de menos, no a lo de escribir.

Al principio, nos dedicamos a evocarla: su ropa, porte, ingenio, rigor. Lo que nos había enseñado, ya estuviese en el temario o (más probablemente) no. Lo que seguíamos llevando con nosotros.

–Úrsula y las once mil vírgenes –dije.

–Suicidio asistido policial –respondió ella al instante, y nos echamos a reír, mirándonos el uno al otro, con afecto, mientras evaluábamos los estragos del tiempo.

–Juliano el Apóstata –sugerí.

–No lo recuerdo.

–El último emperador pagano. Ella decía de su muerte que era «el momento en el que la historia se torció».

–Estoy segura de que me acordaría de eso. El único que me viene a la cabeza es ese otro Juliano que decía que el sexo era genial, y lo del pecado original, una chorrada.

Me pareció muy holandés por su parte.

–Hum. Igual tienes razón… Igual estaba en algún cuaderno de los suyos. A veces confundo los recuerdos y la investigación. –Le conté un poco sobre Juliano, pero sin que diese la impresión de que estaba escribiendo tanto sobre él como sobre EF–. ¿Vivías todavía en Inglaterra cuando ocurrió lo de La Deshonra, como la llamaron?

Anna ya se había marchado, por aquel entonces, aunque seguía en contacto con EF, que naturalmente no lo había mencionado en ninguna de sus cartas. La puse al corriente; me escuchó con atención.

–Es repugnante –dijo–. Esos *pudos* periódicos británicos vuestros.

–Sí. Y no diré que dejase de trabajar por culpa de eso, pero desde luego sí que dejó de dar charlas y de reseñar libros.

–¿Dejó algo con vistas a publicar?

–La verdad es que no. –Le hablé de los cuadernos desaparecidos, y de mis especulaciones–. Puede que incluso intentara escribir una novela.

–Eso lo dudo mucho.

–No, tienes razón. –No sabía cómo dejarme de preámbulos. Lánzate y ya, me dije–. ¿Te importa si te hago unas cuantas preguntas?

–Adelante.

–Vale, sería mucho pedir, pero ¿te habló alguna vez de un hombre con un abrigo cruzado?

Anna estalló en carcajadas.

–Muy Sherlock Holmes.

Eso me gustó. Me gustó que se burlase. Nos llevó de vuelta el pasado. Hablamos de la clase, de las personas que recordábamos, de quién nos caía bien y quién no.

–Era muy generosa con nosotros –le dije–. ¿Te acuerdas de Linda?

–Claro –respondió Anna, pero la cara le cambió un poco.

–Andaba siempre con problemas del corazón, como decía ella. Recuerdo que una vez me preguntó si debería consultarle a EF al respecto. Yo le recomendé que no lo hiciera, pero ella tiró recto de todos modos. Y EF le dijo algo maravilloso: «Es lo único que importa. No hay más».

Lo cité, quizás, de forma un poco petulante.

–Menudo mentecorto estás hecho –soltó Anna enfadada–. En eso no has cambiado, ¿verdad? Linda, la pobre Linda, fue a consultarle, como tú has dicho, *sobre ti*.

–¿Sobre mí? Joder. ¿Por... por qué no me lo dijo? ¿Por qué no me lo dijo nadie? –Y también iba pensando: «mentecorto», buen palabro–. Uf, joder. Necesito un momento para asimilarlo.

–Bueno, tienes el resto de tu vida –comentó Anna, sin piedad, me pareció.

No sabía qué decir, salvo:

–¿Podemos seguir más tarde? ¿Cenando? Hoy duermo aquí.

–Claro –respondió–. Yo invito a la comida, tú invitas a la cena.

Me pareció notar algo levemente triunfante en el tono de su voz.

Volví a la habitación del hotel y me tumbé en la cama. Pensé en los hombres y las mujeres, y en cómo algunos necesitan siempre que alguien les eche un cable, por así decirlo.

Después de pedir, saqué mi cuaderno, y estaba llevando la mano al bolsillo de la chaqueta en busca de un bolígrafo cuando ella dijo:

–No, eso no.

–Pero...

–Es darla por muerta.

–Pero...

–Te he dicho que te contaría cosas de ella. Y te las contaré. Pero si te pones a tomar nota de todo delante de mí, me sentiré... una traidora. ¿Me entiendes? –No lo entendía, pero asentí–. Es darla por muerta –repitió–. Y no quiero eso. Y no me ha dado permiso. Además, lo importante lo recordarás.

Callé, esperando alguna explicación más, o incluso que cambiase de

parecer. Pero solo señaló el cuaderno, así que lo guardé.

Lo que siguió dejó claro que Anna había conocido a EF mejor que yo; al menos en una dimensión privada, íntima. No podía competir con eso, ni mucho menos, pero me permití sentir envidia.

–Ya sabes cómo era –comenzó a decir Anna–. Una mezcla de franqueza absoluta y secretismo repentino. Y también de empatía absoluta y distanciamiento ocasional. Hablar con ella era completamente distinto de hablar con cualquier otra mujer a la que yo hubiese conocido nunca. La mayoría de las mujeres te cuentan Cómo Nos Conocimos –dibujó unas comillas en el aire– y Por Qué Se Estropeó y Cómo Se Terminó y Qué Aprendí De Todo Ello. No lo digo despectivamente: yo también lo hago, convertir mi vida en una historia. Todos lo hacemos. EF no era así. Te explicaba la conclusión, pero no el relato. ¿Por qué? El motivo lógico y evidente sería un sentido de la privacidad, de la discreción. Pero yo llegué a la conclusión de que había también, quizás, un motivo mayor: la idea de que una vida, por mucho que quisiéramos, no equivalía a un relato; o no a un relato tal como lo concebimos y esperamos.

Me encanta escuchar a mujeres que son más inteligentes, o más lúcidas, que yo. Recordé el año que Anna y yo estuvimos juntos. Pero eso no ayudaba mucho en aquel momento.

–Y, hum, ¿me podrías poner algún ejemplo?

–Una vez me dijo: «Parece que en la vida me he especializado, o en lo inalcanzable, o en lo indeseable».

Se oyó la voz alta y clara de EF y sonreí automáticamente.

–¿Concretó? ¿Algún nombre?

–Espera. Hay otra cosa, que no se me ha ido nunca de la cabeza. La escribí. –Sacó un papel doblado del bolso–. «El amor es siempre una mezcla de lo visceral y lo teórico. Por descontado, no identificamos lo teórico como tal; está demasiado enraizado en la historia y en la afinidad. Pero ese es el motivo por el que el amor es, en esencia, artificial. Empleo ese adjetivo en el mejor sentido, por supuesto. Y lo que llamamos amor romántico es el más artificial de todos. Y es, por tanto, la forma más elevada, y también la más destructiva.»

–Caray. No me extraña que mis dos matrimonios acabaran mal.

–Ah –respondió Anna–, la vieja sorna británica frente al amor. La recuerdo bien. La sorna masculina, quiero decir.

–¿Crees que las mujeres sois mejores? En el amor. –No siento especial lealtad hacia mi sexo, pero su certeza me puso a la defensiva.

–Desde luego. Somos al mismo tiempo más viscerales y más nobles.

Decidí no saltar.

–¿Y crees que EF compartía esa opinión?

–No estoy segura.

–Puede que en su vida los viscerales fuesen indeseables, y los nobles,

inalcanzables. O al revés. –Imaginaba que el hombre del abrigo cruzado debía de ser de los nobles–. Bueno, igual te parece una pregunta banal, pero ¿crees que fue feliz alguna vez?

Esperaba que tal vez Anna me afeara lo trillado de la pregunta. Pero no lo hizo.

–No estoy segura de que creyese que la felicidad fuera la consecuencia natural, o incluso deseable, del amor. Creo que para ella el amor consistía más en la verdad que en la felicidad. Recuerdo que una vez me dijo: «Ahora que para mí todo el amor ha quedado en el pasado, lo entiendo mejor, tanto la lucidez como el delirio».

Yo me resistía a esa clase de abstracciones. ¿Cómo puede uno buscar el amor sin que le importe la felicidad? Prefería datos concretos.

–¿Puedes darme algún nombre?

–No llegué a saberlos. Y, aunque los supiera, no sé si te los diría. ¿A qué viene molestarlos ahora? Perturbar los recuerdos falsamente felices de tipos ya mayores.

–¿Alguna pista?

–No fastidies, Sherlock.

Sonreí. Anna siempre había sido muy amiga de hacer un uso desenvuelto, pero incorrecto, del lenguaje coloquial. Y estaba más a gusto que yo –siendo del Continente– con lo abstracto y lo teórico. Recordé mis dificultades cuando EF nos instruyó poco a poco en las ideas de Epicteto y los estoicos.

–¿Cómo era aquello que nos decía siempre de que algunas cosas dependen de nosotros…?

–Unas cosas dependen de nosotros, y otras no dependen de nosotros.

–Sigue.

–Y que debemos aprender a distinguir entre unas y otras, y comprender que cuando algo no depende de nosotros no hay nada que hacer, y que eso nos conduce a una concepción filosófica apropiada de la vida.

–¿Y la felicidad?

–Creo que para los estoicos una concepción apropiada de la vida era lo que otra gente, no tan filosófica, como tú y yo, llamaría felicidad.

Me alegró que nos incluyese a ambos en los mismos términos, aunque fuesen los de nuestra ineptitud.

–Entonces ¿la comprensión es el bien más elevado?

–Desde luego.

–Vale, pero respóndeme a esto. ¿El amor es algo que depende de nosotros o algo que no depende de nosotros? ¿Qué habría opinado EF?

Anna guardó silencio.

–Creo que ella habría opinado que la mayoría de la gente piensa que depende de ellos, pero, en realidad, no es así para nada.

–Y debemos asumir esto si queremos vivir una auténtica vida

filosófica; cosa que, afrontémoslo, a la mayoría de la gente le importa un bledo. Y que, además, a nosotros nos pilla ya un poco tarde.

–Sí.

–¿Y EF aceptaba que el amor no depende de nosotros?

–Sin duda.

–Y, en consecuencia, ¿creía que el amor solo puede traernos comprensión, pero no felicidad? ¿O, tal vez, que la felicidad es contingente, pero no necesaria?

–Neil, a ver si te nos vas a hacer filósofo a estas alturas.

–No tengas miedo. Es solo la bebida.

–Ya se sabe que la cerveza holandesa es buena para el cerebro.

–¿Tú crees que era lesbiana?

–Gracias por volver a tu ser. A tu ser inglés.

–Bueno, ¿qué le voy a hacer? Soy inglés, a fin de cuentas.

–¿Combatir contra ello?

–¿Tú has sido lesbiana alguna vez?

–Anda y vete a la mierda –dijo, frívolamente. Esa era una de las expresiones que Anna jamás usaba de manera incorrecta.

–Solo estoy intentando imaginarme a EF enamorada.

–Déjalo. No tienes suficiente imaginación.

–¿Y tú sí?

–Puede, pero no es algo que me despierte particular interés.

–¿El lesbianismo?

–No, el cotilleo póstumo y reduccionista sobre una mujer maravillosa que ha muerto.

–No me parece que intentar comprender a alguien sea para nada lo mismo que cotillear.

–Entonces no te sacaré de esa dichosa ignorancia.

Así era como solían comenzar nuestras discusiones. Pero decidí no ponerme nostálgico. Sentí sencillamente la misma irascibilidad cansada de siempre. Hay cosas que dependen de nosotros, y Anna no era una de ellas. Y tampoco creía que, en caso contrario, eso me fuese a llevar a una comprensión de la vida y la felicidad filosófica. Siempre he desconfiado de los caminos hacia la iluminación, por racionales que parezcan.

–¿Cuándo dijo eso?

–¿El qué?

–Lo de que entendía mejor el amor, ahora que lo había dejado atrás.

–Cinco o seis años antes de morir.

–Entonces ¿podemos dar por hecho que seguía en activo, perdón por la expresión, mientras era profesora nuestra?

–Paso.

–¿Me dejarías leer las cartas que te mandó?

–Desde luego que no.

–¿Café y schnapps?

–Perfecto.

Y así recobramos un equilibrio afable. No, más que eso, por mi parte. Seguía teniéndole mucho cariño a Anna, lo pareciera o no.

–A veces, cuando pienso en EF, siento que la decepcioné –dije yo.

–¿En qué sentido? Al fin y al cabo, estás haciendo esta... investigación sobre ella.

–Bueno, a saber si le parecería bien siquiera. No, es más que, a pesar de su presencia continua, de su influencia, incluso, yo seguí llevando mi vida a la manera caótica de siempre, poco más o menos.

Anna me tomó en serio; notó que mi comentario no era meramente autocompasivo.

–EF sabía perdonar –dijo–. Por alto que tuviese el listón.

–Sí, pero yo no quiero que me *perdonen*. ¿Entiendes?

Alargó la mano por encima de la mesa y me dio unas palmaditas en el antebrazo.

–Sí, Neil, lo entiendo.

Al salir del restaurante, una suave lluvia holandesa flotaba alrededor. La cogí del brazo.

–En fin, gracias por esto.

Ella, en respuesta, se estrechó ligeramente contra mi hombro, como diciendo... ¿qué?

Envalentonado por ese gesto, y por el schnapps, le dije:

–¿Hay algún motivo por el que no podamos o debamos irnos a la cama?

–Sí –respondió–. La manera en que lo acabas de formular.

Me reí. Era justo. La falta de tacto no es exclusiva de la juventud.

Pero ella no se lo tomó mal, y allí estaba, en la cafetería de la plaza adoquinada, feliz de compartir un último café antes de que yo cogiese el tren de vuelta a Ámsterdam.

–Me estaba acordando de lo bien que nadaba –dijo.

–¿Que nadaba?

–Sí, nadaba. Era una estupenda nadadora. –Anna me miraba con una media sonrisa, como diciendo: sé cosas de ella que tú no. No, quitemos el «como».

Intenté imaginarme la escena y no lo conseguí.

–¿Te refieres tipo Brighton Beach?

–No, al Sanctuary.

–¿Eso qué es?

–Una piscina y balneario. En Covent Garden. Bueno, cerró hace años, ya. Solo para mujeres. Íbamos una vez al mes antes de que me volviese para acá.

Aquello me pilló extrañamente por sorpresa. Me vino a la mente un recuerdo repentino y medio vergonzoso. En aquella primera

descripción de EF, dije que nunca llevaba las piernas al aire, y que era imposible imaginársela en bañador.

–Y... ¿cómo era su traje de baño?

Anna rió abiertamente.

–Bueno, no era un bikini. –Sentí un alivio absurdo–. Pero te voy a contar un secreto, Neil. Algunas mujeres tienen más de un bañador.

–Sí, claro. Creo que me voy a tomar un schnapps con el café.

Era infantiloide, y ridículo. Ya me había reconocido a mí mismo –en fin, no me había quedado más remedio– que era posible que Anna supiese más de la vida privada de EF que yo. Y ahí estaba ahora, celoso de que... nadasen. Y por unos bañadores. En los viejos tiempos, me habría enfurruñado, y Anna se habría burlado de mí por enfurruñarme, pero no le iba a dar el gusto otra vez.

–De todas formas –dijo, en tono animado–, si de verdad vas a escribir sobre ella, tendrás que mostrar la otra parte.

–¿La otra parte?

–Venga ya. –Dio un sorbo de mi schnapps sin pedir permiso.

–Venga ya ¿qué?

–No olvides que tú estabas enamorado de ella. A tu manera caótica y atribulada.

–No era así –protesté. Y luego, desafiante–: Pero es verdad que la amaba. Y tú también.

–De un modo distinto, pero sí. Y no me supone ningún problema.

–¿Y a mí sí?

–Y tanto. Pero, yendo más al grano, ¿te fiarías de una biografía escrita por el amante del personaje?

–No es *exactamente* una biografía. Y yo no fui su amante en ese sentido.

–Perfecto, pero ¿has pensado en localizar, pongamos, a Geoff?

–¿A Geoff? ¿Ese pedazo de gilipollas? ¿Por qué mierda iba a querer hablar con él?

–La otra parte.

–¿La otra parte? Que yo recuerde, la otra parte consistía *solo* en Geoff.

–¿Recuerdas lo que dijo en aquella primera clase? Algo como: «Puede que no sea la mejor profesora para todos ustedes». Lo fue para ti y para mí. Pero no para todos los demás. Querían algo más convencional. Fechas, nombres, hechos, y que eso llevase a ideas más amplias. No ideas más amplias que llevasen a fechas, nombres, hechos. Al principio se sintieron intrigados, claro, pero luego empezó a resultar... perturbadora.

–Exacto. Para mí también, y para ti, en el sentido de sacudirme la mente, de hacer que me replanteara las cosas todo el rato, que me estallasen estrellas en la cabeza.

Anna me sonrió con una indulgencia algo demasiado intencionada.

–Sí, aquellos estallidos... Pero, según algunos, en clase no había manera de que se bajase del burro de batalla.

–Caballo. De su caballo de batalla.

–Como se diga. Querían aprobar los exámenes y seguir con, o volver a, su vida.

–Tontos ellos.

–Neil, lo del maestro inspirador tiene algo de mito agradable. Y puede que sea cierto para los adolescentes, pero no para un grupo de treintañeros. Además, tú siempre has buscado a mujeres que te digan cómo son las cosas. Como yo, durante un tiempo.

Me quedé desconcertado, y luego me indigné. Daba la impresión de que Anna confundía dos aspectos completamente distintos de mi vida.

–¿Crees que eres como EF? –le pregunté, resentido, refiriéndome a: tan buena como, tan original como, tan maravillosa como.

–Neil, los dos peinamos canas, tenemos ya una edad como para ir ofendiéndonos.

–No lo tengo tan claro. Pero es evidente que te consideras alguien capaz de decirle al mundo cómo son las cosas. Ahora mismo, no *necesito* eso. Y me parece que nos hemos desviado muchísimo del tema.

–No nos hemos desviado.

–Entonces ¿ahora niegas que EF fue una de las personas más extraordinarias que has conocido nunca?

–Para nada. Lo fue. Lo único que planteo, sin ánimo de decir cómo son las cosas, es que estaría bien que no fuese un monólogo elogioso. Acuérdate de lo que pensaba ella de las palabras que empezaban por «mono».

–Desde luego. Los monólogos son monótonos y monomaníacos y...

–... monoculturales.

Nos reímos. No pasaba nada, seguíamos siendo amigos.

–Pero no dirás en serio lo de que hable con Geoff, ¿verdad?

–Tengo su email.

–La hostia. –Un pensamiento inquietante me cruzó por la mente–. Vosotros no... Tú no... ¿Geoff?

Me guiñó un ojo. De hecho, ni siquiera sabía guiñar bien, del mismo modo que no siempre pillaba bien ciertas expresiones coloquiales inglesas. La cosa quedó a medio camino entre un guiño y un pestañeo.

–Hombres... –dijo sin más–. Hombres ingleses...

Volví a casa con un pedazo enorme de queso y unas cuantas postales de obras del «Rembrandt de Alkmaar». Con espíritu desafiante (aunque me daba cuenta, al mismo tiempo, de que estaba siguiendo el consejo

de Anna), encendí el ordenador:

Querido Geoff:

Igual esto te pilla un poco por sorpresa. Vi a Anna en Alkmaar y me dio tu dirección. Estaba pensando en escribir una breve biografía de Elizabeth Finch. Me preguntaba si tendrías alguna historia, anécdotas, algún recuerdo en concreto. Y también cómo ha cambiado tu opinión sobre ella con el paso de los años. Puede que no quieras que te cite, por supuesto, o que prefieras aparecer con otro nombre. Ya me dirás.

Un abrazo,

Neil

Dos días después:

Querido Neil:

Sí, menudo personaje, ¿eh?, la buena de Finchy. No cabe duda de que tenía, no sé cómo llamarlo, un estilo, una forma de presentarse que no tienen muchos profesores. Eso me daba igual. Y sabía muchísimo, eso seguro, aunque siempre es más fácil dar un curso introductorio. A mí, más que de la vieja escuela, me parecía de la antigua escuela. Ya sé que me colgasteis la etiqueta de trotskista loco, pero su visión de lo que eran la cultura y la civilización estaba totalmente al margen de cualquier pensamiento moderno, de cualquier pensamiento sistemático, de cualquier teoría crítica e intelectual. No dejaba de hablar de «rigor», pero a mí me daba la impresión de que su estilo pedagógico era más bien autoindulgente. Saltaba a la vista que se consideraba «original»; yo creo que la palabra apropiada sería «amateur». Y los tiempos del académico amateur hace mucho que pasaron, amigo mío. La usaba de contraejemplo cuando me hice profesor. ¿Recuerdas que nos recomendó que leyésemos a Hitler? Y parecía obsesionada con la Iglesia cristiana primitiva. Hoy en día no le consentirían todo eso. No estoy diciendo que hiciese un gran mal, solo que su enfoque en todos los temas y sus «opiniones estrafalarias» eran hasta cierto punto irrelevantes. Puedes citar lo que quieras, si te apetece; no tengo ningún problema. ¡Y buena suerte en la búsqueda de editor!

Siempre adelante,

Geoff

P. S.: Ahora que ha pasado tanto tiempo, estoy seguro de que no te importará que te diga que no solo andabas un poco loco por ella, sino que la convertiste en un mito. No es que eso tenga nada de malo, en realidad. Todos necesitamos uestros pequeños mitos para ir tirando, ¿verdad?

Fue ese «pequeños» lo que me sacó de quicio, y esa manera tan cursi de llamarme «amigo mío». Menudo pedazo de comemierda, pensé. Además, prácticamente había reconocido que fue él la fuente del artículo de aquel tabloide sobre EF y Hitler. Al menos no proponía que quedásemos para tomar algo y «recordar los viejos tiempos».

Había que reconocerle a Anna que me tenía pillado el punto, aun después de tantos años. Por ejemplo, con esa hábil referencia

conciliadora al monólogo. Recordaba lo que había dicho EF al respecto: «No niego que como recurso teatral es magnífico. Solo deseo señalar su artificialidad extrema, que es, desde luego, la fuente de su genialidad». No era algo que me hubiese planteado nunca en mi modesta carrera como actor.

Comprendí que, aparte del legado general que me había dejado a mí, EF había dejado otros legados concretos: de términos y frases, de ideas que yo no fui necesariamente capaz de entender o conciliar, pero que me seguirían a lo largo de los años.

Otra cosa de la visita a Anna. Algo que dijo me llevó a preguntarme si, bajo la fachada tranquila y controlada que EF le mostraba al mundo no habría una corriente subterránea –no, más bien un cauce fragoroso– de ira. A lo mejor voy muy errado. Pero, por otra parte, recuerdo la sorpresa que me llevé cuando una de mis esposas fue al homeópata y le preguntó si había algún remedio para una dolencia continuada que describió como un «furibundo rencor».

Un biógrafo reciente de Juliano concluyó que todos sus grandes proyectos habían fracasado, y que incluso las aparentes victorias –militares, administrativas, teológicas– eran fugaces, incluso ilusorias. La única victoria real de «aquellos “guerreros formidables”, de hecho» fue la de sanear el sistema tributario. Recordé a EF postulando que el fracaso podía ser más interesante que el éxito, y que los perdedores nos contaban más cosas que los vencedores. Y también que no podemos saber, ni siquiera en el lecho de muerte –puede que especialmente en el lecho de muerte– cómo se nos juzgará, o se nos recordará, si es que se nos recuerda. Puede que dejemos una pisada en la arena que la siguiente ráfaga de viento borrará. O tal vez dejemos una pisada en la tierra, y perviva durante siglos una huella perfecta, porque dio la casualidad de que vivíamos en Pompeya. Cuando pienso en Linda –pese a la interferencia correctiva de Anna–, sé que siempre la recordaré por aquella huella húmeda que dejó la palma de su mano en una mesa del bar de la facultad. Solo, había apurado mi bebida y luego la suya, y cuando me levanté, su huella había desaparecido, y no existe desde entonces, salvo en mi terca memoria.

Pensé en Juliano, y en cómo los siglos lo habían interpretado y reinterpretado, igual que a un hombre caminando por un escenario mientras lo siguen los focos de distintos colores. Ah, era rojo; no, más bien naranja; no, era de un añil casi negro; no, era del todo negro. Me parece a mí que, aunque de un modo menos dramático y extremo, eso es lo que ocurre cuando contemplamos la vida de una persona: cómo

la ven sus padres, amigos, amantes, enemigos, hijos; los desconocidos de paso que reparan de pronto en alguna verdad sobre ellos, o los amigos de hace años que apenas los comprenden. Y luego ellos nos miran a nosotros, de una manera distinta a como nos miramos nosotros mismos. En fin, interpretar mal nuestra propia historia forma parte de ser una persona.

A esas alturas, podía asumir que algunos, como Geoff, no valorasen a EF, y que otros esperasen de ella otra cosa. Podría admitir también que algunos en clase –tal vez muchos– la hubiesen olvidado por completo con el paso de los años, o que la hubieran reducido a una única anécdota cómica.

Pero me traía sin cuidado. Porque, veréis, eso la hacía más *mía*.

De vuelta al comienzo: Elizabeth Finch delante de nosotros, hablando casi en una prosa escrita, sin ninguna separación perceptible entre el cerebro y la lengua, serena, elegante, inquietante, completa. ¿Era una elaboración, una persona que había pasado años trabajando en cierta forma de presentarse a sí misma hasta convertirse en una persona inmaculada? Artificial, en otras palabras. Esa artificialidad, sin embargo, estaba al servicio de la autenticidad. Eso era lo que insinuaba; lo que decía, en realidad. ¿Tiene sentido? Todos conocemos a gente que recurre a una sencillez fabricada o artificial como vía de conectar con el mundo. *Faux naïf*, llamaríamos a eso. EF no era ni falsa ni naif, sino que estaba en el extremo opuesto del espectro; pero en el espectro, aun así.

Digámoslo de este modo. Yo había observado a EF en el auditorio, de lejos en las fiestas (de las que siempre se escapaba pronto) y en infinidad de almuerzos. Había sido mi amiga, y yo la había amado. Su presencia y su ejemplo habían hecho que mi cerebro cambiase de marcha, habían provocado un salto cuántico en mi comprensión del mundo. Había leído esos cuadernos que no le había enseñado a nadie más; había examinado cada una de las marcas en los libros que me había legado. Pero quizás todos esos encuentros y conversaciones, y mi recuerdo de ellos –pues el recuerdo es, al fin y al cabo, un acto de la imaginación–, son y eran como clichés retóricos. Vivos, no literarios, pero clichés, no obstante. Puede que lo cierto sea que «conozco» y «entiendo» a Elizabeth Finch tanto como «conozco» y «entiendo» –aunque de un modo distinto– al emperador Juliano. Así pues, asumido esto, era momento de dejarlo.

La veo de nuevo, inclinándose hacía mí sobre la mesa, después de

que yo prefiriese el escalope a la pasta. «¿Qué tal?», me preguntó con avidez. «¿Decepcionante?» Como si estuviese preguntando al mismo tiempo por todo lo demás: la vida, Dios, el tiempo, el gobierno, la muerte, el amor, los sándwiches y la existencia de obras maestras inconclusas.

¿Qué tal esto? Ella pretende escribir un libro sobre el emperador y sus consecuencias históricas, pero no logra que funcione. Ya sea porque no tiene las dotes necesarias. O porque las complejidades históricas y teológicas la superan. O porque resulta que Juliano no era el hombre que ella había creído. O porque su primera y espléndida osadía no fue recompensada: «Pálido Galileo, tú venciste» no llevaba, siguiendo un camino identificable, a la *froideur* emocional y al autoritarismo papal de la Europa cristiana; ni al protestantismo mustio y consumido por la culpa, ni al catolicismo corrupto y consumido por la culpa. Y si llevaba, no era ella quien encontraría el camino.

De manera que destruyó lo que había escrito (¿antes o después de su martirio?) y le legó sus apuntes e ideas a otro: yo. Sabiendo, o sin saber, que se los legaba a alguien famoso por sus proyectos inacabados. En todo caso, EF sabría apreciar la ironía.

Pese a que pocas veces dejaba algo al azar, creo que, curiosamente, hizo justo eso cuando me dejó a mí al cargo de sus restos literarios. «Curiosamente»... Bueno, tenía una agudeza fina e irónica, no lo olvidemos. Era cuestión de azar que yo mostrara la energía o el interés necesarios para seguir el rastro que ella había medio borrado. Y lo era, también, que yo intentara reconstruir su «libro» de algún modo. No digamos ya –algo que ella no habría previsto– que yo intentase reconstruir su vida.

Y eso es lo que he decidido yo también: dejar que el azar, que la fortuna, hagan a su antojo. Guardaré lo que he escrito en un cajón, junto con los cuadernos de EF, quizás. De vez en cuando, me imagino a alguno de mis hijos encontrándolo tras mi muerte. «¡Anda, mira, papá escribió un libro! ¿Alguien quiere leerlo?» «Debe de ser otro de sus proyectos inacabados.» «Como nosotros.» Y luego se pondrían a hablar de mis defectos como padre. Puede que volviesen a meter el manuscrito en el cajón, y que la asistenta lo tirase al contenedor. No, no estoy siendo justo con ellos. Es posible que uno de los tres se pusiera algo sentimental, que sintiera algo de curiosidad por lo que había hecho su padre. Y quizás otro se llevase los cuadernos y se preguntase quién sería esa Elizabeth Finch, y si habríamos sido amantes; aunque tal vez supusieran una decepción –demasiadas conclusiones, muy poca narrativa– y acabasen en la basura. Mi «libro», si merece ese nombre, volvería entonces a otro cajón de otro escritorio, y su suerte futura dependería tal vez de alguien aún por nacer.

Eso sería justo. Unas cosas dependen de nosotros, y otras no dependen de nosotros. Esto no depende ya de mí, y por tanto no me impedirá alcanzar la libertad y la felicidad.

Y cualquier carcajada irónica que oigáis será mía.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría darle las gracias a mi hermano, Jonathan Barnes, por guardarme de muchos errores; y también a Matthew Bell, Peter Bien, Vanessa Guignery, Christi Klinkert, Hermione Lee, Peter Millican, Sumaya Partner, Robert Priest, Stefan Rebenich, Ritchie Robertson y George Syrimis.

BIBLIOGRAFÍA DE OBRAS CITADAS EN LA TRADUCCIÓN

AMIANO Marcelino, *Historia del Imperio romano desde el año 350 al 378 de la era cristiana*, trad. de F. Norberto Castilla, Madrid, Librería de la Viuda de Hernando y C.ª, 1895-1896.

AUDEN, W. H., «En memoria de W. B. Yeats», en *Canción de cuna y otros poemas*, trad. de Eduardo Iriarte, Barcelona, Lumen, 2006.

BUTOR, Michel, *La modificación*, trad. Lourdes Carriedo, Madrid, Cátedra, 1988.

CAVAFIS, C. P., «Lo escondido», en *Poesía completa*, trad. de Pedro Bádenas de la Peña, Madrid, Alianza, 1991.

EPICTETO, *Manual*, trad. de Paloma Ortiz García, Madrid, Gredos, 1995.

ERASMUS, Desiderius, *Elogio de la locura*, trad. de Pedro Rodríguez Santidrián, Madrid, Alianza, 1998.

FURETIÈRE, Antoine, *Le dictionnaire universel* [http://www. xn--furetire-60a.eu/].

GIBBON, Edward, *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, vols. I y II, trad. de José Mor Fuentes, Madrid, Turner, 2006.

HOBSBAWM, Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, trad. de Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica, 2013.

JULIANO, «El enemigo de la barba», en *Discursos VI-XII*, trad. de José García Blanco, Madrid, Gredos, 1982.

—, *Contra los galileos*, trad. de José García Blanco y Pilar Jiménez Gazapo, Madrid, Gredos, 1982.

—, *Discursos I-V*, trad. de José García Blanco, Madrid, Gredos, 1982.

LORD BYRON, *Don Juan*, trad. de Pedro Ugalde, Madrid, Cátedra, 1994.

MILTON, John, *Areopagítica*, trad. de Mario Murgia, México, UNAM, 2012.

MONTAIGNE, Michel de, *Los ensayos*, trad. de J. Bayod Brau, Barcelona, Acantilado, 2007.

MONTESQUIEU, Charles de, *Del espíritu de las leyes*, trad. de Mercedes Blázquez y Pedro de Vega, Madrid, Alianza, 2003.

RENARD, Jules, *Diario: 1887-1910*, Ignacio Vidal-Folch y Josep Massot (eds.), Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1998.

SAN JUAN CRISÓSTOMO, *VIII Homilía acerca del sagrado mártir Babylas* [http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/pt/ox.htm].

SWINBURNE, Algernon Charles, «Himno a Proserpina», en *Antología poética*, trad. de Adolfo Sarabia, Madrid, Hiperión, 2017.

TREVOR-ROPER, Hugh, *Las conversaciones privadas de Hitler*, trad. de Alberto Clavería, Barcelona, Crítica, 2020.

VIDAL, Gore, *Juliano el Apóstata*, trad. de Eduardo Massullo, Barcelona, Edhasa, 2012.

VOLTAIRE, *Diccionario filosófico*, trad. de Juan B. Bergua, Madrid, Clásicos Bergua, 1966.

VORÁGINE, Santiago de la, *La leyenda dorada*, vol. 2, trad. de fray José Manuel Macías, Madrid, Alianza, 1997.

Título de la edición original:
Elizabeth Finch

Edición en formato digital: marzo de 2023

© imagen de cubierta, Fancy / Shutterstock, © Dario Rigon / Shutterstock

© de la traducción, Inga Pellisa, 2023

© Julian Barnes, 2022

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2023
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1846-8

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es